





LA FAMILIA
DE VIELAND,
ó
LOS PRODIJIOS.

Esta novela y las que componen la coleccion se hallan venales en las librerías siguientes.

Valencia. *Cabrerizo.*
Madrid... *Calleja.*
Toledo.... *Hernandez.*
Cuenca.... *Feijóo.*
Cadiz...... *Hortal.*
Sevilla.... *Vazquez.*
Granada.. *Puchol.*
Córdoba... *Berard.*
Jaen...... *Carrion.*
Málaga.... *Carreras.*
Badajoz... *Passini.*
Salamanc *Blanco.*
Coruña... *Calvete.*
Santiago. *Romero.*
Burgos.... *Villanueva*
Valladol.. *Roldan.*
Bilbao..... *Garcia.*
Vitoria... *Barrio.*
Santand.. *Riesgo.*
Pamplon. *Longás.*
Zaragoza. *Polo.*
Calatayud *Larraga.*
Barbastro *Lafita.*
Barcelona *Sierra.*
Tarragon. *Berdeguer.*
Tortosa... *Puigrubi.*
Reus....... *Sanchez.*
Murcia.... *Benedito.*
Orihuela. *Berruezo.*
Alicante.. *Itier.*
Cartagen. *Benedito.*
Palma..... *Guasp.*
Cáceres... *Burgos*
Oviedo.... *Longoria.*
Orense.... *Pazos.*
Gibraltar *Perez.*
Habana... *Ramos.*
Puerto-Ric. *Echeveste.*

LA FAMILIA
DE
VIELAND,
ó
LOS PRODIJIOS.

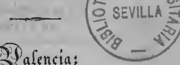
Puesta en español

Por el Dr. D. Lúis Monfort.

Leed, y estremeceos; nada hay aqui de fabuloso.

CUARTA EDICION.

TOMO I.



Valencia:
IMPRENTA DE CABRERIZO.
1839.

EL TRADUCTOR.

Sin la ilustracion del Evanjelio, y sin el freno dulce y firme con que la relijion dirije las acciones del hombre, ni basta para hacerle feliz toda la virtud que la naturaleza y la sociedad pueden darle, ni menos podrán hacerle verdaderamente virtuoso los mas grandes talentos, ni la mas asombrosa sabiduría. Todas las felices disposiciones de un bello natural,

la mas cuidadosa educacion, las lecciones vivas del ejemplo, todas las virtudes que el trato, la sociedad y las costumbres públicas pueden inspirar al hombre, todo le será inútil, y todo acelerará tal vez su ruina, si la luz del Evanjelio no dirije sus pasos, y si la relijion no viene á consolarle en medio de las desgracias. Porque sin esta ayuda, ó bien le hará caer su débil virtud en los sobresaltos y en los estravíos de una fátua supersticion, ó bien su orgulloso celo, como se ve en todos los sectarios, le arrebatará á los escesos y á las lo-

curas del fanatismo. Víctima en uno y otro caso de su ignorancia, ó de sus principios erróneos, en vano buscará en su estéril virtud, ó en las fuerzas impotentes de la naturaleza, el remedio para sus males. El abatimiento ó la desesperacion acompañarán todos sus pasos, y las desgracias, que no sabrá ni podrá evitar, abrirán antes de tiempo su sepulcro, y pondrán el sello á su desventura. Tal es el cuadro que nos presenta la desgraciada familia de Vieland en la novela que ahora se publica: y esta es la primera leccion moral que el

autor de ella se propone dar á los hombres.

Pero hay otra leccion que darles, y mas importante que esta, atendido el imperio actual de nuestras costumbres. Puede decirse que la época de los fanáticos ya ha espirado, y que la supersticion ha perdido tambien su influjo en las vicisitudes y desgracias de la vida humana. Los espectros y las fantasmas apenas conservan nada de su antiguo crédito, y no es de temer que haya muchos Vielands que sacrifiquen á su mujer y á sus hijos engañados por una falsa voz, ó atemorizados

por los efectos de la fantasmagoría que ya nadie ignora. Pero es mucho de temer que los espíritus fuertes, y los sábios de la naturaleza, sigan todavía en la ciega persuasion de que bastan los talentos y la sabiduría humana para encontrar y asegurar su felicidad. El autor de la novela les hace, pues, ver por el contrario, que el hombre, aunque posea los talentos mas sublimes, y haya adquirido los mas profundos conocimientos en todas las ciencias que él ha formado, si no procura gobernarse por los principios benéficos y filantrópicos que

dicta la relijion, no podrá menos de ser tan perjudicial á sus semejantes como á sí mismo. Tirano de los otros, morirá necesariamente esclavo y víctima de sus pasiones. En la historia de Carvino está demostrada esta verdad. El autor acumula en este héroe, uno de los principales actores de su novela, cuantas prendas y circunstancias se requieren para formar un hombre grande y estraordinario. Le hace descender del rey D. Sebastian, y le hace educar por los Padres Jesuitas con el mayor esmero y acierto. Su cuerpo es el de un atleta, su ta-

lento vastísimo, sus conocimientos superiores á su edad y su siglo; mas feliz que su padre, y que el monarca de Portugal, su abuelo, llega á ser rey en uno de los mejores imperios del Africa con la ayuda y el celo de sus maestros. ¡Cuanto no debia esperarse de Carvino! no obstante, no fue sino causa de grandes males y funestas desgracias. Su primer delito fue la ingratitud, y los Padres Jesuitas su primera víctima. Libre ya de sus inflexibles maestros y del freno de la relijion, se entrega á sus pasiones, y en especial á la del

amor, que es la que mas atrozmente le dominaba. Arrostra mil desgracias; perdida su primera corona, subleva los salvajes de América, y entre las cavernas de la tierra llega otra vez á coronarse. Su carácter y su talento le dan armas para todo; pero sus funestas pasiones, despues de haber cubierto de muertes y de luto á la infeliz familia de Vieland, le envolvieron á él mismo entre las ruinas de sus proyectos.

Se ha creido preciso dar á los lectores anticipadamente esta idea rápida de la novela, y del plan y objeto de su au-

tor para evitarles en su lectura todo tropiezo, y para que no se den á sus espresiones otro valor que el que deban tener segun la boca de quien salen. Por lo demas el autor no escribió esta trájica fábula para divertir ni para hacer reir como él mismo dice, sino para hacer llorar, y para atemorizar á los hombres con los sucesos que les presenta. Sus lecciones son terribles, pero son útiles, y aun me atrevo á decir, que absolutamente necesarias. Los hombres parece que se han hecho ya insensibles á las impresiones suaves de la verdad y de la

virtud. Para despertarlos, pues, del sueño de la ignorancia, ó del letargo de las pasiones, es menester hacerles sentir el golpe terrible del castigo y de las desgracias á que los conducen sus estravíos. De aqui es que el autor, para que fuese mas horrorosa la catástrofe de su novela, no quiso debilitarla con pinturas halagüeñas, ni con episodios risueños opuestos á su principal objeto. El desaliño mismo y la dureza de su estilo, no carece de filosofía.

Por lo que mira á la traduccion, tengo por muy ridículo encarecer su dificultad,

ni prevenir la opinion de los lectores sobre su mérito. Yo solo escribo por ocupar honestamente el tiempo y ser de alguna manera útil al público; mas no para adquirir nombre de escritor y mucho menos de traductor, porque sé lo que esto vale en el dia.

Debo por último hacer una advertencia, y es, que en esta traduccion se encontrarán de menos muchas espresiones y cláusulas, y aun capítulos enteros del orijinal. Los gramáticos y *traduccionistas* mirarán esta licencia como un crímen; pero yo sé que la jente sensata no dejará de co-

nocer los justos motivos que para ello he tenido, y que aplaudirá la rectitud de mi intencion. Pigault-Maubaillarcq, miembro corresponsal de la Sociedad Filotécnica, dispuso esta novela al gusto y costumbres de su pais, y yo he debido acomodarla á las del nuestro; esto es, el autor frances escribia entre los suyos, y yo traduzco esta obra para los españoles.



Cuanta fué su sorpresa al verla arrodillada á las plantas del Conde!

LA FAMILIA
DE
VERLAND,
ó
LOS PRODIJIOS.

CAPITULO I.

» Voy á satisfacer vuestros deseos respondiendo sin la menor repugnancia á cuanto me preguntais, convencida de que mientras no conociereis la verdadera causa de mis penas, y antes de comprender la estension de mis infortunios, se-

rian infructuosas todas vuestras consolaciones. No pretendo con esto moveros á una estéril compasion, sino manifestaros que aun en medio del abatimiento, y de la desconfianza del remedio en que me hallo, no me es indiferente cualquiera cosa que pueda ser útil á mis semejantes. Es muy justo que os informe de los asombrosos acontecimientos de mi familia, y que habiendo llegado á ser públicos, ofrezca su historia un ejemplo de las incalculables desgracias que pueden seguirse á una educacion fanática y supersticiosa.

»¡Cuan lamentable situacion es la mia, en que habiendo apurado hasta las heces la amarga copa del infortunio, he quedado insensible á cuanto pueda sucederme! Asi lo

dispuso el supremo Hacedor, y su irrevocable decreto está fundado sobre las bases de la equidad eterna: no es dado á mi débil entendimiento sondear los arcanos de su sabiduría; pero me basta saber que la felicidad del hombre es el objeto de su paternal providencia.

»Un torrente de males trasformó en espantoso desierto la mansion lisonjera de la paz y de la alegría, y con rabiosa saña ha desvanecido hasta la triste memoria de la pasada felicidad. ¡Que asombro os va á causar mi historia! Todos vuestros sentimientos irán dando lugar al sobresalto y al horror; y si mi testimonio no se apoyase en pruebas incontestables, con razon le desechariais por increible, porque tal vez la esperien-

cia no ha ofrecido jamás una catástrofe semejante. Escuchad esta narracion maravillosa, y me direis despues en qué he podido granjearme la preferencia de ser oprimida de tanto cúmulo de males, debiéndose mirar tambien como un prodijio de que aun viva para poder referiros unos sucesos tan horrendos y estraordinarios.

»Mi abuelo, oriundo de la Sajonia, último descendiente de la casa de Vieland, aunque no tenia parentesco alguno con el autor de este nombre, siendo jóven pasó á Hamburgo, en donde entabló conocimiento con Leonardo Veise, negociante de aquella ciudad. Habiéndose apasionado de su hija única, ni las prohibiciones, ni las amenazas de sus parientes pudie-

ron impedir, ni aun retardar su matrimonio. Toda la familia se ofendió gravemente de un enlace en que hallaba tanta desproporcion, y desde entonces le trataron como á su mas detestable enemigo. Para guarecerse contra tan injusta persecucion se refujió en casa de su suegro, hombre escelente á la verdad, y que se lisonjeaba haber proporcionado á su hija un casamiento brillante. Pero no habiendo sabido mi abuelo conservar un caudal que tanto hubiese prosperado en otras manos, muy pronto se vió en el apuro de buscar recursos para poder subsistir. Desde su juventud se habia dedicado á cultivar la literatura y las artes por mera aficion; pero ya debia hacerlas servir para acudir

á sus necesidades. Empleaba todas las horas en componer piezas de teatro y de música, cuyo trabajo le fue proporcionando una decente manutencion, hasta que murió en la flor de su edad, causando su pérdida un jeneral sentimiento. Sobreviviole muy poco tiempo su mujer; y mi padre, que era el solo hijo que habian tenido, recibió la primera educacion del bueno de Veise, y despues fue enviado á aprender el comercio á casa de un mercader de Londres, en la cual permaneció siete años en una especie de esclavitud.

»Mi padre no fue ciertamente afortunado con el sujeto que destinaron para que le enseñara, pues le trataba con tanta dureza, que no habia instante en el dia que no le tu-

viese empleado en trabajar. Todos sus quehaceres eran molestos; mas como estaba educado para aquella profesion, no le atormentaba ningun deseo de otra esfera. Le fastidiaba aquel estado, no porque desease otro, sino por la escesiva rijidez de su amo, que no le permitia ningun descanso, haciéndole pasar su triste vida en el sombrío recinto de un mal cuarto, y con una comida frugal y aun escasa.

»Poco á poco fue contrayendo su alma una disposicion estravagante y melancolica. No podia decir lo que le faltaba para estar bien, ni le inquietaba el comparar su situacion con la de otros, pues la reputaba por muy conforme á su edad y condicion; pero érale ya molesta aquella servidumbre, y de cada dia las

horas le parecia que pasaban con mayor lentitud.

»Sucedió pues, que en este estado de ansia y perplejidad diese con una obra calvinista. Como no era aficionado á leer, ni aun tenia idea del efecto que produce la lectura de instruir deleitando; aquel libro estaba alli muchos años sepultado en el polvo en un rincon del desvan, y en mas de cien veces que le habia venido á las manos, y mudado de un puesto á otro, jamás le pasó por las mientes ver de qué trataba, ni aun leer su título. Un domingo por la tarde, que era el único dia en la semana, en que retirándose al desvan lograba algun descanso, puso la vista en una hoja de aquel libro, que por una rara casualidad se halló abierto delante

de la cama, á cuyo borde estaba sentado entreteniéndose en remendar su ropa. Las palabras *buscad y hallareis*, fueron las que primero cautivaron su atencion, y avivándole la curiosidad, apartó su labor y tomó el libro. Cuanto mas leia, mas se engolfaba en la lectura, hasta llegar á sentir que la falta del dia le obligase á suspenderla. Contenia este libro una esposicion de la doctrina de los camisardos (1). Sus potencias estaban oportunamente dispuestas para recibir impresiones relijiosas; y su espíritu, hallando aqui pábulo á la ansiedad que le aco-

---

1 Secta de los herejes reformados ó calvinistas, que fermentó en Francia á principios del siglo pasado.

saba, dejó ya de buscar otra materia de meditacion.

»Como tenia por costumbre levantarse antes del amanecer, y subir á acostarse á obscuras, se proveyó de lo necesario para tener luz, y desde entonces pasaba los domingos y las noches de entre semana en estudiar con teson aquella obra. Halló que contenia muchas citas de la biblia, y que todas sus consecuencias se apoyaban al parecer en el sagrado texto, y sin mas ni mas se creyó en el caso de comprobarlas, por mas que tuviese á orgullo y á vana especulacion el remontar su exámen hasta el manantial de las verdades eternas. Procurose pues una biblia, y emprendió su lectura con todo ardor. El nuevo impulso que acababa de recibir le con-

centró todas las ideas, y empezó á hacer rápidos progresos en aquella falsa creencia. Todos los hechos, todos los dogmas de la santa Escritura los iba considerando con el prisma de la obra del apóstol camisardo. Sacaba sin discernimiento las mas arriesgadas consecuencias, y como no se servia de un precepto para la intelijencia ó confirmacion de otro precepto, comparándolos entre sí, se le iba enjendrando mil dudas y escrúpulos, que hasta entonces no habia conocido. Ajitado por nuevos temores, creyose su alma en aquel éstasis melancólico enredada en los lazos del enemigo de su salvacion, de los cuales no podia librarse, sino por medio de fervorosas oraciones é incesantes vijilias. Su moral, que

nunca habia sido relajada, se hizo todavía mas austera é intolerante. El imperio de los deberes relijiosos impuso una rigorosa circunspeccion á sus discursos, miradas y ademanes; se reprendia severamente el mas lijero descuido en sus palabras y acciones; se hacia una ley del silencio; su continente era sombrío y contemplativo, y se esmeraba en conservar su alma en aquel sentimiento de temor, que infunde la persuasion de hallarse en la formidable presencia de la Divinidad, y apartaba de sí cualquier otro pensamiento, creyéndole un crímen, que le costaria expiar con las lágrimas de un amargo arrepentimiento. Esta fue su vida por espacio de dos años, sin que ningun desvío ó distrac-

cion interrumpiese su constante y uniforme carrera: al contrario, cada dia se aferraba en su modo de pensar; y aunque algunas veces parecia desalentado por las dudas que le asaltaban, poco á poco se fue formando un sistema propio de ver y de sentir, acomodado á su jenio y circunstancias, y tan errado como era preciso, conduciéndose por tan falaces principios.

»Al terminar su aprendizaje, salió de la menor edad, y entró en posesion de un corto capital, que le habia legado su abuelo materno en el testamento. Como apenas podia sufragar para establecerse en aquella profesion, y por otra parte no tenia que esperar nada de la jenerosidad y cariño de su amo, no pudiendo permanecer en Ingla-

terra, halló en el estado de sus intereses una razon para emprender un viaje, entusiasmado con el pensamiento de que debia ir á propagar entre las naciones infieles, las falsas ideas que habia ido adquiriendo. Entusiasmo, vocacion, por cierto sublimes, si fueran inspirados por el santo celo de la verdadera creencia.

»Los salvajes de la América septentrional fueron los que se le presentaron como mas acreedores á esta especie de beneficencia; asi habiendo reducido sus cortos haberes á dinero efectivo, se embarcó para Filadelfia. Alli se le reprodujeron sus antiguos temores y desconfianzas, que juntos con un conocimiento mas exacto de las costumbres de aquellos salvajes,

desconcertaron de nuevo su fervorosa resolucion. Y en efecto, llegó á abandonarla por algun tiempo; y habiendo comprado una hermosa heredad cerca de Metinjen, junto al rio Scuilquill, á corta distancia de la poblacion, se ocupó solo en cultivarla. El bajo precio de las tierras, y la servidumbre de los esclavos, jeneralmente adoptada entonces, le proporcionaron en América las comodidades y ventajas de la fortuna, con lo mismo que en Europa no hubiese salido jamás de la indijencia. De esta manera vivió catorce años en las tareas pesadas, pero lucrosas, de la agricultura; y los nuevos objetos, los nuevos cuidados, y las nuevas ideas le borraron casi enteramente las primeras impresiones de su juventud.

»Habiendo aumentado considerablemente los bienes con su industria y laboriosidad, se trasladó de la heredad de Metinjen á una rica alquería que acababa de comprar, no lejos de la primera, en donde se enamoró de una jóven hermosa y amable, pero de un entendimiento tan limitado como el suyo; y habiendo pedido su mano, se la concedieron de mil amores. No necesitando ya atarearse en las fatigas de la labranza, ni estar sujeto á la perene vijilancia de los trabajadores, seguia un método de vida mas quieto, en cuyos ocios le aguardaban las ideas contemplativas para apoderarse de sus facultades tan favorablemente dispuestas á recibir sus melancólicas impresiones. La lectura de las obras

de una secta fanática, se hizo otra vez su ocupacion favorita; se despertaron mas vigorosamente sus antiguas ideas, y el primer proyecto de convertir las hordas salvajes se le presentó con mayor enerjía; pero á los estorbos que le hicieron desistir entonces, se agregaban el afecto de esposo y de padre, que le hizo sostener muchos y porfiados combates. No obstante triunfó de todos los sentimientos y consideraciones humanas, lo que él llamaba su deber relijioso; y no pudiendo ya oponerle resistencia, fue señalado el dia de su partida.

»No fueron nada felices los esfuerzos que mi padre empleó en esta árdua empresa, y aunque sus exhortaciones iban logrando algun fruto, eran las mas veces recha-

zadas con insultos y vilipendios. Encontró en su espinosa carrera el abandono, las enfermedades, la necesidad y fatigas increibles; la licencia de las pasiones en los que queria convertir, y el mal ejemplo de los colonos americanos se desenfrenaron furiosamente contra sus pacíficas predicaciones; sin embargo, no decayó de ánimo, antes bien persistió luchando contra aquellos obstáculos insuperables, hasta que creyéndose libre de la obligacion de perseverar en su mision, se volvió al seno de su familia con una salud deteriorada, y un amargo pesar de haberse frustrado su celoso y caritativo designio.

»A esta vida vaga é inquieta siguiéronse unos instantes de tran-

quilidad, siendo sóbrio, frugal y exacto observador de los deberes domésticos. La comun práctica de orar le repugnaba abiertamente, porque interpretando con todo rigor el precepto de que adoremos á Dios, y oremos en la soledad, este acto solemne requeria en su dictámen no solo silencio y recojimiento, sino tambien la separacion y el retiro; por cuya razon se habia prescrito una hora en el dia y otra en la noche para cumplirle con la mas escrupulosa exactitud.

»A distancia de unos seiscientos pasos de su casa, en lo mas alto de una roca escarpada, y cubierta de cedros, se construyó un pequeño edificio á manera de un pabellon de recreo. Por un lado subia

un derrumbadero de sesenta pies de altura, desde el rio que bañaba su basa, esplayándose la vista con deleite por la transparente superficie de una agua cristalina, que corria con sosegado murmurio por entre las desigualdades de un cauce profundo y cascajoso; y mas allá se detenia llena de admiracion en un risueño anfiteatro, que formaba el cultivo mas variado y beneficioso. Este lijero edificio consistia en una colunata circular de veinticinco pies de diámetro sobre la misma peña, labrada y pulida, y remataba en una elegante cúpula. Mi padre habia dirijido la construccion de aquella rotunda, abierta por todos lados, y no contenia ningun mueble ni adorno. Este era el templo adonde dos veces en

las veinticuatro horas del dia se retiraba á hacer oracion, sin que nadie le acompañase, y solo una absoluta imposibilidad podia dispensarle el cumplimiento de aquel deber. No habia adoptado este sistema, porque le pareciese mejor, sino porque creia ser este al que le estaba prescrito entre todos los demas.

»Su trato era dulce y amable; la melancolía no presentaba en sus facciones austeridad ni aspereza, le animaba la filantropía, y con su agrado, modesto lenguaje y semblante apacible, se conciliaba la estimacion de los mismos que tenian un modo de pensar el mas opuesto al suyo. Ellos podrian bajo ciertos respetos tenerle por entusiasta y estravagante; pero no

dejaban de admirar su candorosa delicadeza y su inalterable probidad. De repente la melancolía que le devoraba tomó un carácter mas sério; se le escapaban algunos suspiros, y aun á veces le saltaban las lágrimas. Las amigables reconvenciones de mi aflijida madre no producian ningun efecto, y si se le estrechaba para que descubriese la causa de aquella imprevista mudanza que nos tenia tan sobresaltados, respondia con enfado, que cómo podia estar tranquilo, habiéndose apartado de sus sagrados deberes, dilatando arbitrariamente el desempeño de una mision tan importante. Que acaso habria espirado el término concedido á su perplejidad, por lo que no siéndole ya permitido obedecer, la mi-

sion que le estaba asignada se había trasladado á otro, y así no debia pensar mas que en prepararse para el castigo en que habia incurrido, y que por algun tiempo se persuadió que consistiria en un secreto y amargo remordimiento de su imperdonable desobediencia. No se podia contemplar su estado sin sentir la mas viva compasion. El tiempo, lejos de mitigar sus males, parecia acrecentarlos; y no tardó en insinuar á mi madre que su fin no estaba ya distante. No le presentaba su imajinacion el jénero ni época de su muerte; pero le llevaba amedrentado la idea de que debia acabar de una manera estraordinaria y terrible; y sus presentimientos, aunque fantásticos, le tenian en continuo tormento

acibarándole todos los instantes de su vida.

CAPITULO II.

»Salió mi padre un dia muy de mañana de Metinjen, donde pasaba los veranos, con direccion á Filadelfia, á unos negocios que le interesaban perentoriamente. Era el mes de Agosto, y hacia un calor escesivo. Volviose á la noche rendido del cansancio, muy abatido, y guardando un estraordinario silencio. Un tio nuestro materno, que ejercía la cirujía, se hallaba entonces en nuestra casa, y él me contó circunstanciadamente la catástrofe que voy á referiros.

»La inquietud y zozobra de mi padre iban en aumento al paso que

adelentaba la noche. Sumerjido en sus cavilaciones, rehusaba tomar parte en la conversacion. De cuando en cuando sus facciones anunciaban los sobresaltos de su corazon, y la perturbacion de entendimiento: miraba con espanto los objetos que le rodeaban, y las tiernas instancias de su familia consternada no podian suspender el curso de sus funestas ilusiones. Apretando con ímpetu la mano contra la frente, se quejaba con voz trémula y despavorida, que sentia un volcan en la cabeza; y efectivamente su fisonomía manifestaba que sufria un tormento insoportable. Bien conoció mi tio que estaba muy trastornado; sin embargo no le creyó de tanto peligro, ni tan al cabo, atribuyendo

aquellos síntomas al desórden de su espíritu; pero en vano le exhortó á que se tranquilizara.

»Cediendo á las cariñosas instancias de mi madre, á la hora acostumbrada se subió mi padre á su aposento á acostarse; pero rechazando siempre todo consuelo, continuaba en manifestar las mismas inquietudes. — »Dejadme, le dice, dejadme, solo hay un remedio para los crueles tormentos que estoy padeciendo, y voy muy pronto á encontrarle. Pensad en vos, en los vuestros, y rogad al Altísimo que os dé fortaleza para las calamidades que os aguardan.'' — »¿Y que es lo que debo temer? ¿Cual es el trájico acontecimiento que recelais va á sucederme?'' — »Silencio...., le ignoro....; pero no

tardaré en saberle." En vano repitió mi pobre madre las preguntas, pues sus jestos, y una mirada centelleante que le lanzó, la redujeron al silencio. Este rigor inesperado le hizo prorumpir en amargos sollozos, siendo inconsolable su congoja, por lo mismo que estaba lejos de adivinar el motivo, ni imajinar la especie de males ó desgracias que podian amenazarle.

»La lamparilla que de ordinario se dejaba por las noches en el hogar se puso encima de la misma mesa, en la cual sobre una cartela habia un reloj, cuya campana daba un golpe muy sonoro á cada doce horas. Iba ya á dar el de media noche, hora crítica en que mi padre se retiraba á su rotunda á

cumplir con sus deberes relijiosos. Una larga costumbre de levantarse á la misma hora le despertaba en el punto fijo, para obedecer inmediatamente á aquella señal solemne. Su vista asustada fija en el reloj; no perdia ninguna de sus oscilaciones; segun iba adelantando la saeta, se acrecentaban sus temores, y con ellos la desazon de mi madre, que le observaba en silencio, desahogando su dolorosa opresion con un mar de lágrimas. Llega por fin la hora fatal, se deja oir el golpe de media noche; y aquel sonido comunica un estremecimiento jeneral en el sistema físico y moral de mi desgracíado padre. Se levanta precipitadamente, se echa con trabajo una capa al hombro; todos sus miembros le

temblaban, le daba diente con diente, inspirando á cuantos le miraban el horror de que estaba penetrado. Su deber le llamaba en aquel momento á la rotunda, y mi madre al verle salir del aposento, y bajar aceleradamente, combatida de infaustos presentimientos, se resolvió á seguirle; pero se contuvo reflexionando que se encaminaba á un paraje en que no era posible consintiese tener ningun testigo.

»La ventana del aposento daba enfrente de la rotunda, y la atmósfera estaba tranquila y serena; pero la obscuridad de la noche no permitia verla, ni aun descubrir la senda; de modo que ó bien mi padre hubiese tomado otra, ó que la hubiese ya traspuesto, no le fue

posible á mi madre seguirle con la vista. ¿Que era lo que habia de temer? ¿y cual la desgracia que preveia su marido? Y ¿cuando habia de sucederles? ¿en aquella noche, ó en aquel mismo instante? Atormentada por tan terrible es-espectativa, él solo era el objeto de sus temores, y miraba con desasosiego el mismo reloj, ansiendo que la saeta llegase á la hora siguiente.

»Un largo espacio habia pasado en esta penosa ansiedad, cuando volviendo la vista á la rotunda la vió repentinamente iluminada. Una claridad muy viva salia del interior del edificio, y la alumbraba toda hasta la cumbre del peñasco, que despedia un reflejo luminoso. Oyose en aquel instante un fuerte

estampido, semejante á la esplosion de una mina. Retírase mi madre amedrentada, aumentando su sobresalto los clamores que se escuchaban sin intermision. Habia cesado el resplandor primero que se estendia á larga distancia; pero el centro de la rotunda presentaba todavía un foco de luz. La descarga de una arma de fuego, ó la ruina del edificio, fueron los dos objetos que primero se le presentaron; y sin detenerse á indagar la causa, salta fuera del aposento, y va corriendo á llamar con ahinco á la puerta de su hermano.

»Mi tio se habia despertado á aquella detonacion imprevista, y saltó de la cama, creyendo que era algun violento incendio que acababa de manifestarse; en cuyo con-

flicto pedian socorro los gritos, que tambien habia oido. No atinaba de donde hubiese dimanado aquel estruendo; pero creyó que era preciso averiguarlo pronto, y ya tenia en la mano el cerrojo de la puerta, cuando conoció la voz de mi madre que le instaba vivamente á que abriese. Lo ejecuta con prontitud, y sin detenerse en preguntas, guiado de sus fundadas sospechas, se sale aceleradamente de casa, y se encamina á la rotunda. Reinaba por todas partes el mas profundo silencio, solo se divisaba una claridad entre las colunas. Llegaba hasta lo mas alto una escalera muy empinada abierta en la misma roca. La sube mi tio con precipitacion, y se para un instante; toma el aliento que le faltaba

por la aceleracion con que habia subido, y le deja inmóvil el espectáculo asombroso que se presenta á su vista.

»Vió en lo interior como una nube impregnada de fuego muy brillante, pero suspensa en el aire, detenida á la flor de la tierra. Como no descubria fuego por ninguna parte del edificio, á pesar del pavor que le embargaba, no vaciló en acercarse al templete, y segun adelantaba, se iba alejando la nube luminosa, hasta que se desvaneció enteramente al poner el pie en su recinto. Despues de aquel grande resplandor, le pareció mucho mas profunda la obscuridad en que habia quedado todo: el miedo y el asombro le tenian petrificado; pero un aconte-

cimiento tan inaudito era para aterrar al hombre mas animoso. Sacáronle de su confusion é incertidumbre los jemidos que oyó cerca de él; y habiendo su vista recobrado la facultad de distinguir los objetos, descubrió á mi padre tendido en la piedra. La llegada de mi madre con sus criados, que traian luces, le facilitó rejistrar el lugar de la escena, y reconocer las circunstancias de aquella catástrofe.

»Mi padre se salió de casa en camisa y calzoncillos, llevando á mas la capa y las chinelas, y entonces estaba del todo desnudo, y su piel calcinada habia convertido en una llaga todo su cuerpo. Los brazos y piernas daban muestra de la violencia de los movi-

mientos, y el vestido estaba reducido á cenizas, quedando intacto el pelo y las chinelas. Trasladado á su aposento le curaron las heridas, que de un instante á otro se le hacian mas dolorosas; pero no tardó la gangrena en manifestarse en algunas, y de propagarse á las otras con una rapidez increible. De resultas de este acontecimiento se quedó en un estado de insensibilidad casi jeneral: habia aguantado la curacion con una aparente tranquilidad; apenas abria los ojos, y no sin mucha dificultad se logró sacarle algunas palabras sobre el horroroso suceso de que acababa de ser víctima. Se supo por sus incoherentes respuestas, que mientras se hallaba en silencio ocupado en la oracion con el

terror é inquietud que se apoderaban de él en aquel acto, se lanzó de improviso un lijero resplandor al traves del edificio, que su imajinacion le presentó como dimanado de alguno que se le presentaba por las espaldas. Iba á volver la cabeza para cerciorarse, cuando se sintió acometido de una violenta conmocion por todos sus miembros, al mismo instante que un fuego voraz, prendiendo en sus vestidos los redujo á cenizas hasta abrasarle su cuerpo. Aunque esta fue toda la esplicacion ó cuenta que pudo darnos sobre tan estraño fenómeno, quedamos convencidos que era muy incompleta, y aun mi tio añadió que no cabia duda en que habia suprimido la mayor parte. Los sínto-

mas se fueron agravando, y cada dia de mal en peor; á la fiebre y delirio se siguió un sueño letárjico, que en dos horas dió fin á su triste existencia, habiendo arrojado de la habitacion las miasmas pestilenciales, aun antes de su muerte, á cuantos el deber de la sangre ó de la amistad obligaba á ejercer sus caritativos oficios.

»*Tal fue el fin de mi padre, y jamás ha habido otro mas misterioso.* Cuando se traen á la memoria los presentimientos é inquietudes de un hombre, á quien su índole, agrado y filantropía le hacian amar de todos sus vecinos, y le ponian al abrigo de todo insulto; cuando se reflexiona sobre la situacion, localidad y pureza de

la atmósfera, que escluia toda idea de metéoro peligroso, y de los accidentes que puede ocasionar una tempestad, se ve entonces la enorme dificultad de formar un juicio exacto sobre este singular acontecimiento. ¿Que consecuencias pueden sacarse de unos hechos tan maravillosos? Su certeza no puede ponerse en duda, y á mas el testimonio de mi tio merece una confianza mas especial, cuanto de todos los hombres que he conocido, es el mas dificil de convencer sobre lo que lleva visos de estraordinario, teniendo por principio separar de los hechos lo prodijioso, para no atenerse á esplicarlos sino por las causas naturales.

»A esta sazon tenia yo seis años,

no obstante ha sido indeleble la impresion que me hizo la trájica muerte de mi padre. Aunque no me hallase en edad entonces de hacer el mérito que se debia de estas circunstancias, bien pronto me enteraron muy prolijamente hasta ser despues la materia perenne de mis meditaciones, y su semejanza con otros sucesos pasmosos que despues se siguieron, los grabaron mas profundamente en la memoria, teniéndome mas impaciente por hallar la solucion de aquel suceso inesplicable. ¿Seria acaso el castigo del cielo por alguna desobediencia? ¿O los efectos de la venganza de algun enemigo oculto? ¿O bien esta catástrofe no era mas que el afecto irregular del fluido eléctrico y vivificante, que ha-

llándose muy enardecido en mi padre, ya por el exorbitante calor del dia, y fatigas que habia pasado, como por las atroces inquietudes y remordimiento, que hace tiempo le consumian, rompiendo el equilibrio necesario á su existencia, habia obrado una destruccion física, despues de haber producido un trastorno moral? Dejo la decision á la sabiduría y luces del lector (1).

---

1 El diario de Florencia describe un accidente semejante, y en el de Medicina de Febrero y Mayo de 1785 se hallan otros tan maravillosos, referidos por los señores *Muraire* y *Meritle*, y las doctas investigaciones de *Maffei* y de *Fontana* dan mucha luz sobre esta especie de fenómenos.

CAPITULO III.

»La revolucion moral que esta inaudita desgracia habia ocasionado en mi madre la llevó al sepulcro, dejándonos á mi hermano y á mí, en tan tiernos años, reducidos á la horfandad. Los bienes que nuestros padres nos habian dejado, que eran bastante considerables, se depositaron en manos de personas de confianza hasta que saliésemos de la menor edad, encargando nuestra educacion á una tia nuestra soltera que vivia en Filadelfia, cuya cariñosa ternura para con nosotros nada omitió en consolarnos de la pérdida de una madre. Los años que pasamos bajo su direccion fueron fe-

lices, y exentos de las penas que ordinariamente acompañan á la infancia.

»Entre nuestros vecinos escojimos á algunos por compañeros, y muy luego se trabó una íntima amistad entre la hija de uno de ellos y mi hermano. Esta jóven se llamaba Catalina Pleyel, tan interesante, como sus padres favorecidos de la fortuna, la cual con el hechizo de su agrado y vivacidad, robaba los corazones de cuantos la trataban. Nuestra edad, gustos é inclinaciones eran las mismas; vivíamos enfrente unos de otros; conjeniábamos perfectamente; y los que dirijian nuestra instruccion, nos prescribieron los mismos estudios, permitiéndonos seguirlos juntos. De dia en

dia iba en aumento nuestra amistad, al paso que nos estrañamos de toda otra compañía, llegando á sernos penosos los instantes en que no nos hallábamos juntos. Nos concertamos en que mi hermano se destinaria á la agricultura, en razon de que sus bienes le dispensaban de todo trabajo corporal, reduciendo su atencion al cuidado de la conservacion y mejoras de sus haciendas. Pocas veces le apartaban de nosotros sus ocupaciones, y sus cortas ausencias aun servian para reanimar nuestra agradable union, juntándonos siempre para nuestros paseos, lecturas y conciertos. No era difícil reconocer que Catalina y mi hermano habian nacido el uno para el otro; y el amor, escedien-

do los límites de los años, les inspiró mútuas declaraciones, disponiendo su enlace para cuando mi hermano saliera de la menor edad; y asi los dos años que faltaban, nos empleamos en promover el bienestar de todos nosotros.

»¡Que recuerdos tan tiernos! Ningun infausto presentimiento obscureció la felicidad de aquellos dichosos tiempos; lo venidero como lo presente se presentaban á nuestra imajinacion por el aspecto risueño, y todo nos inclinaba á esperar que se nos reservaban nuevos contentos. No me detendré en referir estas circunstancias, sino en cuanto conduzcan á aclarar los raros acontecimientos que despues nos sobrevinieron.

»Llegó el dia señalado para el ca-

samiento; mi hermano tomó posesion de la casa en que habia nacido, y bajo el mismo techo paterno se celebró aquel enlace tan deseado. La herencia de mi padre se repartió por partes iguales, y yo entré á poseer su primera heredad de Metinjen, situada en las márjenes del rio, á media legua de la posesion de mi hermano. Tal vez por mi desgracia rehusé el amigable ofrecimiento que me hizo de vivir en mi compañía. ¡De cuantos desastres nos hubiera preservado una medida tan prudente! Pero deseaba yo manejar mis bienes, y como era tan corta la distancia que nos separaba, que podíamos vernos todos los instantes que quisiésemos, el paseo del un casar al otro servia de prelu-

dio á nuestras deliciosas reuniones; y aun muchas veces apenas habíamos salido para ir á vernos, cuando prorumpíamos en voces de contento y de sorpresa, por habernos divisado de lejos á la mitad del camino. Iba y venia sola á mi casa á todas horas; pues las sencillas costumbres y usos de la América me daban esta libertad, que en otros muchos paises pareceria importuna ó indecorosa en mi sexo.

»Nuestra educacion por desgracia no habia sido dirijida bajo el sagrado estandarte de una relijion revelada. En un todo entregadas mi amiga y yo á la luz de la razon, y á las impresiones accidentales y pasajeras que los sucesos de la vida humana podian causar

en nuestro benigno carácter y buen corazon, no conocíamos mas principios relijiosos que el reconocimiento que nos inspiraba nuestra misma felicidad, y el majestuoso espectáculo de la naturaleza. En una palabra, nuestro culto, si asi puede llamarse, no consistia sino en sentimientos vagos y superficiales, que no estaban sujetos á ninguna práctica esterior. ¡La relijion! ¡Ah! ¡cuan preciosa nos hubiese sido en la adversidad y el infortunio! Pero el infortunio y la adversidad, estando entonces lejos de nosotros, aun daban realce á nuestro estado de prosperidad y de ventura.

»El carácter de mi hermano era muy diferente del nuestro; siempre adusto y pensativo, creia ser

muy árduo establecer los principios de nuestros deberes, y que lo venidero, ó lo que debia sucedernos despues de nuestra disolucion, siempre exijia precauciones sérias, para evitar todo temor á su llegada, y para dominar los acontecimientos. Lo que le caracterizaba mas particularmente era una disposicion á meditar constantemente sobre estas opiniones. Los pensamientos de nosotras eran ligeros y alegres; pero los suyos le revestian de un aire meditabundo y abstruido, que se manifestaba aun mas señaladamente en sus facciones y lenguaje. ¡Cuan raras veces le vimos reir ni gastar buen humor! Aunque en el método de vida y en los asuntos domésticos se conformaba con nuestros gus-

tos, apenas en nuestras inocentes diversiones daba una lijera sonrisa. No desaprobaba nuestras ocupaciones, entraba en nuestros planes, mas era por pura complacencia; no obstante, la diversidad de jenios jamás produjo entre nosotros rencillas y desavenencias, haciendo mas varias las recreaciones, sin interrumpirlas. Seguia en sus estudios un camino mas espinoso que el nuestro; como estaba tan versado en el conocimiento de los cultos y de las opiniones relijiosas, trabajaban incesantemente en compararlas entre sí, estableciendo ilaciones de sus principios fundamentales. Era muy semejante á mi padre en la inportancia que daba á estas materias, y en el modo de mirar ciertas cir-

cunstancias de la vida humana; pero aunque sus caractéres y disposiciones fuesen las mismas, las facultades morales del hijo estaban á mas enriquecidas con las ciencias, y adornadas con la amena literatura.

»A la rotunda se le dió un destino muy diferente del que tenia. Compró mi hermano un busto de Ciceron á un escultor italiano, que nos le presentó como una copia de la antigüedad. El mármol era hermoso, y estaba bien conservado; y sin hacerle ver, ni menos aguardar la aprobacion ni dictámen de los intelijentes, nos resolvimos á comprarle, consagrando al orador romano nuestro templo de la *Amistad*, en donde fue colocado para que presidiese á nues-

tras reuniones. Bajo un nicho adornado con elegancia se veia mi arpa, y en otros dos colaterales una corta, pero selecta, biblioteca. En este sitio pasábamos las tardes del verano; alli hablábamos, leíamos, y teníamos graciosos conciertos de música, y despues divertidas meriendas. Todos los mas tiernos y deliciosos recuerdos de mi juventud están enlazados en mi memoria con aquella rotunda. El horroroso acontecimiento á que habia servido de teatro, me era solo conocido por tradicion, y la impresion que me habia causado la borraban poco á poco otras sensaciones mas nuevas y agradables. Alli repetíamos la lectura de las obras de nuestro abuelo, modelos de buen gusto; alli los hijos de

mi hermano recibieron los primeros elementos de su educacion, y en fin mil conversaciones mas ó menos interesantes, entretenian nuestros dulces ocios, dando libre curso á las efusiones mas tiernas de cariño, y humedeciendo deliciosamente nuestros párpados las preciosas lágrimas de la simpatía. ¡Pobres mortales! aqui teneis una imájen de aquellos hijos, que en los alrededores y falda del Vesubio reedifican alegremente las viviendas, bajo cuyos escombros habia la encendida lava sepultado á sus padres.

»Entre los autores antiguos que embelesaban á mi hermano, era Ciceron el que se llevaba la preferencia, y no se cansaba de admirarle. No le bastaba compren-

derle, sino que iba investigando hasta las modulaciones que la voz de aquel célebre orador habia podido emplear en la tribuna del Senado, y aun se dedicaba á adornarlas con las gracias del ademan y declamacion. No contento con esto, se aplicaba á restablecer y fijar la pureza del texto, y para el efecto recojió todas las ediciones y comentarios que pudo haber á las manos, gastando mucho tiempo en examinarlos y comprobarlos; y no quedaba satisfecho sino cuando hacia algun descubrimiento en este jénero filolójico. Al aumentarse nuestra sociedad por la llegada de Henrique Pleyel, hermano único de mi amiga, el cual desde su infancia siempre me habia manifestado la mas

viva inclinacion, fue sin embargo cuando la pasion de Vieland á la elocuencia romana se vió estimulada por la semejauza de sus gustos. Llegaba este jóven de Europa, terminada su educacion y estudios en Leipsic, y volvia á vivir con nosotros desde que nos separamosen nuestros tiernos años.

»Desde entonces fueron mas divertidas nuestras veladas por la adopcion de este nuevo individuo, cuyo carácter jovial y humor franco, iban acompañados de mucha madurez cuando las circunstancias lo requerian, y su talento orijinal, amenizado por la mas brillante imajinacion, prestaba á nuestras interesantes tertulias un caudal inagotable de discrecion y recreo. Se obscurecia algunas veces

esta alegría por el recuerdo de una cierta palabra que habia contraido en Leipsic, al sentir las primeras impresiones del amor; mas la que le habia cautivado el corazon, se vió precisada por sus padres á dar su mano á otro, cuyo suceso influia de cuando en cuando en su bella índole. No obstante advertí que me miraba con interes, aunque sin poder cerciorarme si este interes dimanaba de una inclinacion naciente, ó si procedia de la sólida amistad que nos habia unido desde la infancia. Mi corazon fácilmente se hubiese puesto acorde con el suyo, si hubiera sido fácil persuadirme que me amaba bastante para no echar menos á la que habia perdido. Como su aficion á esta mujer parecia fun-

darse tanto en su nacimiento y fortuna, como en el gusto pasajero que tan fácilmente se adquiere en aquella edad por las personas de mi sexo, que juntan á una presencia seductora cuanto puede lisonjear á la ambicion y sensualidad, muy bien podia prometerme que él mismo hubiese padecido algun engaño en conocer el verdadero estado de su corazon.

»Vivia Pleyel junto al Delavare, á igual distancia á la otra parte de la ciudad, que nosotros á la de acá, con lo que apenas se pasaba un dia sin que viniera á visitarnos; y aunque estuviese tan apasionado como mi hermano á los autores griegos y latinos, y tan versado como él en historia, mo-

ral y literatura, sus principios en muchos puntos estaban muy encontrados. Pleyel solo hallaba dudas donde su amigo veia claro el convencimiento; pero sostenian sus frecuentes debates con tanto juicio y buena fe, que siempre los escuchábamos con placer. Aunque antes de la llegada de este nuevo amigo no hallásemos vacío en nuestro trato, ya nos hubiese hecho mucha falta en su sensible separacion; y aunque muchas veces Pleyel se oponia á la opinion de mi hermano, y este se resentia por la contradiccion; ganado despues por el bien de la fraternal armonía que reinaba entre nosotros, salia á recibirle con anhelo, no pudiendo pasar un dia sin verle. De esta manera se verifica-

ba en nosotros la observacion de que un hermano es un amigo dado por la naturaleza, y un amigo es un hermano que nos ofrece la sociedad.

CAPITULO IV.

»Seis años de una dicha no interrumpida habian pasado pacíficamente desde el casamiento de mi hermano. El estruendo de las armas habia resonado hasta nosotros á distancia, que solo servia para realzar con su comparacion el precio de nuestra vida tranquila. Por una parte los salvajes habian sido rechazados hasta dentro de sus confines, y por otra el Canadá estaba ya del todo sometido. La guerra y sus revoluciones, que

son la mayor calamidad para los que ocupan el lugar de la escena, eran para nosotros, que estábamos lejos, un nuevo pábulo para nuestra curiosidad, escitando el mas vivo interes, y una especie de exaltacion patriótica, capaz de producir un noble placer cuando no se tiene que chocar con las pasiones.

»Repartia mi hermano igualmente su ternura entre sus cuatro hijos, y una hermosa huerfanita de catorce años que completaba esta pequeña sociedad, á la cual todos amaban con singular cariño. Debo manifestar quién era ésta, pues la historia de su madre es rara y misteriosa.

»Embarcada clandestinamente en Lóndres, habia llegado á la Amé-

rica sin bienes ni recomendacion alguna. Una casualidad, si asi puede llamarse todo acontecimiento impensado, la hizo conocer á mi tia; y como su porte y lenguaje descubrian un distinguido nacimiento, le recojió en su casa, en donde pasó tres años en continuo retiro, despues de cuyo tiempo murió víctima de la desgracia. En los últimos momentos de su vida recibió el consuelo, de que le asegurásemos continuar con la hija los oficios de beneficencia que ella habia esperimentado hasta aquella hora. Al casarse mi hermano convenimos en que esta niña quedase en la familia, haciéndonos aumentar de cada dia el cariño que le profesábamos, su mucha docilidad, y la semejanza con su madre,

cuya desventura estaba tan reciente en nuestra memoria. Era naturalmente triste y pensativa, y esta disposicion, dimanada del abandono á que su infausta suerte la habia sujetado, nos hizo redoblar los esfuerzos para distraerla de aquellas funestas ideas, y poner el mayor cuidado en cultivar su talento y su corazon, siendo su bienestar el único objeto de nuestros incesantes desvelos. Sus bellas cualidades nos justificaban de lo prendados que estábamos de ella; no se presentaba á nuestra vista ó á nuestro pensamiento sin enternecernos: yo misma he sentido humedecerse mis ojos cuando se me acercaba; y mil veces la he estrechado entre mis brazos en los transportes de mi afecto.

De esta manera iba adquiriendo cada dia nuevas gracias y nuevos títulos á nuestro aprecio y estimacion, cuando una ocurrencia inopinada nos puso á pique de perderla.

»El caballero Stevart, oficial mayor del ejército, que habia sido herido en Quebec, hechas ya las paces, daba por Filadelfia una vuelta á la colonia antes de regresar á Europa. Habia venido recomendado á una señora muy íntima amiga nuestra, y precisamente le estaba haciendo la visita de despedida cuando entré yo en la sala llevando al lado nuestra preciosa huerfanita. No es posible espresar la conmocion en que le vimos cuando reparó en ella. Inmóvil de sorpresa parecia pregun-

tarnos con sus miradas y ademanes; toma de improviso la muchacha de la mano, se la acerca, y esclama con una voz turbada: —»¿Quien es esta? ¿de donde ha venido? ¿como se llama?" Le contamos la historia de su madre, y que la pobre habia terminado su triste existencia consumida por sus afliciones, y que habia dejado aquella preciosa niña bajo nuestro amparo. —»Su nombre, esclamó, os ruego con todas veras me le digais." Le respondimos: —»Luisa Convay." Al pronunciar estas palabras, se arroja con rapidez, y estrechando en sus brazos á la amable Luisa, nos sorprendimos en estremo al oir que se declaraba por su padre. Despues de sosegados del sobresalto

que nos causó tan imprevisto descubrimiento, satisfizo nuestra impaciente curiosidad con esta declaracion.

»La señora Convay, madre de nuestra Luisa, era hija única de un banquero de Lóndres, el cual, siendo viudo, llenó con ella todos los deberes de un padre el mas afectuoso. Un raro incidente se la habia dado á conocer al caballero Stevart, el que enamorado de sus atractivos y prendas amables, la pidió á su padre, quien se la concedió con la sola condicion de que vivirian siempre en su compañía. Tres años habian pasado en el seno de la dicha, que se consolidó con el nacimiento de esta niña, cuando la guerra los obligó á pasar con su rejimiento

á Alemania. Con mucha dificultad desistió su esposa de la arriesgada determinacion de seguirle á una campaña desastrosa. Jamás se vió tan dolorosa separacion, que procuraron hacerla llevadera con una correspondencia no interrumpida; pero todas las cartas de su mujer estaban llenas de las zozobras en que le tenia su vida, y de votos por su pronta vuelta. Ciertas alteraciones políticas le obligaron bien pronto á dejar la Vesfalia, y pasar al Canadá, creyendo hallar consuelo en una mudanza que le permitia pasar por Lóndres, y dar un abrazo á una mujer é hija que adoraba. Llega finalmente, salta del coche, llama con repetidos golpes á la puerta de su suegro, y se entra aunque con dificultad. To-

do anunciaba en aquella casa el mayor dolor y consternacion: la recorre llamando frenético á su mujer, á su hija; nadie responde á sus voces, y apenas puede sacar en limpio estas escasas noticias. Que la antevíspera de su arribo se habia hallado la habitacion de su mujer enteramente vacía, y ella habia desaparecido con su hija y con las alhajas de mas valor, sin que todas las indagaciones hubiesen podido descubrir el camino que hubiese tomado, ni adivinar las causas de esta evasion estraordinaria; y ¿como se ha de pintar su asombro, ó mas bien su desesperacion, cuando viendo que eran inútiles todas las pesquisas, se vió en el conflicto de volverse sin dilacion á Quebec, adonde su deber le re-

clamaba? Desembarcado en Filadelfia, en donde antes habia residido algun tiempo, pasaba con frecuencia por donde vivia su desventurada esposa, sin sospechar que estuviese tan cerca de ella, y que pocos dias hace habia recibido la noticia de que el señor Conway habia muerto de sentimiento, y que asi quedaba dueño absoluto de sus inmensos bienes.

»Esta corta narracion prestó materia por largo tiempo á mil conjeturas sobre los motivos que habian podido obligar á la señora Stevart á dejar su patria, resultando siempre este procedimiento como un secreto impenetrable, que el tiempo solo podria descubrir. El señor Stevart era un caballero en estremo amable, y de cada dia estaba

mas prendado de su Luisa, la cual alborozada de haber recobrado no menos que á un padre, recibió con toda resignacion el aviso de disponerse á acompañarle muy luego á Inglaterra. Necesitaba no obstante algunas treguas para irse acostumbrando con la idea de tan cruel separacion, no pudiendo pensar en aquel doloroso instante sin derramar copiosas lágrimas. Algunas esperanzas concebimos de poder recabar del señor Stevart á que se estableciera en la América; pues nos habia dejado su hija mientras que acababa de dar la vuelta á la colonia, compensándonos su ausencia con una correspondencia tan instructiva como interesante, que nos proporcionaba un nuevo recurso de diversion y útil recreo.

»El buen tiempo, y el fresco del nuevo verdor de la estacion, nos habia juntado una tarde del mes de Mayo á mi cuñada, á Luisa y á mí arriba en la rotunda, en donde nos entreteníamos en bordar, mientras que Vieland y Pleyel tenian su ejercicio de autores griegos y latinos. Habiendo querido mi hermano apoyar con una autoridad su argumento, le tildó Pleyel que habia mudado una palabra. El buscarla en la obra citada era el medio mas fácil de aclarar la dificultad. Iba corriendo mi hermano á casa á ejecutarlo, cuando le detiene en el camino un criado que le traia una carta del mayor Stevart, y retrocedió para que la oyésemos leer. En esta carta, despues de los cumplimientos de estilo, y

de protestarle su tierno amor á su hija, nos hacia una descripcion muy individual de la catarata de Mongahela. Una deshecha tempestad nos obligó á retirarnos á casa repentinamente; porque nunca habíamos tenido valor de permanecer en aquel sitio cuando tronaba, y esta era la sola funesta impresion que nos quedaba del deplorable fin de mi malogrado padre. La carta del mayor se hizo el asunto de nuestra conversacion, en la que se fue comparando la catarata que describia con la que Pleyel habia observado en los Alpes, cerca de Glaro; y para juzgar con mas acierto se pensó recurrir á la carta, para tener presentes todas las circunstancias. Advirtió entonces mi hermano que no la

llevaba encima, y ocurriéndole que la habria dejado en la rotunda al venirnos con tanta precipitacion, se determinó á ir él mismo á buscarla.

»Aunque era grande la impaciencia con que le aguardábamos, no pudimos dejar de maravillarnos al ver la asombrosa lijereza con que habia vuelto. La inquietud y el espanto se veian pintados en su rostro; buscaba con ansia algun objeto que interiormente le afectaba, y mirando sucesivamente con atencion á todos nosotros, clavó la vista en su mujer con nuevo susto. Se hallaba sentada en la misma actitud en que la dejó un momento antes, bordando la misma flor que él habia admirado cuando la empezaba. Se acerca perturbado á

la labor, y crece su sobresalto al ver que iba á concluir la flor, y queda como abismado en una profunda meditacion. Guardamos todos el mayor silencio, no acertando á creer lo mismo que estábamos mirando, y sin acordarnos nadie de la carta, cuando creyendo Pleyel que debia ya sacarle de aquella especie de letargo, le dijo: — »Y bien, ¿has traido la carta?" — »No, respondió sin apartar su azorada vista de Catalina; ni aun he subido á la rotunda." — »¿Y eso por que?" En vez de darle respuesta se dirijió á su mujer: — »Catalina, ¿tú has salido de la habitacion en los breves instantes que he faltado de ella?" Absorta de la seriedad con que le hacia está pregunta, le respondió con estrañeza:

— »No: mas ¿por que me lo preguntas?" Despues de una corta pausa nos requirió de nuevo á todos: — »¿Con que es cierto que Catalina no me ha seguido á la rotunda, ni que acaba de entrar aqui ahora mismo antes que yo?" Le aseguramos de todas veras que absolutamente no se habia movido de su puesto. — »No obstante pues, ó yo he de rehusar vuestra atestacion, ó he de desconfiar de mis sentidos, que me dan la certeza de que al llegar á lo alto de la escalera, que remata en el atrio de la rotunda, Catalina estaba allá bajo?" Aun todavía nos dejó mas confusos á todos tan estraña declaracion. Pleyel, como para probarle, se chanceó con alguna mordacidad; pero él, habiendo escuchado

á su amigo sin desconcertarse, y aun con serenidad, esclamó: — »No hay que dudarlo, ó es la voz de mi mujer la que me ha hablado desde el pie de aquella escalera, ó no lo es tampoco la que acabo de oir ahora.'' — »Verdaderamente, le dijo Pleyel, te encierras en un dilema que no tiene salida; porque si hemos de dar crédito á nuestros ojos, tu mujer no se ha apartado un paso de aqui; mas ya que quieres sostener que la has oido hablar contigo cerca de la rotunda, comunícanos á lo menos los términos de esa misteriosa conferencia.'' — »No: esta conferencia nada ha tenido de misteriosa; sabeis con qué objeto os dejé, y con qué celeridad me visteis volver. Al salir pues, el aire estaba sosegado, y la luna

cuando llegué yo al pie de la roca estaba oculta bajo una nube. Subiendo la escalera me pareció divisar entre las colunas del templete una claridad, en que no hubiera reparado, si la luna no se hubiese obscurecido al mismo tiempo por interposicion de otra nube. Hice por asegurarme de aquella especie de metéoro, pero nada pude descubrir. No puedo visitar solo ó de noche aquel sitio solitario, sin que me represente al vivo la muerte de mi padre; y aquel accidente estraordinario, renovando entonces la impresion que me habia dejado su triste fin, causó un efecto que no hubieran podido producir en otra ocasion la soledad ni las tinieblas. No obstante proseguí mi camino abandonándome, no ya al

temor, si no á una mera curiosidad; y ya habia superado la mitad de la subida, cuando oí una voz que me llamaba desde el pie de la escalera. Su acento era claro y sonoro, y os protesto sinceramente que oí la voz de Catalina, que aunque ordinariamente no es tan fuerte, porque rara vez tiene motivo para levantarla tanto, si mis sentidos no me han engañado, oí que ella me gritaba: *Detente, no pases adelante, que sino eres perdido.* Una advertencia tan imprevista y de tanta sorpresa, y la persuasion en que estaba de que me la dirijía mi mujer, bastaron para desconcertarme, y quedé suspenso. Pasados algunos minutos de silencio, en que ni me atreví á seguir adelante ni á volver atras, yo tambien levanté la voz:

—»¿Quien me llama? ¿eres tú, Catalina?'' Me puse á escuchar, y luego recibí claramente esta respuesta: — *»Sí, yo soy; no pases de ahí, te lo conjuro, vuélvete al punto á casa.*'' Esta era aun todavía la voz de mi mujer, y la oia salir desde el mismo pie de la escalera. ¿Que haria entonces? Este importante aviso de una persona tan estimada, y en semejante paraje, no era ciertamente de despreciar, y por el aspecto misterioso no podia dejar de obedecerla. Retrocedo intimidado, y bajo á reunirme con ella; mas habiendo llegado al último escalon, aunque la luna habia tomado de nuevo toda su brillantez, por mas que miré por todas partes no pude divisar á nadie. Con qué celeridad, me decia á mí mismo, se ha

retirado á casa, cuando ni aun de lejos he podido descubrirla. La llamo de nuevo, y no logro respuesta alguna; me vuelvo meditando sobre tan estraño incidente, sin poder darme razon, ni formar idea de su precipitada fuga, ni mucho menos del sosiego en que la hallé al entrar. Me asegurais vosotros que nada ha ocurrido que precisára enviar á llamarme, y que esta no ha salido de la habitacion, con lo que yo me pierdo en un caos de conjeturas inesplicables y misteriosas.'' Esta fue toda la esplicacion de mi hermano, la cual produjo muy diversas impresiones. Pleyel, como miraba este acontecimiento como una mera ilusion de su fantasía exaltada, le decia: —»Puede haberse oido una voz cualquiera, y

tú te has figurado de un pronto que era la de mi hermana que te llamaba." De esta manera prosiguió ridiculizando lo que llamaba una vision, no porque esperase convencer á su amigo, sino proponiéndose por medio de la burla borrar de su mente un prestijio, que tenia por efecto de la efervescencia de su celebro. Con esta mira se ofreció ir entonces mismo á buscar la carta. En efecto fue allá, y volvió de contado trayéndola en la mano, y participándonos que no habia hallado ninguna fantasma que le estorbase su comision. Catalina, aunque dotada de juicio, era tan propensa á la superstición y al terror, que la tenia en brasas el que se hubiese oido su voz en donde ella no estaba, y de una manera tan rara, y

asi todos los chistes de Pleyel no la sosegaron, mucho menos cuando fijando la vista en su marido, observaba la ninguna fuerza que le hacian todas las razones y argumentos con que se proponia desengañarle. Por mi parte, reflexionando seriamente en esta nueva escena, advertia cierta correspondencia con la incomprensible muerte de mi padre, sobre la cual habia meditado frecuentemente sin poder disipar mil dudas que me inquietaban.

»Aunque lo maravilloso que parecia tener aquella catástrofe se oponia á mis principios, y yo á mas estaba libre de los temores que por lo jeneral dominan á las personas de mi sexo, no obstante el misterio de que iba encubierta, me causaba un estremecimiento y un pa-

vor, que tomó entonces un nuevo aumento. Pero en mi hermano fue incalculable el estrago que hizo; iba á ser víctima de un fatal error, tan peligroso en su indisposicion moral. Cuando la imajinacion y los sentidos han llegado á depravarse, no se pueden calcular los males que acarrean. Teniendo un temperamento adusto y melancólico, le dominaban las ideas abstractas y metafísicas. Habia considerado siempre el fin de nuestro padre, como la ejecucion de un decreto inmutable de la divina Providencia; y siendo el objeto continuo de sus meditaciones, habia impreso en su ánimo unos vestijios tan terribles como profundos. Desde aquel suceso se halló menos dispuesto á entrar en nuestros entretenimientos,

evitaba hablar sobre aquellos sucesos y entrar en conversacion, oyendo silenciosamente las reflexiones con que sus amigos intentaban distraerle y alegrarle.

»Hallándome á solas con él en la rotunda una noche muy obscura, me aproveché de esta ocasion para sondear sus mas secretos pensamientos. —»¡Cuan impenetrable es, le dije, esta obscuridad, y por densa y tenebrosa que sea podia disiparse de repente con solo un rayo de luz!" —»¡Oh! sí, me respondió lanzando un profundo suspiro, y si ese rayo viniera de arriba, no solo desvaneceria la obscuridad física, sino tambien la moral." —»Mas ¿para que hemos de pretender que la Divinidad manifieste siempre su querer obrando

nuevos milagros?" — »Tienes razon, Clara, otros conductos y medios tiene para declararnos su voluntad." — »¿Como es que tú nunca me has esplicado bajo que aspecto miras lo que está pasando de estraordinario en nuestra familia?" — »No se puede considerar por ningun punto de vista constante; son efectos producidos por causas inesplicables, y que seguramente no son ilusiones; porque muy bien se podian establecer otras muchas suposiciones mas fundadas que esta; pero debemos apartarlas todas para hallar la verdad." — »¿Cuales pueden ser estas suposiciones?" — »Clara, es inútil el examinarlas aqui; aunque sean todas ellas menos ridículas que las ilusiones de Pleyel. Solo el tiempo puede acla-

rar mis conjeturas, y hasta entonces conviene contenerse en una abstraccion y silencio absoluto."

CAPITULO V.

»Pasó algun tiempo sin que en nuestra familia sucediese cosa alguna digna de contarse, y duranta el cual, habiendo llegado Pleyel á Europa, habia comunicado á mi hermano noticias muy importantes. Nuestros antepasados, que eran unos sajones muy nobles, poseian bienes inmensos en el marquesado de Lusace; y habiendo muerto la mayor parte de sus descendientes en las guerras contra la Prusia, resultaba ser mi hermano en aquella sazon el heredero mas cercano. Hizo nuestro amigo todas

las indagaciones necesarias, rejistró archivos, recojió datos positivos sobre el particular; y habiendo puesto en claro, y hecho valer el derecho que tenia Vieland á aquella inmensa sucesion, le faltaban las formalidades de estilo para pasar á Leipsic á tomar la posesion. Habiéndole instado Pleyel con toda eficacia á que diera este último paso, quedó maravillado al verle con tanta aversion á tan ventajoso proyecto; pero no desesperó de poder por el tiempo vencer su repugnancia.

»El interes con que miraba nuestro bienestar y su predileccion á la Alemania, le hicieron redoblar los esfuerzos para arrancarle el consentimiento. A fin de conseguirlo empleó todos los argumen-

tos que su razon podia sujerirle; le hizo una pintura muy halagüeña del gobierno, usos y costumbres de aquel pais; se esplayó de un modo muy lisonjero por los privilejios de que alli goza una nobleza opulenta; y aun de la misma especie de servidumbre en que existia la clase laboriosa, sacó partido para realzar su bella descripcion con el contraste que embelesaba de las frecuentes ocasiones que alli se presentaban, de hacerse amar practicando todas las virtudes filantrópicas. Asi como un ilimitado poder produce muchos males en unas manos ineptas ó crueles, al contrario, cuando se halla en manos sábias ó jenerosas, llega á ser un manantial inagotable de dicha y de prosperidad. De donde

inferia que absteniéndose Vieland de reclamar su herencia, privaba á sus vasallos de todas las ventajas que podia proporcionarles, y aun en cierta manera se hacia responsable de la miseria y opresion que pudiesen esperimentar de parte de otro poseedor injusto ó menos jeneroso. No halló dificultad mi hermano en rebatir estos argumentos, probando á Pleyel que no existia en toda la redondez de la tierra otro punto en que el hombre pudiese disfrutar de mayor sosiego, proteccion y libertad que en donde vivia; que si los sajones podian aplaudirse de la forma de su gobierno, tambien se hallaban desgraciadamente espuestos á las calamidades de la guerra, hasta que cayeran en manos de la Prusia

ó de la Austria, cuyo suceso no podia estar muy distante. Pero aun prescindiéndose de estas consideraciones, ¿seria jamás cosa laudable correr en pos del poder y de la fortuna, que eran el verdadero orijen de nuestros errores, desaciertos y crímenes? Y ¿quien le aseguraba que al mudar asi de situacion no se degradaria tambien como los demas, haciéndose duro, egoista y lleno de pretensiones? ¿No era ya bastante rico? ¿No pasaba su vida en el seno de la abundancia y de todas las comodidades que un hombre de bien puede desear? ¿Trocaria insensatamente este pacífico estado por una felicidad imajinaria é incierta, siendo preciso comenzar por abalanzarse en el laberinto de las trampas legales, para arrojar de

aquellas posesiones á los usurpadores, los cuales para sostenerse no cabe duda que emplearian hasta el soborno y el cohecho? ¿Se espondrá á los riesgos y penalidades de un largo viaje? ¿Se desprenderá por fin de su mujer, de sus hijos, de sus amigos y de su bienestar para emprender un litijio ruinoso que aventurase su patrimonio engolfándole en un mar de contradicciones y disgustos? Y ¿para que? para intentar conseguir únicamente unas posesiones, que tantas veces han sido invadidas por los enemigos, y que en el dia están mas que nunca á pique de ser presa del vencedor.

»Pleyel, á pasar de que conocia la fuerza de este raciocinio, porfiaba incesantemente en inclinarle al viaje, minando sordamente

aquellas solidísimas razones, á lo cual le movian otros motivos del todo personales. La baronesa de Stolberg, que habiéndole robado la voluntad, fue violentada á casarse contra su eleccion, acababa de quedar libre por muerte de su marido, cuya noticia se la comunicaba ella misma, convidándole á que se volviera á Leipsic á recibir su mano. Bien fuese que este acontecimiento despertara en efecto sus antiguos amores, ó bien que se creyera todavía comprometido irrevocablemente por su primera palabra; lo cierto es, que desentendiéndose de la afectuosa inclinacion que sin duda le habia yo inspirado, parecia estar absolutamente resuelto á repasar sin dilacion los mares. Con todo, le era

intolerable la idea de dejarnos para siempre, y por lo mismo, como se lisonjeaba de haber hallado un espediente tan ventajoso de reunirnos en Sajonia, esta confianza le tenia infatigable en convencer á mi hermano una empresa que tan bien se combinaba con sus planes. Sabia que su hermana y yo, nada dispuestas á apoyar sus instancias, confabulábamos sobre los medios de corroborar la resistencia de Vieland; el cual por su parte nos ocultaba las importunaciones de su amigo, para escusarnos el desasosiego, y por el temor de que se rindiese.

»Pasadas tres semanas de la llamada misteriosa, que tanto nos alteró, convidé un dia á mi familia á comer en mi casa: le pasamos

agradablemente; mas Pleyel, que debia tambien acompañarnos, no pareció hasta la caida de la tarde. Entró desasonado, de mal humor, y como descontento de sí mismo; y sin dar lugar á que le hiciéramos ninguna pregunta, nos manifestó el motivo de su tardanza. Nos contó, pues, que habiendo sabido que acababa de llegar de Hamburgo un paquebote, fue volando á recojer las noticias que aguardaba; mas habiéndose frustrado sus esperanzas con no recibir ninguna carta de Sajonia, no podia disimular la inquietud en que esta falta le habia puesto. Al verle tan decaido en aquel contratiempo, confieso que no dejaba de alegrarme por el interes que me inspiraba, aunque sintiese pena al ver la impresion que este

incidente le habia causado. Entre tanto se esforzaba en justificar un silencio tan estraño, teniendo acaso el amor propio ofendido mas parte en esta desazon que el amor mismo; al menos asi me lo lisonjeaba. En nada menos paraba la consideracion, que en la infidelidad de aquella con quien estaba comprometido. No pudiendo persuadirse á que hubiese motivo para hacerle ignorar una enfermedad, ó una ausencia, ó aun la muerte, se creia autorizado para temer que le hubiese dejado por otro. Lo mas que podia ya hacer en aquellas circunstancias era acelerar su regreso á Europa, que solo habia diferido á fin de que mi hermano y nosotros nos decidiéramos á seguirle, y estaba inconsolable de haber perdido

una proporcion tan cómoda por condescender con nuestra escesiva tenacidad.

»Se decidió por último á embarcarse en aquel mismo paquebote, que iba á hacerse á la vela dentro de algunas semanas, proponiéndose emplear aquellos dias necesarios para los preparativos en mover los últimos resortes, á fin de vencer la repugnancia de mi hermano; y estas disposiciones iba formando, cuando llegó tan opaco, cansados de esperarle todo el dia. Sin embargo que, segun decia, era bastante tarde, propuso á pocos momentos que habia entrado, que mi hermano le acompañase á dar un paseo. Vieland lo aceptó y nos dejaron á Catalina, Luisa y á mí entretenidas en una lectura muy gus-

tosa, que ellos mismos nos instaron á que la continuásemos hasta su vuelta. Nos dieron palabra que volverian á cenar; pero iban pasando las horas, y de cada instante nos ponia en el mayor cuidado una ausencia tan larga, sin poder atinar la causa, cuando despues de mucho esperar entraron juntos. Su semblante me trastornó, sin atreverme á desplegar los labios: Catalina, impaciente de satisfacer su curiosidad, les manifestó lo sobresaltada que la habia tenido su tardanza, y noté que con no menor admiracion que la nuestra la miraron sorprendidos; y quedé sin poder acertar de donde dimanase aquella conmocion de entrambos. Vuelto Pleyel de su primer asombro, alegó algunas escusas dando una mirada

muy espresiva á mi hermano, que se hallaba sumido en un profundo enajenamiento, mientras que yo, absorta en mis reflexiones, ardia de impaciencia por averiguar aquel nuevo misterio. De alli á poco salió para su casa Vieland con Luisa, su mujer é hijos, y quedé maravillada al oir con qué eficacia y cuán de veras me proponia Pleyel quedarse en mi casa hasta el dia siguiente. Oferta muy singular, que á pesar de la inocente libertad de las costumbres de nuestra campiña, acrecentó mi asombro en términos, que llegué á temer algun riesgo en rehusarla.

»Luego que se fueron, Pleyel se revistió de un aire de consternacion que jamás le habia conocido, y se puso á caminar violenta-

mente por la habitacion. Me determiné con todo este aparato á hablarle de los temores que nos causó su ausencia, y de la estraña conducta que observamos á su vuelta; y entonces se paró, y mirándome hito á hito, me dijo con voz alterada: — »Clara, guárdate bien de que salga de tu boca jamás lo que voy á descubrirte..... Dime, ¿en que os ocupasteis durante nuestro paseo?'' — »En hojear algunas obras de literatura, y en conversar sobre las materias que nos sujerian; pero cuando volvisteis estábamos formando mil vanas conjeturas sobre vuestra tardanza.'' — »¿Y Catalina ha estado con vosotras todo ese tiempo?'' — »Sí.'' — »¿Estás bien cierta de ello?'' — »Como que no se ha apar-

tado de nuestro lado." Hizo una suspension como para asegurarse de mi seriedad, y despues juntando sus manos en ademan de admiracion, esclamó con vehemencia: —»¡Oh, Dios! ¡luego es cierto que ha muerto la baronesa de Stolberg!" Esta era toda su ajitacion; ya no la estraño; mas ¿por donde habia adquirido la certeza de su muerte, cuando poco antes se quejaba de no haber recibido ninguna noticia de Sajonia? ¿Y que conexion podia tener este funesto acontecimiento con mi cuñada? ¿A que venia dar tanta importancia á que hubiese permanecido con nosotras? Era otra escena como cuando fue mi hermano por la carta del caballero Stevart á la rotunda, y volviendo en

un abrir y cerar de ojos con las manos vacías, ¿se maravilló tanto de hallarla muy sosegada en la misma actitud en que la habia dejado al salirse? Sin atender á mis preguntas, se le escaparon algunas palabras inconexas, que demostraban el trastorno de sus facultades, y esclamó: — »¿Será acaso tambien esto una nueva ilusion? Pero en tal suposicion, ¿como la hemos padecido entrambos? ¡Que asombrosa coincidencia.....! Con todo no es una cosa imposible de que suceda....; y no hay remedio, si este anuncio es verídico, ¿la baronesa ya no existe.....? No; yo no puedo creerlo...: el fiel y honrado Bertrand, que he dejado á su vista, no hubiera dejado de participarme esta ocurrencia......

Pero ¿y si ha temido contristarme, y su mismo afecto para conmigo le ha hecho tomar el partido de guardar silencio? Perdona, mi estimadísima Clara, prosiguió tomándome la mano, perdóname esta indebida reserva contigo.... Yo te lo esplicaré todo cuando me halle en estado de hacerlo....; pero guárdate bien entre tanto de darlo á entender á mi hermana: ella no está dotada de la fortaleza de alma, que á los veinte años te pone superior á todo vuestro sexo, y le interesa demasiado para que dejase de padecer mucho; asi escusémosle unas violentas ajitaciones que le harian perder el juicio." Pasado un rato de recojimiento empezó á darme cuenta de su paseo, y de las tentativas

con que estrechaba á mi hermano á seguirle: — »La desesperada situacion en que me hallaba, prosiguió, me prestó una nueva elocuencia; pero estaba muy firme en su opinion para poder desquiciarle, ó abrir brecha. Embebidos en una materia tan séria, repetidas veces nos habíamos acercado indeliberadamente al pie de la rotunda, pero luego que tu hermano lo advirtia, se apartaba con precipitacion. Por último me dijo: — »Me parece que una mano invisible nos conduce á este sitio, no sé si para mal.'' Me infundió miedo esta observacion, pero estaba ya hecha. — »Pues siempre venimos á parar á este punto, añadió como violentándose; subamos á descansar un rato, y si aun no

estás convencido de que no conviene moverme, á lo menos no dejaré de persuadirte.'' Vine bien en ello, y nos subimos. Luego que tomamos asiento proseguí la conversacion, ridiculizando sus aprensiones en retraerse de un viaje tan ventajoso. — »Aun cuando yo me dejase vencer por evitar esta nota estravagante, que quieres aplicarme, ¿que habiais adelantado? Nada, porque tenias á mas otros contrarios que combatir, y no debias contar con la victoria teniendo yo mujer y hermana, que no serian tan fáciles en ceder de su opinion como te presumes.'' —»No dudarán en conformarse con tu voluntad; y al contrario, Catalina mirará esta condescendencia como un deber.''

—»¡Oh! no, estás muy equivocado, se violentaria su inclinacion; no las quiero importunar, ni menos exijirles unos sacrificios tan penosos; soy su amigo, su protector: no quiero hacerme su tirano; y ya que mi mujer pone su dicha, y cifra el bienestar de sus hijos en permanecer en esta su nueva patria, ciertamente jamás las precisaré á abandonarla.''—»Pero cuando sepa que esa mudanza es de tu gusto, ¿crees que no le tendrá tambien en acomodarse con toda resignacion, y aun complacencia?'' Antes que mi amigo hubiese tenido tiempo para responder, se dejó oir un *no* pronunciado con mucha claridad, siéndonos muy difícil de señalar de dónde habia salido, ni por qué con-

ducto habia llegado á nosotros. Toda la duda que podia quedarnos, se desvaneció bien presto por la repeticion sonora y distinta del mismo monosílabo, haciéndose escuchar por segunda vez un *no*, que nos llenó de espanto. La voz semejaba á la de mi hermana, y al parecer venia de arriba. Yo grité entonces levantándome con precipitacion: — »Catalina, ¿eres tú? ¿En donde estas?'' Nadie me responde; rejistro escrupulosamente por dentro y fuera de la rotunda en cuanto me permite la obscuridad, y no descubro nada; veo á tu hermano estúpido de terror, y me siento á su lado con igual sobresalto. Despues de un corto espacio, me dice: — »Y bien, ¿que piensas ahora de esto? ¿que me di-

ces? ¿Crees ahora que es tambien esto una ilusion? Esa es la voz; ya la has oido, y quedarás convencido de que mis sentidos no me engañaban.'' — »Sí: no hay que dudar, es demasiado evidente para mero engaño ó capricho de la fantasía.'' Y á pocas palabras nos volvimos á quedar inmobles en profundo silencio y cavilacion, de la que me sacó el reflexionar la hora que debia ser, y el largo rato que faltábamos de casa, y le propuse que nos volviésemos, segun habíamos quedado con vosotras. Nos levantamos con este objeto, cuando reflexionando yo sobre mi situacion: sí; grité alzando la voz arrebatado: sí; estoy del todo resuelto: ya que no puedo recabar de mis amigos que me sigan para

su mismo bien, y que un ajente invisible se opone á ello, quédense en hora buena; y embelesados en la uniformidad de la vida campestre, pasen vejetando en las márjenes del Scuilquill una vida obscura, que yo parto en el primer navío que se presente, y voy volando á los pies de la señora Stolberg á preguntarle la causa de este silencio que tanto me desespera." Apenas habia terminado la frase, cuando la voz misteriosa me hizo oir: »*No tengas que ir, que su silencio es el del sepulcro.*" Imajínate, si es posible, el efecto que producirian en mí aquellos acentos proféticos. Me estremecieron, y quedé estático como escuchando lo mismo que acababa de oir. Vuelto de mi asom-

bro, me esforcé á gritar con voz alterada : ¿Quien me habla? ¿y que prueba tiene de esta fatal nueva? No tardó esta respuesta:—»*Una cierta; ya no existe.*" Pregunté con viveza : ¿cuando, en donde habia muerto, y la causa de su muerte? — »*Silencio*;" y fue la última palabra que se dejó oir. La voz fue apagándose á medida que se alejaba, hasta que el silencio absorvió todas las pocas preguntas que aun tuve ánimo de hacerle. Aceleramos el paso hácia casa, y al encontrarnos á todas reunidas, como os habíamos dejado, cesó toda duda de que la voz fuese de mi hermana ; mas ¿de quien seria? Las circunstancias estrañas é inconexas, que han concurrido en este anuncio, ofrecen á todas lu-

ces una prueba suficiente de su verdad. ¡Ah! plegue á Dios que sea falsa; pero confieso que no me atrevo á esperarlo asi.''

»Calló Pleyel, dejando campo abierto para que yo reflexionase sobre este suceso inesplicable. ¿Como he de pintar las conmociones que me ajitaron, y las ideas que se agolpaban en mi mente? No era ciertamente supersticiosa, ni creia en apariciones ni espectros; los cuentos con que asustan á los niños no me causaban impresion alguna; porque solamente descubria en ellos patrañas, necedades y estravagancias, estando muy lejos de ser del número de los que hallan entretenimiento en el pavor que causan, siempre pernicioso á una imajinacion débil ó exaltada.

Pero este acontecimiento confirmaba el primero, y ambos se diferenciaban tanto de los que habia oido contar hasta entonces, que ya me inclinaban á creer la intervencion de un poder de órden superior; y esto era bastante para fijar mi atencion de una manera especial, sobre todo atestiguándolos un hombre digno de fe, y aun menos crédulo y supersticioso que yo misma. Me sentí por la primera vez penetrada de un respeto religioso, y embargados mis sentidos por su poderosa influencia, me entregaba á una séria contemplacion, cuando se retiró Pleyel para dejarme tomar algun descanso. Acabada de recibir una impresion tan fuerte, que el sueño se alejó de mis ojos, dejándome llevar toda

la noche del curso rápido de mis reflexiones y conjeturas.

»Comenzaba á la verdad á *persuadirme la intervencion de unos seres invisibles*; mas estaba lejos de creerlos maléficos, porque la idea de una vijilancia paternal sin límites, estaba en mi espíritu tan íntimamente enlazada con la de un poder infinito, que aquellos avisos me parecian en efecto dictados con intenciones benéficas. Ellos habian detenido á mi hermano en el momento que iba á subir á la rotunda, previniéndole del peligro que allí le aguardaba, y que su docilidad le habria salvado de un destino semejante al de mi padre; y Pleyel por el mismo conducto habia sido libertado de sus incertidumbres, y de los riesgos

y fatigas de un viaje inútil, recibiendo la confirmacion de la muerte de la baronesa. Pero ¿era cierto que ya no existia? Si el anuncio era verídico, no podia tardar en saberse á las claras. ¿Y se debia temer ó desear? Esta muerte rompia todos los vínculos que ataban á Pleyel en Europa. Todo conspiraba á retenerle en nuestra compañía, librándonos del quebranto de una separacion dolorosa, y tal vez eterna.

»De allí á veinte dias llegó otro paquebote de Filadelfia; pero en todo aquel intervalo Pleyel habia huido de todos sus amigos, y devorado de la tristeza y de la misantropía, limitaba sus paseos á las cercanías de su casa, por las so-

litarias márjenes del Delavare, cubiertas de elevadas cañas, que esparcidas tambien por la corriente del rio, formaban lagunas, que en el verano se hacian una cloaca inmunda de agua estancada y cenagosa. No se podia caminar sin riesgo por aquellas orillas, y los desventurados colonos que confinaban con aquel lugar de desolacion, eran con frecuencia víctimas de las crueles enfermedades producidas por los miasmas nocivos que exhalaba en la primavera y otoño. ¡Cuan diverso era el pais que nos rodeaba en Metinjen! El rio de Scuilquill presentaba á la vista una agua siempre pura y cristalina, que corriendo fujitiva con rumor, ya libre, ya estrechada

por entre las canteras de mármol, coronadas de majestuosos cedros, bañaba unas riberas, en forma de anfiteatro, cubiertas de arbustos, y embellecidas con vistosas flores, que embalsamaban el aire con sus deliciosos aromas. Mi hermano habia tenido el gusto de cultivar los alrededores. Los valles circunvecinos presentaban los productos de un terreno feraz, y un cultivo variado é industrioso, mientras que las escarpadas cuestas formaban una majestuosa cordillera hermoseada con la olorosa madreselva. Pleyel nos habia dado palabra, que para preservarse de los daños á que le esponia la vecindad del Delavare, vendria á pasar la primavera con nosotros; mas la desazon que se le habia apoderado le

hizo mudar de plan, y asi para poder verle nos veíamos reducidos á ir á buscarle en su peligrosa y malsana soledad.

»Consumido por una melancolía que superaba á la inclinacion que yo habia podido inspirarle, y que sin duda iba en aumento de cada dia, todos sus sentimientos cedian á la impaciencia de recibir nuevas de la Sajonia; por último, desde las orillas fangosas del Delavare vió llegar un dia al amanecer el paquebote de que acabo de hablaros. Acudió precipitadamente, y no halló ninguna carta con sobre para él; pero entre los pasajeros dió con un conocido suyo antiguo, que salia últimamente de Leipsic, el cual puso término á sus zozobras y perplejidad, no solo cercio-

rándole de la muerte de la baronesa, sino haciendo una relacion circunstanciada y exacta de aquel funesto acontecimiento.

»Esta muerte, anunciada con tanto misterio, se vió en fin confirmada irrevocablemente. El tiempo que acaba por calmar nuestras penas, le fue restituyendo á los recreos y deleites de la sociedad, y todos fuimos recobrando bien pronto nuestro antiguo método de vida. Tenia yo tanta parte en su restablecimiento, que creia hallar en mí sola el total alivio de sus pesares; y á la verdad, el afecto fraternal, por decirlo asi, que yo le profesaba, no hubiera tardado en tomar otro carácter, y mi suerte y tranquilidad se hubiesen consolidado, á no estar reservada para su-

frir la série de males que me aguardaban. Por largo tiempo nos ocuparon estos acontecimientos, haciendo mas fuerte impresion en mi hermano, en cuya fantasía se encadenaban con otros igualmente desgraciados, llegando á ser el centro comun adonde propendian todos sus pensamientos. A ellos sin duda se debe el ahinco con que se entregó desde aquel momento á la singular indagacion de profundizar cuanto tenia relacion con el espíritu familiar y misterioso de Sócrates, dando alguna realidad ó consistencia á aquella noticia histórica. Sus conocimientos en los autores griegos y latinos hubieran hecho sumamente interesante su obra, si como sucede en muchos proyectos útiles, no la hubieran contra-

restado unos sucesos cuya memoria aun todavía me estremece.

CAPITULO VI.

»He llegado á la época terrible de mi historia, en que tiemblo al daros á conocer el ente incomprensible que acibaró mi existencia, y cuya odiosa idea causa en mí un trastorno jeneral. Siento ahora lo árduo de mi empresa, y desistiria si no temiese arrepentirme de no haberos cumplido mi palabra por cobardía. Mi sangre se hiela, y mi mano se paraliza al querer trazar su retrato, y luchando con un resto de pusilanimidad, para sostener mi ánimo abatido, y vencer las horrorosas impresiones, necesito

detenerme y tomar aliento.... Si ya estoy para rendirme al dolor, si mis ojos se obscurecen, ¿como he de conseguir pintar unos horrores que la imajinacion no puede concebir ni describir la pluma? ¡Oh tú el mas maravilloso y fatal de todos los seres! ¿que espresiones podrán dar idea de las miras secretas que por tan largo tiempo hicieron impenetrables tus designios? Pero no nos anticipemos. Esforcémonos en superar el terror, y sojuzgar la fuerza impetuosa de las dolorosas impresiones inseparables de su memoria. Apartemos la vista del desastroso cuadro de calamidades de que fuiste el autor, para considerarte por unos momentos como un ser ordinario, y reduzcámonos á describir las inocentes apariencias

con que te presentaste á mi vista al salir por primera vez á esta espantosa y trájica escena.

»Estaba sentada yo junto á la puerta de mi casa á la sombra de un cedro, y entretenida en leer disfrutaba una de las mas bellas tardes del verano, cuando vi pasar á un hombre por la otra parte de la balaustrada que separa la casa del camino. Su paso tardo y vacilante no tenia la gracia y soltura que distinguen por lo regular al ciudadano del hombre del campo. Sus espaldas anchas y cuartiagudas, su estómago aplanado, la cabeza caida, y el cuerpo de una anchura igual por todos lados, sostenido por unas piernas largas y delgadas, formaba un conjunto siniestro y estravagante. Su traje no

desdecia de la persona. Un sombrero caido mugriento de mucho servir, un vestido de paño burdo de color pardo, que parecia haber salido de las manos de algun sastre de aldea, medias de lana azul, zapatos atados con unas correas, y descoloridos por el polvo, que el cepillo jamás habia quitado, eran todo su traje. Una facha semejante nada tenia de particular, encontrándose otras muchas á cada paso por los campos de la colonia que no discrepaban de esta; pero era de estrañar anduviese por el camino estraviado y solitario que rodeaba mi habitacion, transitado solo por aquellos á quienes convidaban las bellezas de aquel paisaje pintoresco. Este hombre pasaba lentamente,

y se iba parando de trecho en trecho como rejistrando el paraje, y sin volver el rostro para que pudiese reparar en su traza; y en seguida escurriéndose por un bosquecillo desapareció. Seguile con la vista sin poder apartar su imájen de mi pensamiento, por sola la razon de que no se presentó otro objeto que llamase mi atencion ó curiosidad.

»Permanecí indeliberadamente en el mismo sitio, reflexionando sobre aquel ente raro y descaminado que acababa de presentarse á mi vista, y sobre la ingnorancia de que por lo ordinario va acompañado el ejercicio de la agricultura. Iba calculando cuanto podia influir una ilustracion que se propagase á todas las clases, para rea-

lizar de la manera posible los hermosos sueños de nuestros poetas, y me preguntaba yo misma: por qué la azada y la reja no podian hermanarse con los talentos, las luces y el estudio. Cansada de meditar, me entré en casa. Solo tenia conmigo la mujer anciana que me habia educado, y una moza de mi edad, porque mi hermano, que vivia á poca distancia, se habia encargado de hacer trabajar mis tierras juntamente con las suyas. Iba yo entonces á cumplir veinte años, edad propia para recibir las impresiones, por pasajeras que sean.

»Al colocar en el estante el libro en que estaba leyendo, oigo de improviso llamar á la puerta. Abre Agueda, y le preguntan: — »¿Podrias, mocita, aliviar con un vaso

de suero á un hombre que se abrasa de sed....?'' Ella le responde que no le tenia en casa. — »Bien; ¿pero se encontrará en la lechería que diviso allá bajo?'' — »Lo que yo os puedo asegurar es que no me queda una gota en casa.''— »En tal caso, querida, en el nombre sagrado de la beneficencia, dame á lo menos un vaso de agua fresca?'' Agueda se disponia á traérsela de la fuente. — »No: déjame ese vaso, dijo el forastero, y permíteme que vaya yo mismo por ella; porque no estando estropeado ni enfermo, mereceria que me arrojasen de cabeza en el Delavare, si consintia que una tan linda muchacha tomase por mí esa fatiga.'' Dichas estas palabras tomó el vaso de las manos de Ague-

da, y se encaminó á la fueute. Estuve escuchando en silencio aquel diálogo, en que las palabras de aquel advenedizo me habian chocado, no menos que su tono y espresion; y comparándola con la voz de Pleyel, que no carecia de armonía, hallaba en aquella una fuerza irresistible. Habia pronunciado el forastero estas últimas palabras con una espresion que no habia yo conocido hasta entonces, y la modulacion de su voz era tan sentimental, que penetraba hasta el alma. En mí produjo un efecto tan seductivo como involuntario; y cuando profirió aquellas palabras: *en el nombre sagrado de la beneficencia*, me cayó el libro, que aun tenia en las manos; mi corazon he-

rido por la simpatía palpitó sobresaltado, y mis ojos se arrasaron de lágrimas.

»Entre mis lectores, los que no hayan esperimentado estas vivas y súbitas impresiones, de las cuales muchas veces depende la dicha ó infelicidad de toda la vida, se maravillarán, como me maravillé entonces yo misma, de su rápido efecto. Asi se vean preservados de su funesta influencia. Pero aquellos que, como yo, hayan tenido la desventura de probar sus peligrosas resultas, no tendrán por frívolas estas circunstancias, que me creo en obligacion de referirles, siendo ellos á quienes toca apreciar estos sentimientos. Con esto facilmente se concebirá cuán vivamente provocó mi curiosidad aquel forastero que

acababa de oir, que pedia un vaso de agua con tanta urbanidad. Me abalancé á la puerta para satisfacerla; pero ¿cual seria mi sorpresa al verme con el mismo que habia advertido pasar por delante de casa? Mi imajinacion me habia figurado unas facciones, un ademan, una gallardía correspondiente á tan dulce y atractivo metal de voz; mas á la vista de aquel ente estravagante no pude acomodarme con tan rara transformacion. Me arrojé con enfado en una silla en la entrada de casa, y me quedé sumerjida en mis reflexiones.

»Sacome de ellas el mismo incógnito que venia á traer el vaso, en cuya vuelta no habia pensado, y por lo mismo la prontitud de esta vista me puso en una turbacion y

embarazo inesplicables. Venia con semblante apacible y paso sosegado; mas apenas me hubo divisado, le encendió el rostro una llamarada, asi como al mio: puso el vaso en la grada ó poyo de la puerta, y se retiró de contado diciendo entre dientes algunas palabras de agradecimiento. Rápidamente habia tomado una idea de la figura y facciones de aquel forastero. Sus mejillas eran pálidas y sumidas, sus ojos hundidos, la frente sombreada de cabellos negros y espesos, los dientes anchos é irregulares, pero de un hermoso esmalte, cutis áspero y atezado; en una palabra, todas sus facciones alejaban la idea de lo hermoso, y el todo de su figura representaba un cono vuelto de arriba abajo. A pesar de toda

esta fealdad, aquella frente, á lo que se podia descubrir, aquellos ojos vivaces, aunque huraños, tenian una brillantez y una espresion que no puedo describir, y sus facciones, aunque alteradas, tenian un cierto atractivo oculto, que anunciaban un hombre estraordinario, y dotado de facultades superiores. Luego que estuvo distante, me puse á recapacitar sobre la impresion irresistible que habia producido en mi interior aquel ente estraño, en términos que en nada podia distraerme. Debia ir á pasar la velada á casa de mi hermano; mas no tuve bastante ánimo para arrancarme de mis meditaciones, ni para resistir al deseo de trasladar al papel un borron del objeto que tan vivamente me habia

afectado. Saqué pues su retrato, y aunque delineado de prisa, aquella produccion de la fantasía exaltada, me pareció tener una semejanza que saltaba á la vista. Mis ojos no podian desprenderse de él, y pasé una gran parte de la noche en tan grata y peligrosa contemplacion, que hacia mas profunda é incurable la herida que mi corazon habia recibido. ¿Por que no pensé yo entonces en las cadenas que me preparaba, y de que seria la triste víctima, cuando asi me estaba forjando el primer eslabon?

»Me acosté tarde, y me levanté ya muy entrado el dia, que habia amanecido tempestuoso. Al despertarme observé el desórden del tiempo, y esclamé: — »¿En donde estará? ¿Habrá encontrado algun

abrigo? Desprovisto en un todo, segun la apariencia, víctima del infortunio, y digno sin embargo de mejor suerte, ¿habrá encontrado un albergue? Pero ¿que es lo que me interesa en aquel hombre? ¿Acaso sé quien es? ¿O debo inquietarme tanto por un sugeto que jamás he visto, y que no volveré á ver probablemente? ¿De donde viene, pues, la fuerza asombrosa que me arrebata en su retrato? ¿Quien me advierte en su mirada del riesgo inminente á que me espongo? ¿De donde sus ojos toman el poder que á un mismo tiempo atrae y repele?" Reflexionaba sobre los asombrosos efectos de la simpatía, y la veia manifestarse con mas ó menos fuerza en las relaciones recíprocas de

los dos sexos bajo el nombre de amor, en las de un mismo sexo bajo el de la amistad, y asi estender su dominio sobre la naturaleza entera. Estas facultades ocultas, dignas de toda la atencion de un observador, serian mucho menos temibles si estuvieran mejor conocidas; pero seria preciso comenzar por definir esta atraccion irresistible; esta májia recóndita que en nuestros bosques fuerza á la ardilla palpitante y fascinada por la sola vista de la culebra de cascabel á venir á tenderse en su boca, despues de haber dado inútilmente cien vueltas alrededor de ella para escaparse. ¡Ay! tal era el veneno que se insinuaba en mis venas, y que comenzaba á sentir sus funestos efectos.

»Caia un diluvio de agua, el trueno retumbaba con estruendo en las montañas circunvecinas, y no pudiendo salir de casa, me puse á contemplar de nuevo el retrato. Al cerrar la noche, la tempestad habia cesado, y la atmósfera estaba despejada, encontrándome la obscuridad en el mismo puesto y ocupacion del dia anterior. Mas ¿por que estaba yo triste y abatida? ¿Acaso la ajitacion del pecho, suspiros, las lágrimas, los temores y desconfianza han de ser los síntomas y los precursores de una pasion destinada á hacer nuestra felicidad, y á embellecer nuestra existencia? Mi pensamiento divagaba con enternecimiento por las apreciables cualidades de mi hermano, el candor de su esposa, las

inocentes caricias de sus hijcs, el cariño con que Luisa nos robaba las voluntades, y este risueño cuadro de familia fomentaba mi melancolía, como si me presajiase el término de la dicha que habíamos disfrutado hasta entonces. La muerte podia separarnos; pero esta idea se me habia presentado desnuda de los accidentes que la hacen un objeto de terror; la miraba como un destino comun á todos, en lugar de que al presente la incertidumbre de la vida, y la inquietud de lo venidero, por todas partes me atormentaban sin cesar. Yo me decia: — »¡Con que nosotros hemos de morir, y á pesar de los vínculos que nos unen á la vida, hemos de desaparecer para siempre de la superficie del globo!

Mas ¿no se debiera mirar la muerte como un bien, no siendo realmente nuestra existencia sino una serie de males? ¡Ah! el mayor número de los mortales oprimidos de penas y de trabajos suspiran por verse libres de la vida; y los mismos á quienes la fortuna satisface sus ambiciosos deseos, y sacia su sed de oro y de sangre, no logran sino goces pasajeros y facticios, por lo mismo que constantemente se hallan acibarados por la perspectiva del término fatal que la naturaleza les ha impuesto."

»Tomé el arpa para disipar estas negras ideas con la melodía de la música; y precisamente escojía para cantar el romance que recuerda el triste fin de un jóven caballero sajon, muerto á manos

de Godofredo de Bouillon en el sitio de Nicea, cuya amante desesperada murió tambien de dolor. ¡Cuan impropia era esta letra para calmar mi corazon! Busqué en el sueño alguna tranquilidad; pero atormentada por las imájenes lúgubres de que no podia defenderme, sentia alejarse de mis párpados fatigados. De improviso oigo que da la media noche en el reloj que estaba á mi lado; era el mismo que estaba en el aposento do mi padre; y aquella la misma hora y la misma campana que dió la señal de su destruccion. Habiéndome tocado este reloj en la reparticion de bienes de la familia, le habia colocado con temor y respeto en mi retiro. Este toque de media noche despertó en

mi alma memorias antiguas, recordándome las circunstancias de la muerte de mi padre. Todas las fibras de mi celebro estaban en una suma irritacion, las ideas se me confundian, mis arterias pulsaban con violencia; cuando absorvió toda mi atencion un sonido articulado que percibí de improviso. Me pareció que hablaban en voz muy baja, y como arrimándose á mi oido. Quedé yerta de espanto; apenas pude prorumpir en un suspiro, y saltar al pie de la cama.

»No tardé sin embargo de recojer mis espíritus, siendo superior al miedo, á que suelen estar sujetas las personas de mi sexo; y por otra parte no temia á los espectros, fantasmas, ni aun á los ladrones, porque ni unos ni otros

habian venido jamás á turbar mi reposo. Este incidente dió un nuevo impulso, y diversa direccion á mis ideas, que me hizo cobrar una serenidad que ciertamente no poseia un instante antes. Al pronto discurriendo que Agueda asustada ó indispuesta, acudia á llamarme en su conflicto, levanté la voz: — »¿Eres tú, Agueda? ¿Que es eso? ¿Quieres algo?" Y nada me responden. La noche estaba muy obscura; el silencio era profundo; tiré á un lado la cortina de la cama, apliqué toda la atencion sin resollar, y no percibí el menor ruido.

»Agueda dormia al otro estremo de la casa, y para llegar á mi aposento necesitaba atravesar el cuarto de Pleyel, y un corredor

que venia á parar enfrente, y sin duda la hubiese yo oido venir. Mi gabinete, cuya puerta cerrada con llave, paraba cerca de mi cama, y en el cual guardaba los libros, la arpa, la música y mis diseños, no tenia otra comunicacion, y aun la luz la recibia por una cúpula con vidrieras y reja de hierro; y á mas de esto al anochecer se cerraban todas las puertas y ventanas de la casa. Hechas todas estas reflexiones me sosegué persuadida de que mi imajinacion acalorada habria tomado por sonido de voz humana el ruido casual de algun animal doméstico.

»Iba á dejar aquella postura cuando oigo el mismo susurro. Parecia que no hablaban tan quedo, y me convencí bien pronto que la

voz salia de dentro del gabinete; era áspera y ronca, y al parecer de alguien que queria que solo le entendiese el que tenia cerca. — »Detente, detente, insensato, evitemos el ruido; esto vale mas que arma de fuego.'' A estas palabras pronunciadas con vehemencia, ¿que interpretacion podia yo darles? Azorado mi corazon en tan inevitable riesgo, palpitaba con la mayor violencia. En esto oí otra voz que respondia: —»¿Y por que temes hacer ruido....?'' — »Me sobra coraje para abrasarle los sesos; mas Dios me condene si tengo ánimo para otra cosa.'' Entonces la primera voz algo enardecida por la cólera, pronunció distintamente estas palabras: — »Apártate, cobarde, y mira lo que yo hago; le

echaré al cuello este lazo escurridizo, y ni tan solo le oirás dar un resuello." Cuál seria mi pavor al escuchar este diálogo, siendo evidente que habian introducido en mi gabinete unos asesinos que conspiraban mi muerte, y que acordes ya en el modo iban á ejecutar su proyecto. Me pareció que el huir era el único medio que me quedaba para librarme de la muerte que me amenazaba, y dejando de formar deliberaciones, dándome alas el miedo, me arrojo de la cama, apenas medio vestida, me abalanzo rápidamente fuera del aposento, bajo de un salto la escalera, y abriendo la puerta me salgo de casa. No me acuerdo si abrí las cerrajas ni pasé los cerrojos, tan trastornada tenia la cabeza, y solo

obraba en mí entonces el instinto de mi conservacion. Atropellando mis pasos el terror, no paré hasta la puerta de mi hermano; y apenas habia llamado, cuando desfallecida del cansancio y de la violencia de la conmocion, caí desfallecida.

»No sé cuanto tiempo estuve en aquel estado, porque al retornar en mi conocimiento, me hallé en la cama rodeada de mi familia. Asombrada de cuanto veia, quedé por algunos dias sin poder dar razon de lo que me estaba pasando. Procuré dar á los mios toda esta esplicacion: Pleyel, que cabalmente habia pasado aquella noche en casa de mi hermano, partió con él y con los criados, todos con armas, y llevando luces, á rejistrar mi habitacion. Recorrieron hasta

los mas pequeños escondrijos, y no hallaron ninguna cosa movida ni fuera de su lugar; hasta la puerta de mi gabinete estaba todavía cerrada con llave, de modo que para entrar hubieron de descerrajar la puerta, y todo lo hallaron en su mismo puesto. Despertaron á Agueda, la cual asustada, y sin saber lo que le pasaba, no sabia que responder á cuanto le preguntaban. La hicieron volver á la cama, y cerciorados de que mi aya estaba durmiendo profundamente, volviéronse á casa cerrando con precaucion todas las puertas. Con este rejistro quedaron todos al parecer convencidos, de que todo aquello no podia ser mas que efecto de una pesadilla, causada por alguna indisposicion, no pudiendo persuadir-

se que alguno se hubiese introducido en mi gabinete estando cerrado, y no teniendo otro medio ni entrada por defuera de la casa. En efecto, no era de creer que los asesinos hubiesen conspirado una muerte con otro designio que de robar, y se veia que á pesar de haber yo huido, con lo que les facilitaba el robo, nada habian tocado.

»Iba repasando en mi mente todas las circunstancias de aquella misteriosa aventura, y siempre inferia de que mis sentidos no me habian engañado en aquella ocasion; sin embargo inducida por un impulso de amor propio me dejé llevar de la incredulidad de los demas; pero fue menester que pasara mucho tiempo para que me re-

solviera á entrar en posesion de mi antigua morada.

»Otra particularidad aumentó aun nuestro asombro y admiracion: me estaba informando despues de mi restablecimiento de cómo habia sucedido que toda la familia se hallase tan sobre el caso, cuando á media noche caí sin sentidos á la puerta de mi hermano antes de poder llamar ni dar ninguna señal. Y entonces supe que hallándose Vieland despierto por fortuna en aquella hora, oyó una voz ágria y aguda que parecia salir de la habitacion de abajo, que gritaba: — »*¡Despertaos...! ¡levantaos...! socorred al que se está muriendo á vuestra puerta.*" No podia desentenderse de este aviso, y antes de llegar al pie de la escalera se le jun-

tó Pleyel, que se despertó tambien á las voces; pero ¡cual fue su sobresalto al hallarme tendida en el suelo, pálida, desfigurada, y sin dar muestras de vida! Era ya el tercer ejemplo de una voz misteriosa, empleada para salvar la familia, y cuyo autor quedaba todavía por descubrir. Suspensa entre el temor y la admiracion no hallaba en este acontecimiento razones suficientes que me inclinasen á tener por ilusion ó sueño el diálogo nocturno que habia escuchado en mi gabinete. ¡Cuan combatida se hallaba mi antigua firmeza! Aquella hermosa habitacion que me era tan querida, perdió entonces para mí todos sus atractivos, y aquella soledad que tanto me habia cautivado, se me hizo intolera-

ble. Para tranquilizarme del todo, libertándome de mis temores, Pleyel, que desde entonces habia redoblado la eficacia en complacerme, y acreditarme el mas tierno afecto, á ruegos de todos pasó á establecerse en mi casa acompañado de un criado antiguo. Se propuso curarme enteramente de lo que llamaba vanos y pueriles temores, que desdecian de mi carácter y principios; y ya rebatiéndolos seriamente, ya ridiculizándolos, consiguió por fin de que casi me avergonzara yo misma de que me hubiesen dominado tanto tiempo en perjuicio de mi salud y reposo.

CAPITULO VII.

»No emprenderé una relacion circunstanciada de todas las indagaciones y conjeturas á que dieron lugar estos raros acontecimientos, no habiendo producido ningun resultado. Ellos á la verdad me hicieron perder de vista por algunos dias á mi incógnito; pero era harto indeleble la impresion que me habia causado para que pudiese olvidarle. Conté á mis parientes y amigos aquel encuentro singular, y paliando con mil razones especiosas la atencion é importancia que pareciese dar á este casual incidente, les enseñé el retrato que habia sacado por la curiosidad de conservar una figura tan orijinal.

Pleyel le ocurrió haber encontrado por aquellos dias en Filadelfia un sugeto que le semejaba mucho, correspondiéndole mi descripcion, y aun le parecia tener alguna idea confusa de haberle visto en sus viajes por Europa; y me dió mate sobre el estado de mi corazon, que no dudaba estuviese prendada de aquel forastero; y aun me amenazó en tono de chanza, con que luego que le viese, le haria saber su dicha. Pero ¡cuan ajeno estaba de imajinar que con aquellas chanzas inocentes radicaba una verdad funesta, obrando contra los mismos sentimientos que procuraba inspirarme! Entre tanto convencida por mi parte de que jamás llegaria con mis acciones y palabras á comprometer mi delicadeza y re-

putacion, no pude disimular el gusto que me daba con la promesa, de presentar en nuestra tertulia á aquel sugeto, para tener la satisfaccion de conocerle.

»Pasado algun tiempo de esta conferencia, muy fatigada una tarde del bochorno que hacia, me dió la gana de irme á tomar el fresco á una gruta que hay muy retirada y sombría junto al cauce del rio, á la cual, por estar alli las márjenes muy escarpadas, se baja por una rampa abierta en la misma roca. Era deliciosísimo aquel paraje, cercado de arbustos y plantas olorosas, refrescando el aire una fuente, que formaba una cascada de mas de sesenta pies de elevacion. Sentada alli en un banco de rocalla, la soledad, el ruido de las aguas, y la

fragrancia de los vejetales, me sumerjieron en un profundo sueño, que bien pronto vinieron á perturbar representaciones funestas.

»Soñaba, pues, que al volver á casa ya muy cerrada la noche, se me puso delante de improviso en medio del camino una sima espantosa, y descubro á Vieland que á cierta distancia me llamaba por señas para que me acercase. Me adelanto á todo riesgo; al primer paso iba á precipitarme en el abismo, cuando siento que me agarran con fuerza por el brazo, y oigo una voz que me grita con ansia: — »*Deteneos, paraos.*" Abro en esto los ojos, y me hallo de pies cercada de una calijinosa obscuridad. En mi sobresalto dudé si aun soñaba, y atónita de verme en

aquella soledad, hube de recojerme en mi interior, para recordar cuándo y para qué habia venido á aquel paraje. Siendo ya muy entrada la noche, conocia el peligro de quedar mas tiempo en aquel lugar; pero la lobreguez me quitaba los medios de salir, no pudiendo hallar ni subir la rampa sin estar espuesta á precipitarme en la corriente; asi quedé reducida á sentarme, y reflexionar sobre mi triste situacion.

»En aquel mismo instante oigo detras de mí una voz muy baja, que parecia salir de una pequeña abertura que habia notado en el peñasco, formada sin duda por las aguas ú otro incidente; pero de ninguna manera capaz de servir de entrada á un hombre. — »*Escuchad,*

me dice, *y no tengais que temer.*" Toda me estremecí. — »¡Dios mio! esclamé: ¿quien está ahí? ¿Quien sois?" — »*Un amigo, un protector, que lejos de querer ni pensar dañaros, viene á salvaros del peligro: sosegaos.*" Creia reconocer aquella voz por una de las que en mi gabinete conspiraron mi destruccion, y quedé como estúpida de terror. Prosiguió la voz: — »*Yo he maquinado el quitaros la vida, pero me arrepiento; acordaos lo que voy á deciros. Evitad este lugar, pues de ello depende vuestra seguridad; en cualquiera otra parte no teneis nada que temer. Estais perdida si revelais lo que acabo de deciros. Acordaos del fin terrible de vuestro padre, y sed discreta.*" Y calló. Atemorizada del peligro

que me amenazaba por todas partes, hubiera querido apartarme al momento; mas no lo podia hacer sin esponerme á otros riesgos.

»Estaba en esta penosa incertidumbre, cuando de improviso un rayo de luz arroja una claridad por la cumbre del peñasco que dominaba la rampa. Desaparece luego, y le siguen otras, que igualmente fueron desvaneciéndose despues de una corta duracion. Cuanto de terrible puede fingir el miedo, se presentó ;entonces á mi imajinacion despavorida. La muerte iba á descargar su golpe sobre mi triste existencia; la voz me habia mandado que me alejase de aquel sitio, so pena de sufrir la suerte de mi padre, y al mismo tiempo el huir me era imposible. Ya consideraba

aquellos rayos misteriosos como los precursores del fuego voraz que le habia abrasado; tal vez era aquella la hora fatal, y quedé anonadada como si ya trasluciese el acero esterminador pendiente sobre mi cabeza.

»De alli á poco se esparció un resplandor mas vivo por lo alto del despeñadero, y ya creia tocar mi último momento, cuando oigo distintamente que llamaban. ¡De que horrorosa opresion salí al reconocer la voz de Pleyel! ¡No, jamás me habia causado tanto placer! ¡Anjel consolador, y cuan á tiempo vienes! ¡Cuan precioso me fue aquel celo, aquella inquietud por mi seguridad! ¡Cuanto derecho cobró sobre un corazon que dos meses antes no hubiera vacilado en ser

suyo! Me llamó reiteradas veces sin darme tiempo para responderle; y por fin bajó guiado por la misma luz que tanto me habia asustado, y ayudándome á salir de aquel precipicio me acompañó hasta casa. Pálida y sin aliento apenas podia sostenerme en pié. Por el camino me preguntó la causa de mi susto, y de la estraordinaria ausencia con que los habia puesto en cuidado. Me contó por su parte, que habiéndose retirado á las diez de casa de mi hermano, supo de Agueda que me habia salido, sin decir adonde iba; y al ver que tardaba tanto, recorrió con el mayor desasosiego en mi busca todos los alrededores, y ya iba á avisar á mi hermano, cuando le ocurrió que, por una rara continjencia, podia

estar en la gruta de Scuilquill, y fue allá sin detencion. De cuanto me habia pasado, me reduje á decirle como habiéndome dormido, al despertarme, me acometió tal pavor al hallarme sola en aquella obscuridad, que no tuve ánimo para moverme, ni menos resolucion para salir de tan espantoso sitio.

»Dudaba todavía si la voz que me contuvo de precipitarme en la sima, seria la misma que me habló del riesgo de mi situacion recordándome la muerte de mi padre, y sin referirse al ensueño; mas de tal manera se me habia grabado el precepto de guardar secreto, y la amenaza del peligro á que me esponia una indiscrecion, que me impuse el mas profundo silencio; y asi me recojí á mi aposento. Pen-

sareis acaso al leer esto, que el infortunio ha llegado á eclipsar mi razon: no lo estrañaré, pues yo misma conozco que en la série de mi maravillosa historia deben aclararse detenidamente unos hechos que salen del órden de las cosas. Y ¿que podia yo pensar entonces? Conspiraban contra mi vida; y ¿á quien habia yo ofendido? ¿Por que razon intentaban matarme? ¿No habia sido constantemente la amiga de los desgraciados? ¿No habia consagrado diariamente lo sobrante á su alivio, recibiendo la mas dulce recompensa en sus bendiciones y reconocimiento? Encontrando en todos un rostro apacible, una constante propension á complacerme, y siendo jeneralmente amada, ¿en que habia yo mereci-

do que se armasen contra mí unos asesinos? Hasta entonces habia hecho alarde de valor, y mostrado firmeza en los peligros; pero mi situacion actual era superior á mis fuerzas, que no podian ser otras que las de una mujer. ¿En que se fundaba la certeza de que mi vida estaba segura en cualquiera otra parte fuera de la gruta? ¿No habia pasado cuatro horas en aquel sitio solitario sin que nadie me hubiese incomodado? Al contrario, una voz me avisaba que huyese, y que no compareciera ya en aquel paraje, recomendándome la reserva con tanto rigor. La voz me habia recordado el fin estraordinario de mi padre: ¿acaso fue el castigo de alguna indiscrecion, como de la que me preservaba tan saludable ad-

vertencia? Estas fueron mis reflexiones, que alejaron de mis ojos el sueño durante toda la noche. Al dia siguiente al tiempo del desayuno me informó Pleyel de un incidente que le habia hecho olvidar la aventura del dia anterior. Habiéndole llevado sus negocios á Filadelfia, encontró en el café un hombre de las señas de aquel incógnito que tan impreso se me habia quedado. Que trabando con él conversacion, se le dió á conocer haciendo recuerdo de la amistad que los habia unido en Europa; y en seguida renovando su conocimiento antiguo, para cumplirle la palabra, y satisfacer mi curiosidad, le habia convidado á que viniese á vernos en Metinjeu. Aceptó el convite con urbanidad y agrado, y

teniendo precisamente que pasar por las inmediaciones á ciertas dilijencias, prometiole que iria sin falta al otro dia mismo á hacernos una visita.

»Esta nueva me causó la mas viva inquietud; quise enterarme ansiosamente de cuanto tenia relacion con este hombre singular, y á este fin le pregunté sobre su carácter, vida y conducta, y con qué motivo se habian conocido. Y Pleyel me esplicó, que viajando por España tres años antes, habiendo pasado de Valencia á Murviedro para contemplar unas ruinas romanas, al recorrer las del antiguo teatro de Sagunto, habia encontrado á este sugeto sentado en la caña de una coluna hecha á pedazos, acupado en repasar una

obra sobre las antigüedades del pais. Reunidos por un mismo gusto, trabaron estrecha amistad, y regresaron juntos á Valencia. Su porte y lenguaje eran entonces españoles; una permanencia de muchos años en España con un estudio especial del idioma, usos y costumbres de sus habitantes, le hacian tomar por español. Frecuentaba las casas mas distinguidas de Valencia, habia abjurado el protestantismo para abrazar la relijion católica, cambiando el nombre ingles de Carvin en el de Don Carvino. Se empleaba en indagaciones curiosas sobre la historia, la literatura y la relijion de su nueva patria, tenia entonces una presencia muy agradable; vestia con elegancia, y el tren de su casa era sun-

tuoso. Pasaba por un hombre estraordinario, dotado de unos conocimientos prodijiosos y de vasta erudicion, y lo que no debe causar estrañeza en una nacion de tan viva imajinacion, es que pretendiesen en Valencia que habia hecho un estudio particular de las ciencias recónditas. Acojido favorablemente del bello sexo, sobre el cual le atribuian una singular influencia, por algunas aventuras amorosas, que le ganaron nombradía de irresistible; pues siempre salia con felicidad inaudita de los lances en que le empeñaba su pasion á las mujeres. Habia tambien salido con lauro de algunas cárceles, en donde le habian hecho sepultar sus émulos, quedando siempre ignorados los medios

con que se las hacia abrir; y los recursos que tenia para cubrir su exorbitante gasto, sin seguir ninguna profesion. Trataba familiarmente con Pleyel, cuya índole, gustos y buen humor le agradaban sobre manera, y eran el fundamento de su íntima amistad que jamás habia olvidado, y que al partir le dejó en Valencia, y que desde entonces ya no habia oido hablar de él hasta aquel momento. Cuando se le dió á conocer Pleyel en el café, Carvino le habia recibido con alguna reserva, disgustado sin duda para sí de que le hallase en una situacion tan distinta de aquella en que le habia visto figurar un papel tan brillante, y con sagacidad fue eludiendo responder á las preguntas so-

bre los motivos que le habian hecho dejar la España; de manera que Pleyel no podia adivinar el orijen de aquella mudanza que le hacian desconocer enteramente, ni hallaba á qué atribuir el desaliño de su traje, si le debia mirar como efecto de la necesidad ó de la precision de disfrazarse. Pero en tal caso, ¿para que conservaba su nombre? ¿Como sus facciones estaban tan desfiguradas, y como habia cambiado su esterior en otro tiempo tan brillante y seductivo?

»No sentí hallarme sola parte de aquel dia por poder entregarme á mis meditaciones. Lo que acababa de saber de aquel hombre aumentaba el interes que me habia inspirado, sosegando mi amor propio por esta inclinacion, y dispuesta

mi voluntad á entregarse libremente á sus impresiones. Y ¿ habia de verle aquella misma noche, iba á escuchar aquella voz, y considerar de cerca aquellas facciones que en su principio me conmovieron tan vivamente? Nacido en Inglaterra y en la relijion protestante, la habia abandonado asi como á su patria, para adoptar la España y el catolicismo, que despues igualmente habia abandonado. ¿Quien le habia podido inducir á unas mudanzas tan reprensibles? Luego en su primera abjuracion no habia sido mas que un vil hipócrita, que se burlaba de lo que hay de mas sagrado entre los hombres, y ¿ con que mira? No podia ser entonces la necesidad la que obligase á mudar de colores; aunque ninguna situacion

puede autorizar al hombre á que reniegue de su Dios, ni haga traicion á su propia conciencia. Mirando con recelo la impresion que me habia causado, y temerosa de la parte que habia podido tener su astucia, me prescribí observarle con circunspeccion, y apartarme con entereza si notaba lo que este temor me hacia presentir. »Esto lo podré hacer siempre que quiera, me decia, asi quiero á lo menos conocerle, verle de cerca, y examinar de espacio los medios con que logra un ascendiente tan irresistible sobre mi sexo." ¡Fatal curiosidad!

»Al pasar á casa de mi hermano, en donde debia encontrarle, sentíame oprimida por los siniestros presentimientos que asaltaban mi

corazon; pero ellos mismos eran los que me estimulaban á superar el temor del riesgo que los producia. Semejante á aquellos niños, á quienes lleva su capricho ó travesura á correr por el borde de un precipicio, por lo mismo que se esponen á perecer en la caida. Las festivas indirectas de Pleyel me atacaban en términos, que temblaba descubriese el verdadero estado de mi corazon, y me causaba un rubor y perturbacion indecibles el conocer interiormente que era la única persona que podia asegurar mi dicha, sufriendo un continuo despecho mi amor propio al ver la frialdad, y aun al parecer alegría, con que me proporcionaba esta visita, y el conocimiento de un hom-

bre tan peligroso, á quien suponia estaba yo inclinada.

CAPITULO VIII.

»Acudí á casa de mi hermano mas pronto que los otros dias, y Carvino ya estaba esperando largo rato: le miré al entrar, y apenas me hubo conocido, cuando repentinamente se le inmutaron todas sus facciones. Calmada que fue su primera alteracion, me dirijió la palabra con mucha urbanidad, pero con delicada reserva, recordando diestramente las circunstancias de nuestra primera vista, y se felicitó de poder conocer una señorita tan interesante, de la cual me dijo habia oido hablar con entu-

siasmo en todo el pais, como del honor y ornamento de su sexo. Creo que solo respondí entonces por monosílabos, pues jamás me habia visto en tanto embarazo, ocupada toda en ocultar los movimientos de mi corazon, y en considerar al ente indefinible que obraba en mí aquella especie de encanto que se hacia sentir en cada uno de nosotros, escuchándole con aquella ansiosa curiosidad que siente ni una palabra ni un jesto.

»A la verdad no se podia rehusar el homenaje á su injenio y talentos; pero era para mí un problema si aquel hombre singular debia ser temido ó amado, y si ejercia para dicha ó desgracia de los otros la facultad de seducir, de que estaba revestido. Su esterior era el mis-

mo, y su traje tan desaliñado: hablaba poco; mas con tal facilidad, elegancia y concision, que admiraba á cuantos le oian; no obstante su conversacion, lejos de ser decisiva y estudiada, llevaba el sello de moderacion y naturalidad con que avasallaba los ánimos á su voluntad. Nos dejó bastante tarde, le hicimos el convite de que repitiese las visitas cuando gustase, y nos dió palabra de hacerlo; como en efecto lo cumplió, frecuentando de cada dia mas nuestra casa; pero evitando siempre con perspicacia todo asunto de conversacion que pudiese conducir á esplicarse sobre su situacion pasada comparada con la actual. Despues de mucho tiempo de conocimiento, y de tratarnos con bastante intimidad, todavía

ignorábamos el lugar de su domicilio, si vivia en la ciudad ó en el campo, y adónde se retiraba las muchas noches que nos dejaba tan tarde. Aunque vivamente provocada nuestra curiosidad, no tuvieron ningun efecto cuantos esfuerzos empleamos por satisfacerla, pues ni una palabra se le escapaba con que se pudiese rastrear una simple conjetura, y todas nuestras tentativas venian á encallarse en el constante recato y uniforme circunspeccion con que lograba siempre apartar aquel grado de familiaridad, que entre amigos permite entrar sin indiscrecion en el exámen de todo lo que puede interesarlos, ó necesitar de sus mútuos auxilios.

»Pleyel, creyéndose autorizado

por anteriores relaciones que los habian estrechado, á intentar descubiertamente correr el velo que cubria su conducta misteriosa, le sacó la conversacion de su antiguo conocimiento, le recordó el estado brillante en que le habia conocido, manifestándosele admirado y atónito de la mudanza en que le observaba entonces. Añadió con este motivo, y para paliar su curiosidad, algunas reflexiones sobre la diferencia que media entre un ingles y un español, y llegó hasta espresarle su estrañeza en encontrarle actualmente en la América, cuando entonces parecia no deber jamás dejar la España; notando tambien que una mudanza tan estraordinaria sin duda habria dimanado de razones muy poderosas;

pero Carvino eludia todas esas tentativas, diciendo: — »Todos los hombres civilizados adoran un mismo Dios; y todas las naciones no son mas que provincias del imperio jeneral, asi como todos los hombres son hijos de un mismo padre. Y que por lo mismo concebia por tan fácil mudar de patria como mudar de provincia; y de la misma manera que un habitante de Lóndres, que viene á establecerse á Filadelfia, debe conformarse con las costumbres y usos de sus nuevos compatriotas, asi tambien al establecerse en la China debe uno adaptarse á las costumbres y gusto de los chinos, y guardarse de chocar en ninguna manera en sus opiniones." De tal manera discurria aquel hombre estraordinario sobre

materias tan interesantes, y asi descubria que la conveniencia era el único móvil de sus acciones. ¿Cual debia ser su moral?

»No parecia desconfiar de las intenciones de Pleyel, ni temia sus reparos; mas por otra parte sospechamos que leia nuestro pensamiento, al reparar la alteracion que producian en sus facciones nuestras inopinadas preguntas; y su vijilancia y esmero en ocultar su vida pasada, nos inducia á creer con todo fundamento que su transformacion encerraba algunos incidentes afrentosos, cuya revelacion podia comprometerle. Esta idea nos hizo mas comedidos en adelante, cesando enteramente en indagar unos secretos que se obstinaba en tener ocultos, y cuyo des-

cubrimiento, segun toda apariencia, iba á causarle mucha pesadumbre.

»Yo le era mas propicia en no juzgarle con tanto rigor como los demas, ni persistir en tanta manera en estas sospechas tan fundadas, como poco favorables á la opinion, que tanto se cuidaba en conservar en mi concepto. Robaba todas las voluntades, en especial de las personas de mi sexo; y aunque con suma destreza se mostrase igualmente atento y obsequioso con todas, no me dejaba dudar de la preferencia con que me miraba, preferencia que apenas podria traslucirse á la vista atenta y perspicaz de Pleyel. En mí sola, pues, ejercia su influencia Carvino, y si contenida por un temor secreto

queria resistir con la prudencia y la razon su májia seductora, y romper animosamente su inconcebible encanto, estableciéndo entre nosotros cierta reserva ó seriedad, le bastaba una mirada para desbaratar todos mis propósitos, y recuperar su dominio. Sus ojos rutilantes con un fuego eléctrico, paralizando todas mis facultades, me enervaban, y ponian en la precision de bajar los mios con el rostro encendido de un rubor involuntario. La lucha fue larga, los combates continuos, y reiteradas las deshechas, y confiado en la eficacia de los medios que le sujerian su injenio y esperiencia, como que desdeñaba esplicar sus designios, ni manifestar sus sentimientos. Y en efecto, ¿que necesidad tenia de hablar el que

con una sola mirada sabia espresar tan bien sus pensamientos y su voluntad?

»Una sola vez que logró la ocasion de hablarme á solas por un momento, acabó de asegurar sobre mí su imperio misterioso. Salia de una conversacion en que Pleyel le habia estrechado tan en lo vivo, que no pudo ya disimular su embarazo. Bajaba yo al jardin precisamente en el momento en que él se despedia para retirarse, y nos encontramos por un instante sin testigos en el portal. Me detuvo con agrado, y tomando mi mano en ademan de rendimiento, fija en mí su vista, y con aire de resolucion me dice: — »Clara, en vano se fatigan por conocerme; vos sola sabreis un dia quien soy; entre tan-

to os basta saber que sois la que tanto tiempo busco para mi dicha, que tengo bien penetrado vuestro corazon, y que justificaré la eleccion con una merecida preferencia.... Esperad.... Guardaos de Pleyel..... Confianza, sijilo; si no quereis esponeros á los mayores infortunios." Estas cortas palabras me desconcertaron, y fueron por largo tiempo el objeto de las tristes reflexiones. ¿Quien era este hombre admirable que habia sorprendido el secreto de mi corazon, que me daba esperanzas por mera condescendencia, que me señalaba á Pleyel, nuestro amigo desde la infancia, como un sugeto sospechoso, y por último, que me amenazaba con las mayores desgracias, en caso de que le faltase á la con-

fianza, ó revelase lo que acababa de decirme. Me perdia en conjeturas.

»Convencidos de la estension de sus conocimientos, no omitimos el comunicarle los maravillosos sucesos que tanto nos habian asustado, consultándole sobre sus causas. Contábamos con que las desecharia sin darles ningun crédito, ó las tomaria á risa, como yo misma las hubiera recibido poco antes; pero nos engañamos mucho. Los escuchó con mucha calma, y sin mostrar estrañeza alguna, teniendo aun la complacencia de entrar en un exámen muy profundo sobre estos hechos misteriosos, en que parece que los hombres tienen una secreta comunicacion con los ajentes invisibles. Nos aseguró que en sus

viajes no habia tenido noticia de semejantes acontecimientos; añadiendo no obstante que los creia libres de todo fraude y supercheria. Nos divirtió mucho refiriéndonos varios hechos singulares en la apariencia, que procuraba esplicar ya por causas naturales, ya por otras ocultas y secretas. Atenta á cuanto decia con el ansia que inspira el deseo de aclarar las dudas que perturban nuestro ánimo, nada hallé en los ejemplos que nos citaba que fuese aplicable á lo que nosotros habíamos oido y presenciado, ó que pudiese darnos su esplicacion.

»Mi hermano en todas estas cosas se iba siempre á lo maravilloso, admitiendo la posibilidad de un órden preternatural. Pleyel, lejos de

ser tan crédulo, no admitia otro testimonio que el de sus sentidos, y aun parecia dudar con grande asombro de Vieland, de que le hubiesen sido fieles cuando recibió el anuncio de la muerte de la baronesa de Stolberg. Carvino, sin oponerse abiertamente á la opinion de Vieland, se inclinaba en favor de Pleyel. »El talento de imitar podia llevarse, segun decia, á una suma perfeccion. Podia haber remedado alguno exactamente la voz de Catalina en el pie de la roca escondiéndose con celeridad; y habiéndose escuchado la conversacion de Pleyel con Vieland por las cercanías de la rotunda, aventurar el aviso de la muerte de la baronesa, y realizarse por la probabilidad de un caso entre mil. Que la voz de

socorro que se oyó á media noche, cuando estaba yo tendida sin conocimiento á la puerta de mi hermano, podia atribuirse á alguno que por sus fines estaba escondido en la casa. Y la conversacion que escuché en mi gabinete le paraba, no decidiéndose á mirarla como delirio de mi imajinacion." Estas esplicaciones agradaban á Pleyel, porque se conformaban con su modo de pensar; mas no convencian á mi hermano, ni menos satisfacian mis dudas, estando cierta de la realidad de la conspiracion contra mi vida, puesto que me la acababa de confirmar el aviso de la gruta, del cual no se me habia escapado una palabra, segun el precepto que se me habia impuesto. Mi hermano, siendo tan propenso

como se ha visto á la melancolía, y estando su imajinacion exaltada, se habia encasquetado que solo un poder sobrenatural dirijia todos aquellos hechos misteriosos, y por esta razon les daba la mas alta importancia. Su tristeza se habia acrecentado hasta un punto que pasmaba, y como no podia penetrar las miras secretas que podian determinar á este ajente invisible á valerse de la voz de su esposa todas las veces que se habia oido, consideraba á Catalina como destinada á cumplir algun grande designio de la Providencia.

»Lo restante del verano pasó sin ningun incidente notable, con la misma perplejidad respecto de Carvino, ignorando todavía sus verdaderos sentimientos. A pesar de

nuestra distancia de la ciudad, en donde se suponia que residiese Carvino, venia con frecuencia á casa de mi hermano; y como la proximidad del invierno empezase á hacer los dias muy cortos, muchas veces admitia con mucho gusto una cama para pasar la noche en nuestro hospedaje.

»Pleyel ya habia mudado de humor y estilo con Carvino, reparando que sus chistes sobre el estado de mi corazon se habian convertido en veras, fue insensiblemente perdiendo su alegría, y estrañándose de nosotros, y al fin del verano volviose á su casa, como se lo tenia propuesto, y me quedé privada de tener por las noches un protector. Y aunque absorta en nuevas ideas y otras impresiones,

habia ido olvidando mis antiguos temores, y los peligros á que estuve espuesta en aquel sitio; sin embargo me mortificó esta separacion de Pleyel, viendo en su pesadumbre una prueba del amor, que sin duda me hubiese declarado, á no creer que dominaba ya otro en mi corazon.

CAPITULO IX.

»Este estado de incertidumbre y zozobra habia de tener un término. Despues de algun tiempo en que Pleyel no se dejaba ver, ni yo me cuidaba de su ausencia, estando toda ocupada con Carvino, un dia que este nos anunció debia ausentarse, envió á decirme mi hermano que me esperaba á comer

temprano en su casa. Aunque me causó estrañeza el convite, pues apenas nos separábamos, acudí con mucha complacencia, deseosa de salir de las sospechas que me habia suscitado aquella novedad. Acabada la comida, en que se guardó mas circunspeccion que de ordinario, me llevó con Catalina al pabellon del jardin, y allí sentados hicieron caer la conversacion sobre el carácter y opiniones de Carvino, el misterio con que se recataba, y el objeto que podia proponerse en sus frecuentes visitas, y en las señaladas muestras de preferencia y rendimiento conmigo: preguntáronme si se me habia declarado, y cuál era el estado de mi corazon. No quise ocultar nada, y asi les dije: — »No sé si es amor lo que

siento; pero el ascendiente que ese hombre me inspira, me pone en contradiccion conmigo misma. Cuando estoy lejos concibo la necesidad de no acercarme á él, y cuando estoy cerca quisiera no separarme jamás de su lado. Aunque no me ha hecho hasta el dia ninguna proposicion ni confianza, no se me ocultan sus sentimientos, y presumo que ha formado designios que me son muy temibles, porque á ser honestos, ya los hubiese declarado. Acaso necesitaré bien pronto de vuestros consejos y de vuestro patrocinio, para ponerme al abrigo contra sus ataques, y con esta nueva prueba de confianza me asegurais vuestra defensa." Pareció sosegarlos esta declaracion, porque mi hermano me abrazó, y Catali-

na tambien se arrojó en mis brazos, diciendo : — »¡Ah! ¡cuanto pesar ha causado ese hombre á Pleyel." — »¡Como! le respondí, ¿en que le ha causado pesar?" — »¿Puedes ignorar, estimada Clara, la inclinacion de Pleyel, y la esperanza que tiene concebida? ¿Cuantas veces nos ha dado motivo para pensar que se creeria el mas dichoso de los mortales con poder agradaros? Estaba ya para haceros la confesion de sus sentimientos, precisamente en la ocasion misma en que introduciendo aqui á Carvino por complaceros, se hizo en cierta manera el artífice de su propia desgracia. ¡Cuanto ha deplorado la ceguedad que le indujo á dár á conocer al que desconcertó sus esperanzas! ¡y cuanto ha jemido en secre-

to por la prediliccion que dabas al incógnito, y por el fatal ascendiente que habia adquirido sobre tu voluntad! Desde luego conoció su infortunio, y la estension de su mala suerte, y nos dijo derramando amargas lágrimas por las calamidades que os ibais preparando: *si no ha de ser mia, ¡ah! emplead á lo menos vuestra influencia, para precaverla contra ese hombre, á quien conozco bastante para temer que sea una nueva víctima de sus artificios.* Querida Clara, habíamos concebido la esperanza en la muerte de la baronesa de Stolberg, de que se estrechára nuestra amistad con vuestro enlace. Pleyel te amaba antes de haberse comprometido inconsideradamente con la baronesa; el honor le hubiese sacrificado

á aquella imprudente palabra: asi hubo de consolarse muy facilmente al verse libre. Sensible á tu atractivo y dulzura de carácter, te amó hasta esperar mover tu corazon, ese corazon que desde la infancia se unia con el suyo, y en el que la estimacion y la amistad debian dar entrada al amor. Pero sus esperanzas se han desvanecido en el momento en que iban á cumplirse sus deseos ofreciéndoos su mano. Aun siente mas verte desgraciada; y ¿puedes dejar de serlo cediendo á esa nueva pasion que arrastra? Aprovéchate de tu razon, y aun de tus mismos temores y presentimientos. Restituye la vida al solo hombre que es digno de tu amor, al que puede hacerte dichosa, al hermano de tu amiga, de tu Ca-

talina. Echemos á ese Carvino, á ese hombre desconocido y peligroso, y que vaya á esconder en nuestras selvas su existencia misteriosa; deja de vivir en la afrentosa dependencia á que te ha reducido, y concede por fin tu mano al que sin rubor puedes llamar tu esposo. Pleyel aguarda tu sentencia. ¡Ah! te lo ruego de veras, no prives á Vieland de un amigo, y á mí de un hermano." ¡Que violentos debates sufrí durante este discurso! ¡Que amargas me fueron estas reconvenciones á pesar de mi resignacion! ¡Que! ¡tanto me amaba Pleyel, que ponia en mi posesion su felicidad! ¡Que placer me daba esta idea! ¡Cuanto halagaba mi amor propio! Pero el prestijio duraba todavía, y su maligna

influencia me quitaba las fuerzas de romper un sentimiento tan penoso como irresistible. Derramé un diluvio de lágrimas; veíame convencida; Catalina y mi hermano se esforzaron en persuadirme, y hube de ceder pronunciando finalmente la entera separacion de Carvino; y guiada por mi razon mas bien que por mi voluntad, consentí en ser la esposa de Pleyel.

»Al instante envió mi hermano una carta muy atenta para Carvino al café que frecuentaba en Filadelfia, y en donde él mismo habia indicado que acostumbraba pasar las veladas. En ella le rogaba que tuviese á bien suspender su trato hasta la época en que se diese á conocer mas á las claras. No podia quejarse Carvino de esta me-

dida de prudencia, que él mismo debia haber empleado mucho antes; y bien convencidos de que no desistiria de la tenacidad con que procuraba eludir nuestras indagaciones, creimos que la condicion prescrita equivalia á un destierro perpétuo. Terminaba mi hermano su carta participándole mi matrimonio con Pleyel. En efecto, este digno amigo nuestro habia de venir al otro dia á recibir su sentencia, y el encontrarme en casa de Vieland era para él un buen presajio.

»No hice falta; acudí con el consuelo del que empieza á superar una pasion que le hace desgraciado; y recordaba en mi interior los votos que otras veces antes del fatal conocimiento de Carvino, ha-

bia yo formado por aquel enlace que estaba entonces tan cerca de contraer: — »Ya no quiero, me decia, dejar á Pleyel en la menor duda sobre mis sentimientos. Conoce que estoy infatuada con Carvino, pero sabrá que no solo mi razon le desaprueba, sino tambien que esta precaucion cede á la amistad, al efecto é inclinacion que desde un principio le he profesado, y que en su compañía quiero cobrar nuevas fuerzas para borrar hasta el recuerdo de una ilusion, que infaliblemente me hubiera conducido á mi ruina.''

»Segun iba cerrando la noche se aumentaba mi impaciencia por ver llegar á Pleyel; pero no parecia. ¿Que podria detenerle? No era posible que olvidase una cita que ha-

bia solicitado tan vivamente, y que aguardaba con tanto anhelo. Una súbita enfermedad, ó un accidente desgraciado podian detenerle. ¡Triste alternativa! Ajitada por el temor y la esperanza, mi corazon latia con una estremada violencia. Las horas se sucedian, llegó la noche, mi hermano y su mujer padecian las mismas inquietudes. Carvino estaba en aquellos instantes tan lejos de mi pensamiento, como si jamás le hubiese conocido; solo Pleyel me tenia ocupada, arrancándome algunas lágrimas el despecho. ¿Habia Pleyel mudado de sentimiento en el punto mismo en que yo consentia ser suya? ¿Le penaba ya el paso que habia dado? ¿Acaso menospreciada seria víctima de una nueva ilusion? ¿y la

imájen risueña de una felicidad pura é inalterable iba á desvanecerse tan presto como se habia presentado? Asi me estuve consumiendo en cavilaciones infructuosas hasta muy tarde, en que volví á mi casa.

»La noche era hermosa, y estando yo demasiado ajitada para entregarme al sueño, me arrimé á la ventana de mi aposento, y allí medito sobre mi situacion. Examiné mi conducta con Pleyel y Carvino, y me avergonzaba de haberme abalanzado ciegamente á preferir al uno, y escluir al otro. ¿Que tenia en efecto que esperar de Pleyel? Sin duda me habia abandonado. ¡Cuan reprensible es una pasion que obscurece nuestra razon ó nos priva de ella! Solo un

recurso me quedaba, aunque desesperado. Pleyel era el amigo de mi infancia, el de Vieland, el hermano de Catalina. Y despues de haber cometido tantas inconsecuencias, ¿me detendria el temor pueril de guardar el inoportuno miramiento de ocultarle el estado verdadero de mi corazon? Me decidí á escribirle, este era el único medio de renovar en el suyo unos sentimientos que hasta entonces habia desdeñado. Me fui á buscar luz, pero me detuve al instante al reflexionar que semejente cónfesion repugnaba á mi modestia, y era un agravio á mi sexo. Pareciome que jamás tenia motivo Pleyel para tratarme con tanto desprecio, y me hubo de ocurrir, que al pasar en un frájil esquife el Delava-

re, siempre peligroso en aquella estacion, sin duda le habia acaecido algun accidente.

»Atormentada por este temor, y por las fantasmas de mi imajinacion, perdí la presencia de espíritu que me hacia en otro tiempo superior á los acontecimientos ordinarios: ya no era la misma, habiendo empezado esta mudanza con la pasion indigna que me sojuzgaba. Estas ideas me llevaron á deplorar las desgracias de esta nuestra vida miserable, que la Providencia por sus impenetrables designios envia aun á los que conservan una conciencia sin mancha. ¿Quien habia sido mas virtuoso, mas digno de ser feliz, que mi desventurado padre, y al mismo tiempo, quién merecia mejor que él nues-

tras lágrimas y nuestra compasion? Habia conservado un manuscrito suyo, que contenia todas las circunstancias de su vida, acompañadas de observaciones muy interesantes, y se hallaban tan adaptadas á mi situacion, que quise volver á leerlas con eficacia. Era ya muy tarde, mas como el sueño huia de mis párpados, quise distraerme con esta lectura aguardando que amanceiese. Este manuscrito estaba en mi gabinete, y teniendo bien sabido el sitio de la biblioteca en donde estaba, me determiné tomarle, y despues bajar yo misma por luz, para no tener que despertar á Agueda que dormia al otro estremo de la casa. Me acerco á la puerta con intencion de abrir y entrar por el manuscrito.

»De improviso me ocurre el diálogo que habia oido anteriormente en aquel gabinete, y quedo inmóvil en medio del aposento, cuando el reloj suena su golpe fatídico, y difunde un frio mortal por todas mis venas. La noche estaba apacible, un profundo silencio reinaba por todas partes, un suave céfiro ajitando las hojas de los árboles, me traia por la ventana, que tenia abierta, hasta mi oido el ruido lejano de la cascada, el cual todavía aumentaba la solemnidad del momento; sentime desfallecer, y no sin mucha dificultad, y despues de algun intervalo volví de mi asombro. Tomo en fin la resolucion de pasar adelante; mas al poner la mano en la cerraja, mis dedos quedan como paralizados, y

acrecienta mi temor el pensamiento de que podia haberse escondido alguno que me quisiese mal; y asi creí que con la luz se disiparia mi terror pánico. Retrocedo algunos pasos, y cobrando nueva firmeza, vitupero mi cobardía; recuerdo entonces el aviso misterioso de que por todas partes estaria segura fuera de la cueva; me llego á la puerta, voy á abrirla.... ¡Ah! pierda yo la facultad de oir, antes que hiera mi oido otra vez el espantoso grito que me estremeció, como si hubiese rompido de golpe todas las fibras del celebro. Aunque terrible y violento, parecia dimanar de una voz humana que le habia despedido junto á mi oido; mas no sentí la conmocion del aire que los

labios debian producir, al pronunciarle tan de cerca.

—»*¡Deteneos! ¡deteneos!*" Estas fueron las terribles palabras. Retrocedo azorada, miro á mi rededor y por la sala, á ver si descubria al que las habia pronunciado. Despedia entonces la luna alguna claridad para distinguir todavía el ámbito de la sala, y con todo no diviso á nadie. El horror habia trastornado mis sentidos en el total desconcierto de mis facultades morales; parecia suspendido el curso de mi existencia; mas como el esceso del mal no dista de una mudanza, el terrible estado en que me hallaba, ya no podia ser de larga duracion; en efecto, iba recobrando bastante presencia de es-

píritu con la reflexion de que aquel ente invisible podria en fin dejarse ver, y que no podian dejar de ser benéficos sus designios, cuando siempre se habia dejado oir su voz para librarnos de algun peligro.

»La obscuridad mas lóbrega no hubiera sido tan pavorosa á mi imajinacion, como la claridad incierta de la luna, que con las nubes que la iban ocultando á intérvalos, formaba sombras en el techo, entre las cuales creia divisar el objeto que acababa de oir. La cortina movida por el viento con lijero rumor aumentaba mi inquietud y zozobra. El grito que habia oido entonces, era el mismo que me paró en mi sueño al borde del precipicio, en que iba á hundirme siguiendo la voz de mi hermano que

me llamaba. Pero aqui no estaba soñando. ¡Que asombrosa reunion de ilusiones y de realidades! Pero aquellas palabras: »*deteneos, deteneos:*" ¿de que riesgos tenian que preservarme? ¿Quien era el enemigo escondido en aquel recinto, y de quien al entrar debia sentir la mano homicida? ¡Monstruoso concepto....! ¿La de mi hermano....? ¡Oh! no; él era mi protector y mi amigo; no era posible que intentase contra mi vida. Deseché en seguida aquel horrible pensamiento; mas no pudiendo soportar por mas tiempo aquella formidable incertidumbre, impelida por la desesperacion y el deseo de quitar el velo á aquel misterio, me precipito con ímpetu á la puerta del gabinete. Siento que aquella puerta

que de ordinario se abria sin dificultad, se me resiste con una fuerza superior á la mia. Luego quedaban justificados mis temores, y no tenia ya mas recurso que huir, segun hubiese hecho cualquiera otra en mi lugar.

»Pero la razon me habia abandonado, y llevada por la desconfianza hasta el último grado de exasperacion, lejos de huir, redoblo los esfuerzos para vencer el obstáculo, y no puedo lograrlo. Creida de que efectivamente mi hermano estaba dentro, se aumenta mi delirio, me arrojo de rodillas delante de la puerta: — »¡Ah! permitid que abra, esclamé, ya sé quien sois...; dejadme veros..., acercarme á vos..., estoy sometida y resignada á todo." Al mo-

mento se abre la puerta con fracaso, y se descubre á mi vista todo el interior del gabinete, en el cual no diviso á nadie. Pasan algunos segundos en el mas profundo silencio, sin que sepa lo que debo temer ó esperar; y permanecen mis ojos inmobles en aquel recinto.... Oigo en esto un suspiro lastimero, fijo ansiosamente la vista al punto de donde sale...., diviso distintamente moverse un objeto; se avanza lentamente....; distingo una figura humana, y me voy retirando con paso indeciso á medida que se me acerca. Iba á decidirse mi suerte, tocaba acaso en el momento de destruccion; se presenta por fin el individuo, un reflejo de la luna da en su rostro, y reconozco á Carvino....

»La admiracion y el asombro siguiéronse al temor y sobresalto; era el último individuo que hubiese pensado encontrar allí; el que menos hubiese querido ver, y sobre todo á aquella hora, y en un lugar en que en otra ocasion se habian refujiado unos asesinos. Una voz protectora me habia advertido contra el riesgo que me amagaba; menosprecié aquel aviso, y en lugar de alejarme con prudencia, habia osado arrostrarle, y encontrar á mi adversario. ¿Luego Carvino era el enemigo que tenia que temer? ¿Que debia ya esperar? Fui recapacitando el carácter y conducta misteriosa de aquel hombre, sus miras secretas, y su ascendiente fatal sobre mí. Sin duda le conducia á aquel paraje al-

gun designio criminal. ¿Como habia logrado introducirse en aquel gabinete, siempre cerrado, y que no ofrecia ninguna entrada por de fuera? Me abismaba en conjeturas; sola, sin auxilio, apenas vestida, sin medio ninguno de defensa, habia visto con espanto ponerse Carvino entre yo y la puerta del aposento, siendo ciertamente su intencion oponerse á mi huida; los cabellos se me erizaban al reflexionar sobre mi suerte. Cediendo la sorpresa á la razon, aun fue mayor mi tormento; pues primero habia temido por el peligro de mi vida, despues de mi delirio ofrecí el sacrificio de ella; pero ahora temblaba por lo que me era todavía mas amado; pues dejando de existir, debia tambien verosímil-

mente perder el honor. La claridad de la luna me permitió poner la vista en Carvino con una vijilante atencion; de modo que no perdia ninguno de sus ademanes y movimientos. Su mirar formidable parecia muy animado, mas no veia yo bastante para leer sus intenciones. Inmóvil, y en pie, recorria todos los objetos que me rodeaban; y al fijar despues sus ojos en los mios, me obligaba á bajarlos con rubor y confusion.

»En fin rompió tan espantoso silencio preguntándome con resolucion: — »¿Que voz era esa que acabais de oir?" Aguardó mi respuesta; pero viendo que no estaba en estado de darle ninguna: — »Dejad, me dijo acercándose, dejad, Clara, de asustaros: de cualquiera

parte que venga, sabed que os ha hecho un singular servicio. No os preguntaré si es de alguna persona que os hacia compañía; pues ya veo que estais sola. El tono y metal de aquella voz no me parecen naturales, y la prevision de que yo estaba dentro me parece incomprensible. Y añadió con una sonrisa cruel; ¿pero al haceros ese servicio, sin duda os habrá manifestado mis intenciones? Y sin embargo, ¿habeis osado arrostrar el riesgo? ¿Habeis querido verme? ¿y lo habeis pedido con ruegos? ¿No conoceis todo mi poder? ¿Ignorais que si ya no sois mia, es porque no ha llegado el instante que debe asegurarme vuestra posesion? ¡Cuan insensato soy de haberla diferido hasta el momento en que un ajen-

te invisible acaba de ponerse entre ambos! ¿Os creeis perfectamente guarecida bajo esa ejida? ¡Jóven temeraria! ¿Como habeis podido llegar á tan alto grado de confianza y de audacia, para creer que se me podria provocar impunemente? Sabed que ya dos veces hubiese llevado los trofeos de mi victoria, robándoos el honor, sin la mano tutelar que os defiende; pero yo desprecio una victoria muy facil: las dificultades me escitan; yo sabré poner límites al poder de ese protector, y desconcertar sus proyectos. En vano habeis creido escaparos de mis manos, haciéndome desterrar de casa de vuestro hermano, para arrojaros en brazos de otro, el cual jamás os poseerá, porque sois mia; y por to-

das partes os perseguiré hasta la época en que voluntariamente caereis en mis brazos.''

»Fijó en mí su vista, y aumentose mi inquietud, y haciendo un esfuerzo para sobreponerme, le conjuré balbuceando que me dejase, ó que permitiese retirarme; y sin hacer ningun caso de mis súplicas, prosiguió con aseveracion: — »Pues ¿que teneis que temer? ¿No acabo de deciros que estabais segura, y que no queria ni podia emprender nada contra vos? ¿No teneis ya prueba de ello....? Pero aun cuando lográra poseeros, ¿pensais que seria esto tan grande desgracia? Por largo tiempo os habeis creido superior á vuestro sexo: ¡vana presuncion.....! Clara, si quereis en efecto llegar á ser una

mujer superior á las otras, apartad pueriles temores, miradlos con menosprecio; y correspondiendo á mi amor, llegad á esa ventura que tanto tiempo habeis anhelado..... ¿No respondeis? ¡Mujer sin valor! No tembleis, añadió con una risa irónica, os deseo demasiado para que deje de conservaros; mas si asi lo quereis, seguid en hora buena vuestro ridículo capricho. Por mi parte, os lo repito, estais segura; y como nada detesto tanto como la violencia, estad convencida que jamás me permitiré nada que pueda ofender vuestro modo de pensar..., y...."

»Pero se contuvo; su mirada, su voz y ademanes me imponian de tal manera, que me quitaron la fuerza de responder. Trémula co-

mo la paloma en las garras del buitre, no solo me creia bajo su poder, sino fuera de estado de oponerle la mas leve resistencia. Todas mis facultades físicas y morales estaban suspendidas, sin otro sentimiento que el de mi debilidad. Mi situacion era desesperada, y mis ruegos, mis lágrimas, mi candor é inocencia, lejos de desarmarle, le ofrecian un nuevo atractivo y estímulo en los obstáculos que al parecer gustaba superar. Aqui el lenguaje de la virtud no tenia fuerza, y mi honor en aquel momento dependia solo del capricho de un vil raptor. Por último, se mostraba á las claras aquel hombre misterioso, cuyos discursos anunciaban bastante sus designios licenciosos, y que, segun decia, un

obstáculo imprevisto le habia forzado á abandonar por entonces. Aunque esta declaracion debiera asegurarme, no dejaba de conocer que en aquel sitio, y á aquellas horas, solo podia tranquilizarme alejándose pronto de mi presencia. Pero silencioso y abstraido parecia meditar algun proyecto, inquietándole muy poco mi situacion. Yo guardaba el mismo silencio, y ¿que podia decirle que le moviera á compasion? Al parecer habia abandonado la intencion con que habia venido; pero en tal caso ¿que aguardaba? ¿No debia yo temer de que su jenio audaz é inflexible le volviera á sus primeros designios?

»Leyó sin duda mi pensamiento, y me dijo: — »Desterrad vuestros infundados temores, y aunque os

parezca corto el espacio que nos separa, no obstante me es imposible el superarle. Os parece que está lejos de vos todo auxilio; ya os creeis en mi poder; desengañaos, pues, porque aunque me es permitido probar el persuadiros, se me prohibe usar con vos de la menor violencia. No puedo levantar un dedo contra vos; de manera que antes haria retrogradar el sol que pudiera ofenderos ni aun levemente. El poder que os proteje me reduciria á polvo si yo osara en este momento recurrir á la fuerza. No; yo me guardaré de provocar su indignacion: voy á alejarme, voy á dejaros, para que recobreis vuestras fuerzas y ánimo abatido. Muy pronto sabré si en efecto sois una mujer superior á las del vulgo.

Adios, Clara, os disimulo ese resto de cobardía y pusilanimidad, que tan mal corresponde con la firmeza de vuestros principios, y constancia de vuestro carácter. Meditad, reflexionad; volvereis á verme quizá cuando menos lo penseis." Me dejó precipitadamente, y bajando con rapidez la escalera, abrió la puerta que estaba cerrada con llave, y se salió dejándola solo entornada.

»Aniquilada por aquella horrorosa escena, ni aun pensé seguirle con la vista, como hubiera podido hacerlo por la ventana. Dejeme caer en una silla, entregándome á las confusas y acerbas ideas que habian producido en mi ajitada imajinacion las impresiones del riesgo de que acababa de libertarme.

CAPITULO X.

»No era facil restituir la calma á mis sentidos perturbados; la voz de Carvino resonaba todavía en mis oidos, y todas sus palabras estaban muy presentes en mi memoria. Su repentina aparicion, el efecto que su vista me habia producido, sus discursos tan singulares como incomprensibles, presentaban mil tristes conjeturas á mi espíritu aflijido. En vano probé apartar estas ideas, y por largo rato permanecí cubiertos los ojos con ambas manos en una penosa cavilacion, sin pensar aun en precaverme de un nuevo atentado. ¿Quien me habia sujerido el deseo de recurrir al manuscrito de

mi padre? ¿Que suerte se me aguardaba si me hubiese acostado? ¡Feliz inspiracion! ¡No me hubiese despertado sino para llorar mi deshonor! Mas ¿de que manera habia penetrado en aquel recinto meditando mi ruina? ¿Que poder le asistia....? ¿Habia arrojado ya el velo de su hipocresía? Habiéndose escondido por la noche en mi casa habia confesado él mismo sus criminales designios, conviniendo en que era aquella su segunda tentativa. Pero ¿en que circunstancias habia empleado la primera? ¿No se habia descubierto cuando hablaba en voz baja con otro? ¿No era el que proponia ahogarme? Hoy se hallaba solo; ¿que habia sido de su cómplice? Entonces al parecer solo intentaba quitarme la vida; mas aho-

ra con ella queria robarme el honor. ¿Que reconocimiento no debia yo al jenio benéfico que con su asistencia me habia salvado aquella noche de la mas horrible desgracia? Este protector, á quien no veia, me previno con un agudo grito del peligro que me amenazaba, y que mi desesperacion y temeridad me le habian hecho arrostrar. De esta manera alentaba yo misma la ejecucion de sus infames proyectos, y llevada de una audacia inesplicable, iba á precipitarme en el abismo del infortunio, cuando vi paralizarse de repente los proyectos de aquel, á cuya perversidad ningun poder humano hubiera podido resistir. Y con todo tan temeraria conducta era acaso la sola que podia salvarme, debien-

do mirarla Carvino como una prueba de que conocia sus designios, y el lugar de su retiro; y debió creerse descubierto cuando oyó aquella voz protectora, imajinándose que obraba yo como por inspiracion cuando quise forzar la entrada del gabinete, y su osadía se cambió entonces en temor. ¿Luego conocia perfectamente la naturaleza de aquel ajente misterioso que á mí se me ocultaba? ¿Y conocia toda la estension de su poder, pues que le respetaba y parecia estarle sometido?

»Pero ¿quien era el cómplice que confesando sus conexiones precedentes con él, me habia mandado en la gruta que no volviera á parecer en ella, previniéndome que alli solo estaba en peligro? Por

lo que acababa de sucederme, ¿no se inferia que era falaz aquel aviso, no teniendo fundamento para creer que me habia tendido un lazo? ¿Habia rompido de veras con Carvino? ¿No habia tenido otro objeto que apartarme de visitar la gruta? ¿y no era sospechar algun designo criminal en el mandato de guardar secreto, y en la amenaza terrible en caso de quebrantarle? Yo era sin duda la que únicamente frecuentaba aquel retiro, casi inaccesible, y por lo mismo tan proporcionado para fraguar delitos; pero era las delicias de mi infancia, y habia sido respetada hasta entonces. ¿Por que despues de la llegada de Carvino al pais parecia tener otro destino? ¿Se habia hecho la caverna de sus infames me-

ditaciones? ¿Era alli en donde evitando la luz y el ser visto proyectaba en el silencio de la noche la ruina de la inocencia, la destruccion del honor y de la virtud? Fui recordando las conversaciones en que en otro tiempo habia tomado parte Carvino sobre unos hechos de esta naturaleza, de las observaciones que habia hecho entonces, y de su conducta en aquella época procuraba sacar algunas consecuencias, para formar juicio sobre su vida pasada. Habia mirado como ilusion de la fantasía exaltada el diálogo que tuvieron en mi gabinete unos asesinos, de que felizmente me habia escapado. Jamás esplicó con claridad su opinion sobre los gritos que habia oido, si los tenia por sobrenaturales y mis-

teriosos, y jamás me habia encargado ninguna medida de precaucion. Pero todas estas reflexiones me eran infructuosas.

»Y ¿que mas podia yo hacer? ¿Es taba en el mismo peligro? ¿Que certeza tenia yo de que aquel hombre, cuyas intenciones no podia adivinar, hubiese abandonado sus proyectos, y de que no llevaria adelante su ejecucion? Esta idea llenome de pavor, é inspirándome ya miedo mi soledad, deseé con ansia el nacimiento del sol para abandonar aquella casa, y retirarme á la de mi hermano. Pensé despertar á Agueda, y hacerla quedar conmigo hasta que se hiciera de dia; pero no tuve ánimo de salir de la habitacion, aunque no creia que volviese Carvino habién-

dome dejado voluntariamente, ni queria con mi desconfianza agraviar al que me habia protejido de un modo tan estraordinario.

»Comenzaba, pues, á sosegarme, cuando oigo pasos cerca de casa, y con mi sobresalto me figuro que Carvino, sintiendo haber perdido la ocasion, y vituperándose su cobardía, volvia á lograr sus designios. La idea de violacion y de asesinato preséntase á mi espíritu bajo las formas mas horrorosas; y solo maquinalmente y sin reflexion, me apresuro á correr el cerrojo á la puerta del aposento, y cerrar la cerraja con dos vueltas de la llave. Sintiome junto á la puerta trémula y sin poder sostenerme, toda embebecida en la accion de escuchar. Oigo que abren la puer-

ta, que solo estaba entornada, que pasan el portal, y suben con lentitud por la escalera. ¡Cuanto me arrepentí de no haber cerrado todas las puertas cuando salió mi perseguidor! Esta inadvertencia mia le daba lugar á persuadirse que mi jenio tutelar me habia abandonado, y que habiendo llegado el término de su proteccion, podia ya arrostrarle impunemente, pues ya no podria defenderme. Cada paso que se oia en la escalera hácia mi habitacion me estremecia: yo debia evitar á todo riesgo el golpe que me amenazaba; habia en la mesa un cuchillo de punta acerada, le tomo con resolucion, no de clavarle en el pecho de mi enemigo, sino en el mio, para arrancarle su inocente víctima. Ya habian llega-

do á lo alto de la escalera, y no me quedaba mas defensa que la puerta de la habitacion. ¡Debil recurso! Miré á la ventana que aun estaba abierta, y su elevacion hasta el piso de la calle, que estaba embaldosado, aseguraba mi total destruccion, arrojándome de cabeza despues de haberme dado de puñaladas. Cesó el ruido á corta distancia de la puerta, y sin duda para escuchar si estaba bien sobre aviso, ó si me habia escapado. Apenas respiraba. Se acercaron mas á la puerta, y despues de un instante de perplejidad llegaron la mano á la cerraja, como para ver si estaba cerrada con llave, moviendo suavemente la puerta. A esta tentativa puse un pie en la ventana resuelta á precipitarme, si

insistian en abrirla. Muchas veces habia sido con admiracion testigo de la fuerza prodijiosa de Carvino, y sabia que no hubiese necesitado de un grande esfuerzo para romper aquella puerta, por fuerte que pareciera. Fijos en ella los ojos, aguardaba ver al raptor delante, y en mi desesperacion consideraba el corto intervalo que me separaba de la eternidad. Continuaba el silencio; y el que habia subido permanecia inmóvil en su perplejidad. Entonces me ocurrió que Carvino, hallando abierta la puerta de la casa, y cerrada la de mi sala, debia creer que me hubiese salido detras de él para evitar un nuevo susto; y solo evitando el mas leve ruido era como yo podia confirmarle en esta opinion. Acre-

centose esta esperanza cuando oí que se apartaban. Mi sangre volvió á circular libremente; pero este consuelo se desvaneció bien pronto, al escuchar que en vez de tomar la escalera, se dirijian á la habitacion que estaba enfrente de la mia, que la abrieron de golpe, y entrando en ella, cerraron la puerta con un estrépito, que hizo retemblar toda la casa.

»Esto destruia todas mis conjeturas. ¡Entrar en aquel aposento, que era el que habia ocupado Pleyel cuando paraba en mi casa! Ya era indispensable huir de aquel sitio; pero en aquel instante era mucho mas arriesgado. En vano aguardé que se decidiera á partir; nada interrumpia el horrible silencio que reinaba por todas partes.

¿Acaso atravesando el cuarto de Agueda se habia salido por la puerta escusada? Temblaba al pensar en aquella pobre muchacha que estária sepultada en el mas profundo sueño; mas ¿como habia de salvarla, cuando necesitába yo misma de quien me socorriese? Dirijí entonces las mas fervorosas súplicas al Dios que veia nuestro desamparo, rogándole la nueva luz del dia para abandonar aquel fatal recinto.

»Los minutos se iban sucediendo, los contaba y me parecian horas; nada se oia; y ¿que detenia tanto tiempo á Carvino en aquel cuarto? Mas ¿acaso cuando abrió y cerró la puerta fue no mas para asomar y salirse sin hacer ruido? No parecia regular; mas como si

todavía fuese posible adquirir alguna certeza sobre esta venida impenetrable, indeliberadamente di una mirada por la ventana. El primer objeto que se me presentó, y que pude distinguir con dificultad, porque la luna habia dejado de resplandecer, fue una figura humana en pie é inmóvil, á distancia de veinte pies, dentro de la balaustrada. No sé si el miedo me alucinó la vista; pero creí divisar claramente á Carvino: parece que no podia verme, pero al punto saltó con precipitacion la balaustrada, y desapareció.

»Quedaban con esto disipadas mis dudas, siendo evidente que Carvino se habia quedado en observacion para ver si me iba. Mas ¿como no le habia yo oido salir, cuan-

do todos mis sentidos estaban suspensos y concentrados en la facultad de oir?

»Creyéndome libre de aquel hombre temible, me resuelvo á cerrar en derechura la puerta, y la necesidad me hizo vencer la aprension. Abro muy de espacio la puerta de mi habitacion; bajo tan quedo y con tanto miedo, como si estuviese convencida de que Carvino estaba aun en el aposento de Pleyel. Cierro con perturbacion la puerta de casa, que en efecto se habia quedado abierta; echo los cerrojos con una violencia igual á mi temor, y juzgando por inútil despues de este ruido guardar por mas tiempo silencio, rejistro libremente los cuartos de abajo y la otra puerta, que hallé bien cerrada.

Desahogada de un formidable peso, me retiré con aceleracion á mi aposento, encerrándome con el mayor cuidado.

»Ya no debia aguardar el sueño despues de la ajitacion en que me habia consumido toda la noche. El crepúsculo, que empezaba á parecer, anunciaba el dia que tanto habia deseado. Representábame los acontecimientos de aquella noche terrible, y meditaba si al enterar á mi hermano de la resolucion de vivir en adelante en su compañía, era preciso que supiera todo lo que habia pasado. ¿No debia yo temer que Vieland, ya indispuesto con Carvino, se irritase en términos que se cambiara en su mortal enemigo? ¿No era bastante que yo me reuniese con mi familia, para que

el perturbador de nuestra paz y sosiego no emprendiera nada ni contra mi vida ni contra mi honor? Esta resolucion me tranquilizó algun tanto, y miré á Pleyel como el único protector, que bajo un título mas dulce debia bien pronto ser mi único defensor. Tal se me presentaba á mi pensamiento. ¡Ah! ¡cuanto deseaba que conociera ya mis sentimientos! Inquieta de que no hubiese venido el dia antes á informarse de mi resolucion, derramé algunas lágrimas que me aliviaron mi oprimido corazon; y en esto vi con sumo placer apuntar el dia, y acercarse el instante en que refujiándome á casa de mi hermano, podria al mismo tiempo asegurar mi reposo, conocer mi destino, y saber en fin las causas que

habian impedido á Pleyel á que viniera á saber lo que tanto habia anhelado.

CAPITULO XI.

»Abrumada de fatiga, mis ojos se cerraban á un sueño benéfico que iba á reparar mis sentidos mortificados, cuando oigo un fuerte ruido en el aposento inmediato. ¿Acaso el sugeto que divisé desde mi ventana era Carvino, que habia logrado otra vez introducirse en mi casa? Oí con mucha claridad que abrieron la puerta, y dirijiéndose á la mia llamaron como si estuviesen asegurados de que yo estaba dentro. Abandonada de toda presencia de espíritu, grité involuntariamente: —»¿Quien está

ahí?" y en mi asombro reconozco la voz del que me responde:—»Yo soy...., Pleyel.... Si no te has levantado, date prisa.... Tengo que hablarte antes de irme, y asi bajo te espero."

»Quedé atónita: luego era Pleyel el que habia pasado la mayor parte de la noche en aquel cuarto, y mi imajinacion asustada transformó en el enemigo mas temible. El tono, el acento de la voz, la perturbacion de las espresiones anunciaban la inquietud de su espíritu.

»Con estas reflexiones bajé adonde él estaba; ¡cual fue mi asombro al verle de pies junto á la ventana, cruzados los brazos, los ojos fijos en el suelo, y sus facciones alteradas por el dolor y la fatiga!

Despues de algunos momentos de silencio alzó los ojos, y descubrí en su mirada el mas violento pesar: queria hablarme y no podia, y en mi impaciencia, le digo: — »*Amigo mio, por Dios, ¿que teneis?*" Estremecido al oirme, prorumpió con enojo: — »¡Lo que tengo....! ¡lo que tengo....! ¡Ah, desventurada Clara! ¡os atreveis á hacerme esta pregunta vos, á quien la naturaleza habia prodigado sus mas preciosos dotes....! ¡Ah! ¡cuanto habeis decaido....! ¡cuan espantosa es vuestra degradacion....!" Los sollozos y lágrimas le sufocaban, y haciendo un esfuerzo, prosiguió: — »Mas ¿que derecho tengo yo para haceros inútiles reconvenciones? ¿puedo yo borrar vuestra afrenta, y sacaros de entre los

brazos de un vil seductor....? No, no; es ya imposible: ha sido menester no menos que el testimonio de mis sentidos para convencerme. Conociais á Carvino por un asesino y por un malvado cubierto de crímenes, y no obstante os habeis entregado á sus deseos. ¡Oh, desgracia irreparable! Con un paso que deis consumais el deshonor vuestro y de vuestra familia: ¿acaso meditais el huir con él, ó le preparais otra conferencia nocturna? Pues bien; á lo menos prevenidle del riesgo que le amenaza; que se aleje de la Irlanda, y que no añada al oprobio de que os ha cubierto el de verle morir ignominiosamente en un cadalso, y que yo mismo no le he presentado á la justicia por conservar un resto

de consideracion y de piedad. Y vos, Clara, si os queda todavía algun sentimiento de lo que debeis á vuestro sexo, á vuestra familia, y á vos misma, renunciad á ese hombre, deteneos en el borde del abismo, y entregad al olvido un oprobio que vuestros deudos sabrán sepultar en el fondo de su corazon. Yo parto.... Parto en este mismo instante; he creido dar este último paso antes de dejaros para siempre. Pensad, Clara, os lo conjuro por última vez, pensad en lo que acabo de deciros, y evitad, ya que aun es tiempo, la mas funesta de las desgracias. Pero ¿acaso una hipocresía la mas refinada oculta un corazon del todo corrompido?" Y dichas estas palabras saliose precipitadamente sin dar tiem-

po á responderle. Le vi tomar el camino que iba á casa de mi hermano, sin tener fuerza para detenerle ni llamarle, y en mi perturbacion dudaba si era un horroroso sueño lo que me estaba sucediendo. ¡Que acusacion.....! ¡Y de boca de Pleyel....! ¿Yo tratada como la vil prostituta de un asesino....? ¿de un malhechor....? Semejante insulto no le podia dictar sino la mas estraña locura, ó un funesto error. Pero ¿cuales eran las pruebas de que hablaba Pleyel? ¿Por que sin oirme me habia llenado de ignominia y de ultrajes? ¡Ah, Pleyel! esclamé yo en el esceso de mi dolor, jamás os perdonaré esta injusticia escandalosa.

»En un momento de reflexion ocurriome la idea de que el amor

y los celos habrian podido llevarle á semejante esceso. Conocia mi predileccion á Carvino, habia observado el imperio que aquel estranjero ejercia en mi corazon, y guiado por un resto de esperanza, habia hecho el último esfuerzo con mi familia, debiendo venir el dia antes á saber su resultado. Algun obstáculo imprevisto le impidió el ir hasta despues que yo habia partido: y sabiendo entonces mi consentimiento en ser su esposa; en la embriaguez de su alborozo se apresuró á venir á mi presencia para manifestarme todo su reconocimiento. Al llegar descubrió á Carvino que salia de casa, y cediendo al furor de los celos, creyó hallarnos de intelijencia. Tales eran mis conjeturas; y en medio de mi

indignanion, no olvidaba el tierno amor que hasta entonces me habia acreditado. ¡Triste consuelo! Estaba satisfecha en mi inocencia; mas ¿como podia desengañarle ignorando en qué se fundaba su error? No queriendo aguardarlo todo del tiempo y de los acontecimientos, y para mejor preservarme de Carvino, resolví declarar á mi hermano cuanto habia pasado, y seguir constantemente sus consejos. Procuré recobrar mis fuerzas aquella mañana, y á la tarde me pasé á casa de Vieland.

»Al entrar en ella encontré á mi cuñada ocupada en los quehaceres domésticos, y al ver la alteracion en mis facciones, preguntome la causa; mas como la melancolía de su marido habia influido tambien

en el estado de su salud, eludí sus preguntas, reduciéndome á preguntarle que adónde estaba mi hermano.

»Temo, me respondió, que no haya sucedido esta mañana algun lance funesto, porque Vieland estaba sumamente abatido. Pleyel vino muy tarde con motivo de cierta circunstancia relativa á Carvino, del cual ha sabido cosas estrañas, y pasó aceleradamente á tu casa á manifestarte su gratitud por tu consentimiento. Pero ¿cual fue nuestra sorpresa al verle entrar antes del dia en tal desórden? Solo dijo que no se habia acostado; y en derechura bajose con Vieland al jardin, y los advertí despues engolfados en una conversacion muy viva: al volver indicome tu her-

mano que tú eras el objeto de aquellos movimientos; y habiéndole manifestado alguna inquietud por saber de ti, me manifestó que lo pasabas bien en tu casa, y en seguida saliéronse los dos, advirtiéndome que probablemente no volveria tan pronto.

»Muy aflijida me dejó todo aquel aparato, y estaba ya impaciente por aclararle; mas como Catalina ignoraba adonde habian ido, determiné guardar silencio, previniéndole solo que habia resuelto el pasar á vivir con ellos, y la dejé sosegada, asegurándole que iba sin dilacion á hacer transportar mis efectos á su casa.

»Apenas habia llegado á la mitad del camino, divisé desde lejos á Vieland que venia de mi casa. Pa-

rose al descubrirme; y viendo yo que retrocedia para ir á aguardarme, me apresuré á llegar con grande impaciencia. Al acercarme observé en sus facciones un dolor de melancolía; pero no anunciaban una esplosion violenta. Y sin otra preparacion, le digo: —»Vengo de tu casa, en donde he sabido por Catalina que habias tenido con Pleyel una conversacion séria, de que yo habia sido el objeto. Fácilmente puedo adivinar la materia; porque antes de ir á encontraros, se ha tomado la libertad de echarme en cara cosas sumamente injuriosas. Su procedimiento me ha sido tan ofensivo, que estoy decidida á tratarle con desprecio hasta que reconozca su injusticia. No obstante debo te-

mer que te haya preocupado; y asi te ruego me digas francamente todo lo que te ha contado esta mañana.

»Sin demostrar mi hermano estrañeza alguna, antes bien conservando un aire sombrío, me respondió: — »Es muy cierto que me ha hablado de ti, repitiéndome lo que él te habia dicho. Clara, no soy menos tu amigo que tu hermano; y sabiendo con qué ternura te amo, considera la pena que me habrá causado esta acusacion; dedeseo con impaciencia tu justificacion, si efectivamente te es posible darla." — »¿Como si me es posible? respondí con viveza; ¿y puedes creer que sea necesaria esta satisfaccion? ¿Has podido concebir la menor sospecha?" Bajó la cabe-

za como penetrado del mas profundo dolor, y prosiguió diciendo: —»He insistido por mucho tiempo en rechazar esta odiosa acusacion; pero he tenido que ceder á la evidencia." Estas palabras me hicieron recelar que la acusacion de Pleyel podria fundarse en hechos que me fueran enteramente desconocidos. —»Ignoro, le dije, de qué debo justificarme; porque Pleyel, llenándome de vituperios, no me ha manifestado en qué era culpada. Pero si injusto y cruel ha admitido algunas falsas interpretaciones, tú sabrás juzgarme con equidad. Voy á contarte circunstanciadamente, y con toda exactitud lo que ha pasado." Escuchome atentamente, y no le oculté ninguna circunstan-

cia de aquella malhadada noche; añadiendo:—»Sin saberlo yo, pasó Carvino parte de la noche en mi gabinete, y á mi pesar estuvo algunos momentos en mi aposento. Si Pleyel le ha visto entrar ó salir, habrá concebido en efecto algunas inquietudes; pero conociendo mis principios y mi conducta anterior, solo debia atender á mi seguridad personal. Sus sospechas injuriosas no hacen honor á su discernimiento y juicio."—»Sus pruebas contra ti, repuso Vieland despues de un momento de silencio, son positivas, y no meras sospechas producidas por los celos. No, no es regular que se haya engañado; sin embargo tu narracion estraordinaria, la voz que intentó detenerte cuando osaste penetrar

en el gabinete, tu temeridad en arrostrar aquella prohibicion, la idea que concebiste de que podia yo ser el asesino que maquinaba contra tu vida; todos estos hechos maravillosos é increibles para otros, no solo merecen mi confianza, sino que tengo razones para creer que ellos presajian unos grandes acontecimientos. A mas, yo no puedo persuadirme que mi hermana haya caido en la degradacion de que se le acusa, antes bien sospecho por autor de todo esto á algun jenio maléfico que se complace en oponerse á mi designio.''

»Fijé en él la vista, y llenome de horror su mirada, creyendo descubrir evidentes señales de una próxima enajenacion mental.

— »Pleyel me ha contado, prosiguió mi hermano, que yendo á tu casa, al pasar por la gruta que está en la orilla del rio, habia oido una conversacion entre dos personas que se hallaban allí, que por la voz conoció que erais tú y Carvino. No te repetiré aquel infame diálogo, mas si no fuera como lo creo, una ilusion; si en efecto pudieras ser la desdichada que se hallaba entonces con ese Carvino, quedaria Pleyel llenamente justificado en miraros como la mujer mas despreciable y abandonada. Su conversacion conmigo no ha tenido mas objeto que ponernos de acuerdo para impedir tu total ruina, arrancándote de las manos de ese hombre peligroso.''

»Obligué á Vieland á que me re-

pitiera las circunstancias de aquella reunion y diálogo, que tanto le aflijian. ¡Que horroroso porvenir no me presajiaban! En vano me habia, pues, lisonjeado estar segura con puertas y cerrojos, y que al abrigo de mi hermano podia estar resguardada contra los ataques de aquel temible enemigo. ¡Vana esperanza! Quedé en fin convencida de que llegaria fácilmente con sus artificios á destruir mi reputacion y mi bienestar, y que estando absolutamente á su discrecion, solo por un milagro de la Providencia divina podia salvarme de una entera ruina. Pero ¿como habia logrado fascinar á mi hermano? ¿Luego habria instruido á alguna prostituta en remedar mi voz...? ¿Y Pleyel pudo creer en mí tan

abominable lenguaje? ¡Oh, colmo del oprobio! Esta era la cita de que me habia hablado, de que debió convencerle el profundo silencio que guardé cuando escuchó á mi puerta, temiendo yo que fuese Carvino, y mi presumida ausencia le confirmó en la idea de haberme oido en la gruta; y esta era la certeza que pretendia tener de mi deshonor. Desde entonces le escusaba, hallando alguna razon, aunque aparente, en su desesperacion. Mas ¿como no le habia ocurrido que se podia imitar mi voz, conociendo los ardides y la perversidad de Carvino?

»No me quedaba otro recurso que el negar con entereza: los acontecimientos de aquella noche eran tan nuevos, que precisamente ha-

bian de hallar incrédulos. Pleyel lo era en el mas alto grado, y para desimpresionarle no tenia mas testimonio que Carvino. Mi hermano, conociendo cuan horrible era mi situacion, estrechome á que solicitase una conferencia con Pleyel, en que desentendiéndome de todo, hiciera solo resaltar mi inocencia. — »Si adoptas ese partido, díjome entonces Vieland, te prevengo que no pierdas un solo momento, porque Pleyel ha de emprender esta tarde ó mañana un viaje muy largo; deja la América, y ya nos hemos despedido." Estas palabras fueron un rayo para mí. ¡Desventurada Clara....! Mas, por Dios, decidme: — »¿Adonde va?" — »Lo ignoro: solamente me ha

prometido que me haria saber el lugar de su retiro.''

»Ya no vacilé, y apartando toda otra consideracion, me decidí á emplear todos los medios para impedir su viaje. ¡Ah! no, no partirá, me decia, no huirá con la persuasion de que yo he perturbado su reposo; que soy indigna de su mano; que le pospongo á un incógnito, á quien lo he sacrificado todo; cuando pura, irreprensible y desventurada acababa de escojerle para que asegurase mi tranquilidad y mi dicha; y cuando víctima de un hombre implacable, me hallo reducida á la mas horrorosa desesperacion!

»Solo temia llegar tarde: mi hermano, conociendo mi impacien-

cia, me dió su coche y criados, y partí al momento, en la persuasion de hallar á Pleyel ocupado en los preparativos del viaje.

CAPITULO XII.

»Por el camino iba recapacitando el objeto de aquella conversacion, y solo hallaba motivos de desanimarme; pues su éxito dependia enteramente del momento y de las circunstancias. Inexorable Carvino, esclamé en mi dolor: ¿cual es tu designio en destruir mi reputacion y tranquilidad? ¿Como mi invisible protector no me ha preservado de tus lazos? Y aun cuando consiga disuadir á Pleyel, ¿podré verme libre de tus diabólicas tramas?

»Llena de estas melancólicas ideas llego á casa de Pleyel á la caida de la tarde. Para el coche, y me dirijo á su cuarto, adonde me dijeron que acababa de subir entonces.

»En mi ajitacion entro sin anunciar mi llegada, ni aun llamar á la puerta, y diviso á Pleyel vuelto de espaldas y de pie teniendo delante una maleta abierta, y ocupado en contemplar una cosa que tenia en las manos. Acaso era mi retrato, que antes de entrar Carvino en casa habia hecho sacar de acuerdo con mi hermano, y este pensamiento, y aquellos preparativos de viaje, me enternecieron hasta hacerme prorumpir en amargos sollozos, que sacando á Pleyel de su profundo enajenamiento, ar-

rojó aceleradamente en la maleta lo que tenia en la mano, y acudió donde yo estaba. A la tristeza que se veia en todas sus facciones sucedió el mayor asombro, y reprimido el primer movimiento de indignacion, viendo que no podia vencer yo mi perturbacion, con una voz alterada me dirijió estas palabras: — »Clara..., y ¿por que no he de poder yo daros el dulce nombre que un casto amor me ha inspirado....? ¿Mi dicha habrá existido solo en la imajinacion? Perdiendo toda mi esperanza, veo que aun no sois del todo insensible á la voz de vuestra conciencia.... Vos que erais el ejemplo de vuestro sexo, ¿habreis estinguido por un fatal estravío tan bellas cualidades perfeccionadas por una celosa edu-

cacion? No, no podeis ser una vil hipócrita.... Veo que deseais volver al camino del honor y de la virtud...." Al oir semejantes palabras me olvidé de mí misma, y lanzándole una mirada llena de indignacion: —»¿Que detestable inspiracion, esclamé, ha podido conducirme á este lugar? ¿Como he podido sufrir tantos ultrajes é ignominias...? Mis yerros, señor, mi estravío, solo existen en vuestra imajinacion trastornada por los celos. ¡Ah! no he venido á derramar lágrimas de arrepentimiento, sino á hacer brillar mi inocencia. Vieland me ha manifestado en qué pretendes fundar tus odiosas sospechas ¿Y en donde están las pruebas? Dispuesta á daros mi mano, cuan perversa me habeis juzgado

para que conferenciase todavía con el enemigo de nuestro sosiego. Hombre injusto y cruel, ¿por que en lugar de huir de aquella escena nocturna, no os arrojasteis sobre los culpados para confundirlos descubriendo su impostura? Pero habeis preferido el partido de ultrajarme y de malquistarme con mi familia.... ¡Ah! ¡jamás os lo perdonaré!" Los sollozos me impidieron proseguir. Pleyel, enardecido por los celos con mayor violencia, me dijo: — »Dentro de dos horas estaré lejos de aqui, y partiré con la horrible incertidumbre de vuestro endurecimiento en el crímen. Veo desvanecida toda la idea de reforma que vuestra llegada y lágrimas me inspiraron, pues habiendo sido testigo de vuestra

perfidia, osais decirme que me he engañado, y que soy cruel é injusto. Lloraré en silencio, y lejos de aqui, vuestra espantosa caida.... Se hace preciso que me aleje en el momento..... ¡Adios, Clara!" Y un espeso velo se estendió por delante de mi vista, y reclinando la cabeza sobre mi seno oprimido, creí exhalar el último suspiro.

»Al retornar de mi desfallecimiento, tuve bastante entereza para decirle: —»Tan imperturbable en el testimonio de mi inocencia, como celosa de vuestra estimacion, no he vacilado en presentarme yo misma, para sacaros de vuestro error. Ya veo que debo abandonar esta esperanza que me animaba de recobrar vuestra tranquilidad; pero antes decidme á lo me-

nos las infelices circunstancias que han contribuido á privarme de vuestra estimacion: ya que vos mismo habeis sido testigo de mi deshonor, declaradme con entereza lo que habeis visto y oido, pues tengo derecho para exijirlo."

»A estas palabras, su presencia indicó la esplosion de un furor concentrado; queria hablar, y sus acentos espiraban en los labios; en fin, haciendo un esfuerzo: —»¡Exijís, me dijo, que os refiera lo que yo he visto y oido! Pues bien; habré de repetiros unos hechos que vos sabeis mejor que yo, para daros con esto una prueba de mi condescendencia, que acaso despues ridiculizareis con Carvino, aunque jamás podreis burlaros de mi credulidad.

»Es inútil recordaros la amistad que nos ha unido desde la infancia, y la impresion que desde entonces hicisteis en mí, que despues la edad ha ido fortaleciendo. Nos separamos en nuestra adolescencia: pasé á Europa á seguir mis estudios; pero ¡cuan sensible me fue aquella ausencia! Desde entonces concebí la idea de que podria por el tiempo pretender el título de esposo vuestro. Una correspondencia fielmente sostenida por nuestras dos familias, fomentaba la inclinacion que desde su nacimiento hubiera tomado un carácter mas sério, sino hubiese sido tan pronta nuestra separacion.

»Terminé los estudios en la universidad de Leipsic, devorado siempre de los tormentos de la ausen-

cia, cuando la casualidad hizo encontrarme en una brillante tertulia, que frecuentaba, con una jóven llamada Sofía de Listen, de las mas distinguidas familias de la ciudad, y que como hija única debia entrar en posesion de unos inmensos bienes. Arrebató mi atencion su asombrosa semejanza con vos, y siendo felizmente bien admitido en la casa por sus padres, tenia la agradable proporcion de verla todos los dias. Al principio creí solo admirar en ella vuestra semejanza, y esta comparacion que tanto me complacia, bien pronto fue el orijen de una preferencia, que no dudé era una nueva pasion. Yo estaba en la edad combustible de las pasiones; vos distante, y Sofía cerca; y con la aficion que insen-

siblemente le habia inspirado, tenia la ventaja de un brillante nacimiento, y de unos inmensos caudales; y aunque sus gracias no igualasen á las vuestras, confieso que tuve la debilidad de dejarme deslumbrar. Nos amamos, y olvidándolo todo, y aun á vos misma, pronuncié el juramento de no ser jamás de otra mujer.

»Luego que su familia advirtió nuestro amor, se opuso tenazmente á nuestra union, exijiendo de Sofía que diese al punto la mano al baron de Stolberg, que habia sido oficial jeneral, hombre duro, altivo, de edad avanzada, lleno de achaques, y que apenas le habia tratado. Sus orgullosos parientes buscaron motivo para reñir conmigo, echándome en cara lo que

el honor me obligaba á repeler. Salimos á batirnos; maté á uno de ellos, herí gravemente á otro; recibiendo yo tambien muchas heridas, de las cuales una casi me costó la vida.

»Estas etiquetas fueron renovándose muy á menudo; y aunque viese que al fin habria yo de ceder, mi honor y mi pasion me hicieron sostener la palabra, decidido á perecer antes que faltar á mi juramento, y arrostrando aun los puñales de algunos facinerosos, que intentaron por dinero asesinarme al volver una noche á mi casa; pero viéndose Sofía perseguida y desgraciada, y que por mas que resistiese, al fin deberia rendirse, le restituí su palabra, y ella por el peligro de mi vida exijió que re-

cuperase la mia, haciendo este sacrificio.

»Partí con precipitacion por no presenciar aquel odioso himeneo, y me aparté con dolor de la que tanto amaba, atormentado cruelmente por unos recuerdos que acibaraban la alegría de veros. Aquella niña tan interesante ya en otro tiempo habia escedido á nuestras esperanzas, y con vuestros hechizos robabais todas las voluntades. ¿Y que estraño es que se despertaran con nueva fuerza las primeras impresiones? Reconocí bien pronto que Sofía solo era un lijero bosquejo del mas perfecto modelo, cuya semejanza física habia podido seducir tan fuertemente mi corazon. ¡Cuanto habiais aventajado á la baronesa durante la au-

sencia! Insensiblemente fuisteis borrando de mi pecho su imájen, quedando solo el amargo remordimiento de haberla hecho desventurada. Sabia que no ignorabais aquella aventura, y esta idea me hacia tímido y circunspecto. Sin duda descubristeis en mis acciones y palabras le pena de mi interior, hasta que fue debilitando el tiempo el recuerdo de las tristes escenas de que acababa de ser la causa y el testigo; no obstante, en nuestras diversiones me asaltaba todavía la tristeza.

»Entusiasmado de vuestras gracias y perfecciones, me embelesaba la májia seductora de una voz que con tal enerjía espresaba las sensaciones del alma. He sondeado vuestros principios, cuya pure-

za asegura la duracion de vuestros atractivos. Os he observado en las relaciones con vuestros parientes, amigos y criados, y me ha admirado la exactitud y prudencia con que llenais vuestros deberes. ¡Que órden en vuestro estudio! ¡que delicadeza en vuestra conducta.....! ¡Ah! esclamaba yo en mi enajenamiento, si esta mujer sigue adornando su talento y su corazon, con la esperiencia llegará á ser la gloria de su sexo, asi como la rosa lo es entre las flores. La eleccion que haciais de una cinta, el gusto y modestia de vuestro traje, la flor que aun se embellecia en vuestros dedos, vuestra actividad al cojerla, todo aumentaba mi admiracion y mi amor. Y ¿como habia de dejar de amaros siendo enton-

ces hecha para el ídolo de mi sexo? Dejaba correr el tiempo aguardando, para declararos mis sentimientos, y pediros vuestra mano, á que pudierais creer que la inclinacion contraida en Leipsic estaba del todo borrada de mi corazon, cuando el anuncio de la muerte de la baronesa vino felizmente á acelerar la ejecucion de mi proyecto.

»En aquella época fue cuando se presentó Carvino, aquel ente que parecia que el cielo en su cólera habia arrojado á la tierra para castigo de la jeneracion presente. Hasta entonces solo le habia conocido bajo las apariencias que en jeneral suceden á los jóvenes sin esperiencia; y creyéndole muy poco peligroso, como un objeto dig-

no de vuestra curiosidad, descansé en la firmeza de vuestro carácter. ¡Cuanto debo vituperarme el habérosle dado á conocer, y como mi loca confianza os ha inducido de algun modo á vuestra caida! ¡Cuan viva debió ser la impresion que os causó su vista para poder sacar tan á lo natural su retrato! El placer que sentiais al contemplarle anunciaba una peligrosa sensibilidad, pero siempre creí que la razon os restituiria á su calma.

»Carvino se introdujo en casa de vuestro hermano, y estableció un imperio absoluto; os creí en peligro, y olvidando mis esperanzas, ocupado solo del deseo de salvaros del riesgo á que os veia espuesta, hubiera prodigado mi fortuna y mi vida en vuestra conservacion. De

aqui la infatigable atencion con que vijilaba en la conducta de aquel hombre, y procuraba penetrar sus sentimientos, y desbaratar sus planes. En vuestras miradas y palabras, veia con dolor que su dominio era ya irresistible; no obstante me aquietaba á veces con la solidez de vuestros principios, y en que vos misma habiais observado su conducta equívoca y misteriosa; y me complacia en justificaros, persuadido de que la esperiencia de los acontecimientos anteriores os harian salir con lauro de esta lucha. ¡Cruel alternativa de temor y de esperanza!

»Inquietábame la memoria de haberme hecho quedar en vuestra casa por las noches, para preservaros de los asesinos que desde el ga-

binete conspiraban vuestra muerte; teniendo motivo para recelar desde entonces, os era conocido antes que os le hubiese presentado. ¡Cuan ridículo papel hacia en acercaros aquel ente execrable!

»Divisando tambien luz en vuestro aposento una noche que me encaminaba á vuestra casa, algo mas tarde de lo ordinario, supe por Agueda que estabais escribiendo en el gabinete. Subí entonces, y solo para daros una sorpresa, me acerqué en silencio, y usando de la libertad que nos permiten nuestras costumbres, arrimado de puntillas, me incliné asomándome por encima del hombro, y solo pude divisar confusamente las palabras: *gruta, media noche, conversacion misteriosa*; pero no les di entonces

ninguna importancia, y de repente me presenté á vos; y al verme se os encendió el rostro, y escondiste el papel en que estabais escribiendo. Esta reserva no esperada me hizo reflexionar con seriedad. ¿Cual seria aquella conferencia? ¿Que significaban aquella gruta, aquella conversacion misteriosa, y á media noche? Hice memoria de cuando os hallé en la gruta, y ahora veo que la emocion vuestra entonces, lejos de ser efecto del miedo, no era sino de los placeres criminales á que os acababais de entregar con aquel vuestro abominable seductor. ¡Fatal sorpresa! Estaba decidido á declararos mis sentimientos con el deseo de apartaros del peligro; pero juzgándoos irreprensible, debia aclarar este mis-

terio antes de ofreceros mi mano. Siendo ya inútiles todas las reconvenciones, devoré en el corazon mis penas: tampoco hallé sosiego en el retiro, porque la felicidad habia huido de mí para siempre. No pudiendo soportar mi tormento por mas tiempo, descubrí mis inquietudes á Vieland y á mi hermana. Ellos estaban tan sobresaltados como yo; y convenimos en tomar todas las medidas para quitar el disfraz á Carvino, y penetrar sus designios. Emprendí tomar informaciones; pero nadie le conocia; algunos se acordaban solamente de haberle visto, sin dar indicio nadie de la época de su llegada á la colonia, ni del lugar de su residencia.

»Por fin, resolvime á pediros la

mano, y ver el estado de vuestro corazon. ¡Cuan agradable fue mi resolucion á Vieland y á Catalina! ¡Y con que impaciencia aguardé el momento de recibir vuestra respuesta! El dia siguiente era el señalado; partí por la mañana con el designio de comer en la ciudad, y llegar temprano á casa de Vieland. Al entrar en Filadelfia, me encaminé al café del Comercio en busca de un sugeto, con quien tenia que hablar. No hallándole, me senté junto á una mesa, y sin intencion eché una ojeada en una gaceta, y se ofreció á mi vista un premio de trecientas guineas al que prendiera ó manifestára un reo condenado á muerte, que se habia escapado de las cárceles de Dublin en Irlanda. ¡Que horror se apode-

ró de mí al leer que este delincuente se llamaba *Francisco Carvin*! Las señas eran exactas; su figura, su pelo, tez, talla, edad, estaban muy bien indicados, y hasta su andar, mirada y ademanes. Estaba declarado reo de dos delitos capitales: del rapto de la señorita Stevart, madre de nuestra amiguita; y de un robo considerable al lord Lodlou.

»¡Que multitud de ideas y temores se agolparon en mi imajinacion! ¡Con que hombre teniais correspondencia secreta! ¡Y cuanta confianza se necesitaba tener en vuestra virtud para creer que hubiescis resistido á sus artificios y libertinaje! Sin embargo no desesperé de arrancarle su presa; tomé la gaceta, y como el aviso aquel

estaba sacado de nu papel ingles, me dirijí al impresor que le habia insertado. Este tuvo la complacencia de facilitarle; añadiendo que la aprension de aquel hombre parecia interesar á muchas familias distinguidas, y que la gaceta se la habia enviado el señor Hallet, uno de los primeros majistrados de la ciudad, con órden espresa de insertar aquel artículo hasta nueva órden. De alli pasé á avistarme con dicho señor, á fin de lograr algun conocimiento.

»Con grande bondad me manifestó el señor Hallet, que teniendo estrecha amistad con el lord Lodlou, que años antes habia residido en Filadelfia, este señor le habia remitido aquella gaceta, suplicándole hiciera insertar el aviso

que contenia en el papel mas acreditado de la colonia; y me hizo ver su carta, la cual confirmando los crímenes de Carvino, añadia, que se le creia con fundamento embarcado para Filadelfia disfrazado de marinero. El lord Lodlou pintábale como un malvado capaz de todos los crímenes, lleno de malignidad y astucia para sorprender y engañar á los mas incrédulos; asociado con un crecido número de facinerosos, prontos á emprenderlo todo, y que no menos debia proponerse en su aprension el castigo de un robo de consideracion, como el libertar á la sociedad de aquel monstruo tan execrable.

»Leida la carta, preguntome si podia darle algunos indicios; iba

á responderle que aun podia facilitar su prision; pero vuestra reputacion me cerró los labios; y contesté al señor Hallet, que me habia movido á molestarle la curiosidad, y pasé lo restante del dia ocupado en reflexionar sobre esta ocurrencia. Iba cerrando la noche, y debia hallaros en casa de Vieland para recibir la respuesta; pero antes entré en el café con el ánimo de pedir la gaceta hasta el dia siguiente, y diviso una carta de vuestro hermano dirijida á Carvino; y estando pensando cuál seria el objeto de la carta, veo entrar al mismo Carvino, que al entregársela rompe el sello, la recorre rápidamente, se le descomponen sus facciones, me divisa, y lanzándome una mirada de furor,

sale con precipitacion. Fortuna fue suya el que nadie leyera allí la gaceta, pues desde por la mañana estaba en mi poder.

»Maravillado de la conducta de aquel hombre singular, me puse en camino, y apretando la espuela al caballo, encontré con grande admiracion mia á Bertrand, á quien habia dejado en Léipsic con la baronesa de Stolberg. Entregome unos papeles, cuya lectura me impidió hallaros en casa de vuestro hermano, á pesar de toda mi aceleracion. ¡Cual fue mi júbilo al saber vuestro consentimiento en aceptar mi mano, y separar á Carvino! Disipáronse mis dudas, y recobrasteis toda mi estimacion. Tomad, dije á Vieland y á Catalina, leed las pruebas de los crímenes

de Carvino, y juzgad el riesgo á que os he espuesto, introduciendo este hombre en vuestra casa.

»Eran las once: previne á Vieland que no me aguardase, y partí á pie con la rapidez de un rayo. Acusábame yo por el camino de haber interpretado tan mal algunas palabras por sí indiferentes, y repasaba los acontecimientos recientes de vuestra familia desde la llegada de Carvino. Hasta entonces los habia mirado como ilusiones producidas por una imajinacion exaltada; pero al presente, que acababa de saber de Bertrand que la baronesa de Stolberg no habia muerto...."

»Aterrada por tan inesperada nueva detuve á Pleyel, olvidando por un instante mi triste situacion, y

esclamé: — »¡Como! ¡no ha muerto....!" y prosiguió Pleyel: —»Existe todavía. Quedé convencido que el aviso de su muerte en la rotunda, era solo el efecto de la superchería de Carvino. Pero antes de que le conociéramos ya se habian manifestado aquellas comunicaciones misteriosas. ¡Que obscuros son los senos de un corazon depravado! ¡y cuan diversos los grados de degradacion, que le conducen á poner sus placeres en las lágrimas del infortunio!

»Abismado en estas reflexiones llegué á la senda que separa vuestra heredad de la de vuestro hermano: en vista ya de vuestra casa, que descubria con la claridad de la luna, pareme unos momentos para tomar aliento y calmar mi

ajitacion. Por todas partes reinaba un profundo silencio, ni se divisaba luz en la habitacion. Descansa, me decia á mí mismo, ella descansa, con la naturaleza en esta hora, en la calma de su inocencia.

»En aquel momento llama mi atencion un lijero ruido á corta distancia, y que al pronto me causó alguna inquietud; pero seguí mi camino hasta cerca de la gruta fatal, que habia sido tanto tiempo el objeto de mis sospechas. De improviso me pareció que oia hablar á media voz, escucho, y me confirmo en que no me habia engañado, aunque todavía estaban distantes, impidiéndome el ruido de la cascada distinguir las palabras. Bien pronto percibí que el lugar

de le escena era la gruta. Acaso, me decia, voy á descubrir á Carvino en el teatro mismo de sus intrigas. Oigo reir; era una mujer. Adelanto redoblando mi atencion: ¡esta mujer erais vos....! Otras risas suceden á las primeras...: esta voz era de hombre...; ¡era Carvino! Los cabellos se me erizaron; voy á morir, dije, pero voy á saberlo todo, á aclararlo todo." Poniendo entonces Pleyel la vista en mí: — »¿Proseguiré? me dijo: no queria sorprender á nadie; las personas me eran conocidas, pero tenia hecha la resolucion de saber á todo trance lo que decian y hacian. Para no perder tiempo en ir por la senda, me dejo resbalar por la roca perpendicular con riesgo de caer en el rio, y ayudándome

de algunos arbustos, consigo situarme, aunque con poca seguridad, encima de vosotros. Como la luna no podia penetrar en aquel sitio, no podia ver ni ser visto, palpitaba mi corazon con vehemencia; pero en fin logré la certeza que buscaba."

»Pleyel padecia al hacer esta narracion, y yo le consideraba tan desgraciado como yo misma, presintiendo los artificios con que aquel hombre queria hacerme su víctima.

»¡Que infame diálogo, Clara! ¿Es posible que hayan salido de vuestra boca palabras tan obcenas, ni de vuestro corazon deseos tan libidinosos? ¿Es creible que os abandonaseis tan desenfrenadamente á ese disoluto, á ese impío, con me-

nosprecio de los principios que distinguen vuestro sexo? ¡Gran Dios! ¡tú fuiste testigo de lo que sufrí al escuchar aquella horrible conferencia! Ella me aclaró el misterio de vuestra conducta pasada. Allí mismo fui á socorreros en otra ocasion, cuando el brazo que la amistad creia ofrecer á la virtud tímida, no sirvió sino para sostener á la misma que haria burla de mi credulidad.

»Coligada con vuestro seductor en sus ardides, tuviste parte en todos aquellos hechos misteriosos en la apariencia, y que se proponian apartar con la sorpresa y el terror á los que podian interrumpir ó estorbar vuestras reuniones clandestinas. ¡Cruel artificio, que va á costar la vida, ó á lo menos

la enajenacion total del entendimiento, á vuestro desgraciado hermano! ¿Y pondreis el colmo á vuestros crímenes con la destruccion de toda la familia....? ¡Desventurados vuestros parientes, y cuantos os hayan conocido....!

»¿Y me reconvenís aun de que no saliese á sorprenderos? ¿Que mas hubiera logrado? ¿No habia oido toda la conversacion? ¿Me podia quedar duda en la identidad de los personajes de aquella escena? Os oí subir, y apartaros; ni podia bajar hasta la gruta, ni saliros al encuentro; á mas sin armas hubiese sido una locura presentarme á un asesino, cuya fuerza prodijiosa tenia bien conocida, y debia quitaros la ocasion de deshaceros del solo testigo de vuestra infamia, que

podia quitar el disfraz al vicio, y castigar la impostura.

»Salí con dificultad á lo alto del despeñadero, y devorado por encontradas pasiones, en un momento hacia y abandonaba mil proyectos de venganza, de abandono y de ausencia. Queria ir á contárselo á vuestro hermano, pero temia su indisposicion moral, y la sensibilidad de Catalina.

»Como os habia oido decir al dejar la gruta, que os acompañaria Carvino hasta el bosque que confina con vuestra heredad, para despediros allí, sintiendo apartaros antes, me decidí á aguardaros en vuestra casa, para convenceros de vuestros yerros y llamaros al arrepentimiento. Hallé abiertas la puerta y la ventana, lo cual me confir-

mó vuestra ausencia; no obstante al pasar por vuesto aposento, puse oido, como deseando que hubiera sido una ilusion ó un sueño. Pero todo estaba en silencio, y la puerta cerrada con llave. Entreme con desesperacion en mi cuarto, esperando oportunidad para convenceros y aconsejaros, cuando de alli á breves instantes, os oí subir y cerrar vuestro aposento. ¡Cuan distante estaba de mis ojos el sueño! ¡Que noche tan larga y penosa! y.... pero vos sabeis lo restante: y aun vuestra hipocresía viene á buscarme cuando voy á dejar para siempre la colonia. No, Clara, no intenteis disuadirme: mi resolucion es irrevocable; no querais hacerme mas desventurado. He condescendido en haceros esta declaracion,

vos sabeis cuán verdadera es, y cuán amarga para mi corazon. Id, olvidadme; por mi parte voy á olvidaros; no escribais jamás, ni deseeis verme, pues constantemente huiré de vuestra presencia y vuestra memoria. Parto en el momento, ocultaré mi retiro; y si os he de ver todavía, que sea postrada á los pies de los altares, regando la tierra con las lágrimas del arrepentimiento, é implorando el perdon del cielo...... Hasta entonces, Adios.''

»Estas fueron sus últimas palabras: todavía resuenan en mis oidos, y me hacen estremecer de espanto. Salió, y ya no le vi mas: quedé inmóvil, oprimido mi corazon, negándome aun lágrimas mis ojos para desahogarle. Despues de

tan disimulamente por el peñasco, y aun menos poder apartarle sin una dilacion que le hubiese permitido á lo menos sacar de alli lo mas precioso; mas al oir la esplosion de la mina con que le hicimos saltar, no tuvo mas treguas que para escaparse, mientras que nosotros estábamos ocupados en buscar la salida por donde habia podido lograrlo.

»El señor Digbi se tuvo por muy dichoso, y tambien sus compañeros, de haber salido salvos y sanos de las manos de los partidarios de Carvino; y aguardando la proporcion de embarcarse en otro navío que se hallaba entonces con cargo, se regresaron á la Nueva-Yorc, para que les renovasen sus credenciales é instrucciones que les habia quitado, y que por desgracia con-

tenian el secreto de nuestras pocas fuerzas, de nuestras necesidades, y del riesgo de nuestra situacion. Mas si algo podia darnos consuelo, y sosegarnos contra semejante sorpresa, era la certeza de que Carvino habia marchado con sus principales ajentes en número de mas de cincuenta; los unos como á secretarios, los otros como á criados, en fin otros como simples particulares de la Nueva-Yorc, conocidos suyos, que se aprovechaban de esta ocasion para pasar á Inglaterra, y que estábamos seguros de que no retoñaría la conspiracion, pues no osarian jamás presentarse en nuestras costas.

»Parece que Carvino, sabiendo que ni el señor Digbi ni ninguno de sus compañeros eran cono-

cidos en Filadelfia, habia tenido la osadía de presentarse bajo este nombre, sin temor de ser descubierto, en una ciudad en donde habia evitado todo trato, en que apenas habia llamado la atencion. Su disfraz, la diferencia de su traje, su porte aseado y elegante, el talento que poseia de alterar sus facciones y voz, junto á la precaucion que habia tomado de finjir, que padecia una violenta fluxion de la cabeza para llevar casi siempre tapado el rostro con un pañuelo; todo esto impedia que fuese conocido, y aseguraba el éxito de su estratajema.

»Nosotros no dudábamos que habian quedado en el pais una multitud de ajentes subalternos que podian tener sus miras, teniendo

la prueba de ello en lo que habia sucedido al señor Digbi y á sus compañeros; pues era cierto que los que le detuvieron hasta haber partido el jefe, ciertamente no se habian embarcado con él. Pero estos obscuros conspiradores, aislados sin ningun punto de reunion, no eran á propósito para causar mucha zozobra; y una vijilancia activa bastaba para contenerlos hasta la época poco distante, en que la necesidad de procurarse otros medios de subsistir, los precisara á adoptar otro jénero de vida, y á irse aficionando y uniendo insensiblemente al gobierno constituido, habiendo perdido sus antiguas esperanzas."

»Esta narracion del señor Hallet, me causó por lo menos tanta ad-

su partida empecé á sentir el abandono en que me habia sumido mi desgracia; ¡y cuan preciosos me hubieran sido los dulces y verdaderos consuelos que ofrece la relijion cristiana á los que se conducen por sus preceptos divinos! ¡Cuanto hubieran suavizado mis penas, preservándome de aquella paralisis moral que habia desecado mi corazon! ¡Cuan cerca estuve de ser víctima de mi despecho, no conteniendo la relijion el furor que me consumia.

»El dia inclinaba, y en pos de la luz se iba acercando la noche; y abatida y sin socorro subí entonces mismo en el coche, tomando tristemente el camino de Filadelfia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.





